





OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRES BENNET.

TOMO III.

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES:

TRADUCIDA

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO III.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
1819.

ANA,

Ó LA HEREDERA DEL PAÍS DE GALES.

CAPÍTULO I.

La tempestad.

En el primer hervor de su imaginacion no sabia Ana si alegrarse y entristecerse por el buen éxito de su fuga. Su deplorable situacion, su absoluta ignorancia de lo que es una capital, acaso lá menos conveniente á su actual posicion, y donde no tenia nadie á quien poderse dirigir; todo hirió tan vivamente su fantasía, que apénas principió á andar el coche, cuando ella quedó sin saber lo que la pasaba. Su timidez se renovó de modo que estuvo tentada á volver pies atrás: pensaba que pudiera haberse refu-

giado en casa de Mistres Wellers, y procurar desde allí cerciorarse de si un hombre que la habia educado con sus propias hijas seria realmente tan cruel é inhumano, ó si sus amenazas serian únicamente, como habia dicho Mistres Dalton, un efecto de su cólera, de que apénas se acordaria cuando se serenase; y ademas se decia á sí propia, cuando todo sucediese mal, ¿no la seria mas fácil escaparse secretamente de la casa de Mistres Wellers, si el otro insistia en sus resoluciones?

Este nuevo plan fortificado por la perspectiva de las desgracias que la aguardaban, y que su imaginacion le representaba con viveza, iba ya á ser ejecutado, cuando al subir una cuesta, y volviéndose para mirar el pueblo de que acababa de salir, vió pasar al lado del coche otro muy elegante, dentro del cual conoció al detestable Lord, que iba en conferencia muy animada con Dalton. Este encuentro la confirmó en los temores que mas la

afligian, y cambió nuevamente sus ideas; de modo que arrodillándose en el mismo coche dió gracias á Dios porque la habia inspirado el deseo de huir de los lazos que la iban á armar, y no pensó ya sino en buscar un paraje donde por el pronto pudiese estar al abrigo de la desgracia que acababa de evitar, y de las que pudiesen seguir; pero despues de haberse querido recordar de todos los medios posibles de procurarse un asilo seguro, se vió obligada á abandonar este punto esencial en manos de la Providencia.

Eran poco mas de las seis y media cuando se detuvo el coche en Whitechapel. El primer cuidado de Ana fue llamar un fiacre, donde subió sin saber todavia donde iria á apearse: de suerte que despues de haberse dejado preguntar repetidas veces á qué casa queria ser conducida, y no pudiendo acordarse del nombre de ningun paraje, respondió que á Westminster. — ¡Á Westminster! respondió

el cochero: por Dios que el barrio es bien grande, casi valia mas haberme dicho que á Londres. Esta observacion, aunque tan sencilla, la turbó de nuevo, y despues de haber reflexionado un instante, respondió que la llevára á la Abadia.

El cochero subió en su asiento, y partió. Cada paso dado en un camino que debia concluir dentro de poco añadia nuevos grados á sus dudas é incertidumbres. ¿A dónde habia de ir ella, por quien en todo el universo parecia que no habia ente alguno que se interesase? Cuantos pasaban por la calle, por mas deplorable que fuese su situacion, estaban mejor que ella, pues todos tenian un asilo y unos parientes, y no estaban privados como ella de las dulces relaciones de la naturaleza y la sangre. El pobre mendigo errante y vagabundo, que no tiene donde reclinar su cabeza, puede dividir sus miserias con un padre, con unos hijos, ó con otros parientes que puedan compadecer

sus desgracias, ya que no se hallen en estado de remediarlas.

En medio de estas insoportables reflexiones comenzó á tronar y á llover á cántaros. El cochero deseoso de buscar un abrigo empezó á dar latigazos á los caballos, y los hizo correr velozmente. Ana tenia miedo de los truenos: esta era una debilidad á que estaba sujeta; pero entonces abismada en sus pensamientos no era capaz de sentir el miedo á la tempestad, ni aun supo que la habia hasta que el cochero yendo á carrera tendida fue á dar la vuelta á la esquina de una calle estrecha, por donde queria ir para acortar camino, chocó una rueda con el esquinazo, y se rompió. El coche volcado se detuvo repentinamente; pero Ana tuvo la felicidad de no hacerse daño alguno, y aun su susto fue mucho menor que lo hubiera sido si hubiese llevado su alma mas tranquila.

Salieron á sus puertas los vecinos de

las casas inmediatas; pero se detuvieron en ellas, porque la tempestad continuaba con violencia, en términos que no les permitia satisfacer su curiosidad rodeando el coche volcado. Sin embargo, una muger decente y de buena edad, sobre cuya puerta colgaban algunos guantes, medias, zapatos y gorros de niños, abrió la puerta vidriera de la tienda, y convidó á nuestra heroina con su casa. Ella aceptó esta oferta con agradecimiento, y se la condujo por medio de la tienda á una sala mucho mas pequeña, donde estaba sentada una señora vestida de luto, quien se lévantó, y la ofreció una silla.

Ana, cuya agitacion interior era mucho mas grande que su causa aparente, no pudo contener sus lágrimas; y despues de haberse así consolado algun tanto, se acordo de su lio, que en la turbacion que la causo su caida habia dejado por olvido en el coche; bien es que ignorando la destreza de los rateros que hormiguean

en la metrópoli, no tuvo al pronto ningun cuidado. La ama de la casa corrió al coche, que ya estaba rodeado de curiosos, y habiendo desenganchado el cochero sus caballos iba, segun dijo, á tomar la órden de su amo, cuando se le hizo volver para dar cuenta del lio: mas, sea que no lo hubiese visto, ó que fingiese muy bien lo que decia, volvió inmediatamente, y buscó, ó aparentó buscarle por todas partes, pero el lio no pareció.

Cuando se informó á Ana de este desgraciado incidente perdió la respiracion, y su rostro, que siempre retrataba las sensaciones de su corazon, anunció la mayor desesperacion. Un relox, dos guineas y algunos pendientes era todo lo que poseía; y así viéndose sin nada que vender, sin un amigo á quien hablar, y sin una casa donde acogerse, se halló repentinamente indispuesta. Sintió unos agudos dolores en las piernas y en la cabeza, y los infortunios acumulados sobre ella re-

unidos á esta decision general la pusieron en términos que se creyó en vísperas de terminarlos todos con la muerte. Incapaz de sostenerse cayó en el suelo, y con una voz débil exclamó: ¡Dios mio! tened piedad: ¿qué va á ser de mí? Las damas intentaron tranquilizarla, pero en vano: la agitacion de su espíritu, las aventuras de aquel dia, la incertidumbre de lo que la sucederia antes de que concluyese la noche, todo esto añadido á un calor extraordinario, y á un sudor que por momentos se iba haciendo mas copioso, la obligaron á aceptar la humana oferta que la hicieron aquellas damas de ir á descansar á su cama, en la que cayó rendida con un letargo tan grande, que no fue posible el hacerla volver en sí.

Aquellas mugeres sensibles y hospitalarias no concibieron otro temor en cuanto á ella, sino la inquietud que suponian habia de causar su retardo á sus parientes. Ya he dicho varias veces que el as-

pecto de Ana la hacia encontrar amigos en todas partes: así sucedio entonces, pues las damas estaban encantadas de su presencia y sus modales, y mientras que dormia no pudieron menos de acercarse á la cama, mirando y admirando su belleza. Estaban ciertas de que pertenecia á clase mas superior que la mediana, pues su vestido, aunque sencillo, era elegante y gracioso, como que era en una palabra aquel mismo que vimos tan bien descrito en boca de Mis Bibbins. Cuando entró en la sala ocultaban la belleza de su rostro una especie de adorno negro que llevaba en la cabeza y sus cabellos esparcidos; pero luego que se quitó aquel, y separó estos, pareció (como era verdad) la mas perfecta criatura.

Era la media noche cuando volvió en sí: ¡cuál fue la consternacion de sus bienhechores cuando la hallaron ardiente, y totalmente insensible á cuantos objetos la rodeaban! Enviaron á llamar al boticario

mas inmediato, quien declaró que tenia una buena calentura, y se puede imaginar cuál seria la consternacion de las dos señoras cuando el tal boticario añadió, que tenia pocas esperanzas de que pudiese recobrar el uso de sus sentidos antes de que la enfermedad tomase el giro correspondiente á su naturaleza; y á todo esto se aumentó, que habiendo examinado sus bolsillos no hallaron indicio alguno de su nombre, ni de su familia. En aquel terrible estado la Providencia habia felizmente depositado á nuestra heroina en manos de dos mugeres, cuyo buen corazon y humanidad eran tales, que no faltaban sino los medios para ser las bienhechoras de todos sus semejantes.

Mistres Hugues era una jóven viuda que por sus negocios habia ido á pasar algunas semanas en Londres, y que por casualidad habia tomado un cuarto que alquilaba la dueña de aquella pequeña tienda. Declaró que no solo cederia su

cama á la enferma, sino que pagaria todos los gastos de la enfermedad. La mercadera y su hija prometieron velarla alternativamente, y el boticario seguir sus visitas.

Dejemos á nuestra heroina en manos de tan buenas gentes, y volvamos á hablar de nuestros amigos de Layton.

CAPÍTULO LI.

Desesperacion de una alma noble.

Cuando Dalton habia salido aquella mañana fue su primer designio alcanzar al criado que llevaba la respuesta de Ana á su noble amante. La rabia le dió fuerza, y así unas veces corriendo, y otras andando de priesa se halló á la puerta del Lord un minuto ó dos despues de la llegada del criado, quien ya habia entregado su despacho. La segunda cosa que entonces tenia que hacer era esforzarse á dulcificar la impresion que habia debido producir la ingrata y grosera carta que

su señoría habia recibido. Se le introdujo en su gabinete, donde vió la flor de la nobleza procurando ocultar su corage y su altivez mortificada bajo la apariencia del desprecio.

Muy bien, señor Dalton, le dijo teniendo la carta abierta en la mano: por mi vida que vuestra pupila corresponde á los cuidados con que la habeis educado. Milord, respondió él inclinándose hasta el suelo, yo suplico á vuestra grandeza.... ¡Oh! no rogueis mas, contesto el Lord: este es un negocio concluido: ciertamente que no importunaré mas á Mis Mansel. Dijo esto con un juramento redondo como una bala, y siguio diciendo: ¡cómo se entiende! ¿un hombre de mi clase y de mis bienes, que hace tanto papel en el mundo, desechado así por una hechicera que no vale seis dineros? Ahora ya no es dudoso que está prostituida: el de Gales la ha seducido ciertamente, pues no es posible que de otro modo hubiera podido

despreciar el honor que yo la hacia; pero ella lo pagará bien caro..... Ciertamente, Milord, respondió Dalton interrumpiéndole, lo pagará tan caro, que si vuestra grandeza la abandona, se verá en una cárcel.

Á esta amenaza recobró su brillo la magnífica presencia del Par, y convino en que no merecia ninguna gracia ni por parte de su amigo, ni por la suya, ni por la de otro alguno; pero luego que Dalton le informó de lo que habia pasado aquella mañana, le censuró por su zelo indiscreto, infiriendo sagazmente que si habia en realidad alguna relacion entre ella y Edwin, se dirigiria probablemente á él para tener auxilio en semejantes circunstancias.

Despues de muchos argumentos en pro y en contra, se decidio que Dalton formaria contra Ana una demanda de 150 libras esterlinas, que se aseguraria de un oficial de justicia con su escolta, para

servirse de está fuerza en el caso de ser necesaria, á fin de obligarla á venir con él á la ciudad, en cuyo viaje se ofreció tambien á venir su señoría. Mas el poder, que desordena los planes mas profundamente combinados, se sirvió de esta última condescendencia para trastornarlo todo: porque si nuestra heroina no los hubiera encontrado, como ya he referido, el terror y el pesar que excitaba en ella su viaje sin duda la hubieran hecho volverse al pueblo, donde segun todas las apariencias y probabilidades humanas hubiera finalmente parado en ser, cuando menos, esposa del hombre que para ella era el mas abominable de cuantos existian sobre la tierra.

Los dos socios no dejaron de tomar sus prudentes medidas cuando llegaron al pueblo; pues para no espantar la caza, como suele decirse, se apearon á alguna distancia de la casa, se envio á buscar al ministro de justicia, y en el coche se le

mandó ir á una posada para aguardar allí nueva órden.

Mistres Dalton y Peggy estaban tomando el té cuando recibieron en su cuarto la visita de su señoría, á quien no aguardaban. La historia que tenian que contarle era triste: el efecto que habia producido en la pobre Ana la cólera de Dalton habia afectado tanto á su muger, que apenas pudo referirle sin conmoverse vivamente: así su marido con una mirada advirtió al Lord que no descubriese del plan combinado sino aquella parte que no pudiese menos de decirse.

El Lord, por mas irritado y resentido que estuviese, no pudo menos de conmoverse al oir la deplorable situacion de su amada, y no se afligió menos con esta nueva prueba del desprecio que hacia de él, y (lo que era peor) de su clase, aquella jóven, á quien no podia dejar de adorar. Sus artificios, sus maniobras diestras y estudiadas, todo quedó sin efecto en el

instante en que este mismo efecto era el mas necesario para su felicidad. La idea de que al fin se hallaba vengado por la miserable situacion de la belleza que le despreciaba, le daba algun placer secreto y maligno; pero cuando se figuraba la jóven encantadora, en quien todos sus votos estaban concentrados, despedazada por la desesperacion, y espirando de dolor y de temor, entonces le humanizaban un poco, por decirlo así, los sentimientos de piedad, que por la primera vez experimentaba su corazon. Igualmente incapaz de sufrir sensaciones tan nuevas, y de permanecer en el tormento de la incertidumbre, quiso verla, y rogó á Mistres Dalton que la asegurase de su parte que seria la última vez que la importunaria, si ella no quisiese. En efecto, Mistres subio la escalera, y la bajó en un minuto, diciendo con mucha consternacion que Ana no parecia.

¿Cómo? ¿se habrá ya restablecido?

¿habrá salido de casa? ¿estará durmiendo?... ¡Oh! replicó Dalton, en ese caso yo haré que despierte al momento, y saliendo de la sala comenzó á llamarla á gritos. No halló ninguna respuesta á sus voces: se la buscó por toda la casa, por la huerta y sus inmediaciones; pero todo en vano. Peggy opinó que sin duda habria ido á casa de Mistres Wellers, é inmediatamente se dispuso que ella misma fuese á buscarla; pero volvió con la respuesta de que tampoco estaba allí, y que la señora habia ido por la mañana á Londres, de donde aun no habia vuelto.

Se celebró consejo general, y se hicieron todas las pesquisas posibles en el pueblo: Peggy habia oido las palabras que Bentley habia dicho á Ana al despedirse, y así juraria que estaba en la Abadía; por lo cual se despachó allá otro expreso, pero tambien sin fruto.

El Lord Sutton no podia resolverse á marchar con esta incertidumbre: tenia el

corazon oprimido, y los zelos mezclaban su veneno con la fuerza de las demas pasiones que le atormentaban.

La misma noche, pero bien tarde, llegó un recado de Mistres Wellers suplicando á Ana que fuese a verla por la mañana temprano; pero al criado nada se dijo de su ausencia, por haberlo así propuesto el Lord, cuya vanidad se complacia viendo las atenciones que se tenian con aquella que él deseaba vivamente ver su esposa: atenciones que seguramente no se tenian con Dalton y su familia. Pasó allí la noche, pero sin acostarse, y todos le imitaron por respeto. La mañana llegó, y no le proporcionó mayor satisfaccion: la anxiedad de su alma habia afectado fuertemente su salud, y debilitado sus espíritus; de modo que era realmente un objeto deplorable: pidió té, y mandó que viniese su coche para conducirle á Londres.

CAPÍTULO LII.

Cándidas consecuencias.

Mientras se preparaba el té llegó á casa de Dalton Mistres Wellers, pues se resolvió á hacer aquella visita obligada de cierto rumor que habia oido sobre la fuga de Ana, y que veía confirmado con la circunstancia de no venir ella á verla segun el recado de la víspera. Como nunca habia visto al Lord Sutton, ya fuese porque no tuviese puesta ninguna insignia de su dignidad, ó ya porque Mistres fuese dèmasiado indiferente para observarlas; no hizo mas que pasar la vista por aquel personage, para fijarla en Mistres Dalton, cuyo semblante anunciaba una muger que habia pasado mala noche, y una alma muy agitada. Preguntó por Mis Mansel: oyendo lo cual la Dalton empezó á llorar amargamente: sus aprensiones no pudieron ya permanecer secretas, y temia cada

vez que llamaban á la puerta, que llegase alguno con la noticia de la muerte de Ana, que ya suponia como cierta. Su marido, que conocia que esta fuga iba bien pronto á ser el objeto de las murmuraciones del pueblo, pensó que era mejor confesar el hecho, diciendo que habiendo tenido cierta quimerilla, Mis Mansel se habia marchado en el primer arrebato de su vivacidad.

Mistres Wellers suspiró, pero no comentó la noticia, y despues de algunos cumplimientos vagos se despidió. Era muy cruel para ella que con tal calor habia hablado en defensa de Ana, rompiendo lanzas por ello con todo el mundo: era muy cruel, repito, ver un suceso que iba á dar motivo á nuevas murmuraciones. Nada tenia que decir en justificacion de su favorita, ni podia tampoco aguantar el oir hablar mal de una jóven, que en tan poco tiempo habia hecho tantos progresos en su estimacion.

Llegó á su casa, donde halló á Mr. Bentley que la esperaba. ¿Con que, Madama, la dijo apénas la vió, se ha perdido vuestra amiguita? ¿Se ha marchado? Bien, bien: yo he sido engañado por un hombre y vendido por una muger.... pues esa jóven, que representaba á un mismo tiempo la inocencia de la infancia y la madurez de la hermosura, igualmente ha alucinado mis esperanzas con una apariencia tan falsa: no, yo no seré víctima de ninguno. Pero, Madama, ¿no podeis decir nada en su favor? ¿la abandonará tambien vuestro candor? Decid alguna cosa siquiera para honor de la humanidad: decid que estamos en un pueblo inmoral, y que esa jóven ha sido tratada injustamente: decid que está bajo vuestra proteccion: decid esto por amor de Dios.

En verdad, Mr. Bentley, respondió la dama, yo quisiera poder decir en su favor algo de lo que deseais. ¿Cómo? replicó él: ¿no podeis decirlo? ¿No está ella

en casa de vuestro hijo? ¿Víctima de los artificios que seducen las mejores obras del cielo está ya enteramente prostituida? ¿Nada se puede hacer para reclamarla ó libertarla? Yo daria la mitad de cuanto poseo por verla ahora sentada á vuestra derecha con su candor y su inocencia.

Mistres Wellers, que estaba adornada de todas las virtudes, que reunia en sí toda la bondad y dulzura de su sexo, y que ademas amaba á Ana mas de cuanto puede decirse, quedó tan penetrada de sensibilidad al oir las espresiones de Bentley, que sus ojos brotaron una lágrima, la cual fue contagiosa para los de su buen amigo.

En este momento entró un criado anunciando la visita de Mistres Wilson. Esta muger habia sido antes criada de Mistres Wellers, se habia casado con su cochero, y al presente era dueña de aquella posada ó tienda de cerbeza, de que antes he hablado. Cuando ascendió al estado del mas

trimonio era ya muger de alguna edad, y por consiguiente entonces y despues era una gran habladora, y tan avara de noticias, que en el cúmulo de sucesos interesantes que ocurrian á las familias del país habia poquísimos que ignorase, y aun muchos mas pocos que no contase con sus comentarios y adiciones. Sabia que Mistres Wellers era una apasionada de la jóven que estaba en casa del escribano metodista y ademas estaba resentida porque aquella señora jamas habia mostrado el menor interés por una sobrina, que la habia recomendado cuando dejo de ser su criada. Así, su propension natural á la murmuracion se hallaba naturalmente excitada, y aumentada por dos motivos: unó el probar á su antigua ama cuán infundada era su amistad hácia Ana, y otro el vengarse de la preferencia que concedia á ésta sobre aquella sobrina. Como tambien continuaba lavando la ropa de casa, se valió de este pretesto para visi-

tar á Mistres Wellers aquella mañana; y luego que preguntó si se ofrecia alguna cosa, en seguida, y sin aguardar respuesta continuó preguntando qué noticias corrian.

Mistres Wellers conoció que estas noticias eran relativas á Ana, y como no tenia por qué gastar cumplimientos con aquella muger, la contestó que nada sabia, y la puso en el caso de referir cuanto ella hubiese oido.

¡Ay Dios, querida señora mia! contestó inmediatamente la Wilson: esa criatura tan bella, que estaba en casa de Dalton, acaba por fin de manifestar lo que era: de veras se ha marchado con ese caballerito, que os dió de latigazos (dijo esto mirando á Mr. Bentley), y añadió dirigiéndose á su ama: ¡qué lastima, señora, que os hayais dejado engañar por ella! Esto es una cosa que admira á todos.

Mistres Wellers contestó que creía su fuga, pero no con aquel caballerito. ¡Ah,

señora! replicó la Wilson: es muy propio de vos que creais eso; pero en verdad es lastima que esteis equivocada. El antiguo criado del Dr. Parker está ahora sirviendo á ese señor, y no menos que ayer mismo nos contó á mi marido y á mí que la muger de su amo es una señora muy hermosa, y que ha llevado un gran caudal al matrimonio. Yo por mí creo que es mala vergüenza que se deje vivir así á esas mugerzuelas, y deseára que se las quemase vivas. Ese señor vino ayer con Tom sin librea: yo tuve mucha dificultad en conocerle; pero le ví esperando cerca de nuestra casa hasta que marchó; y ahora estoy cierta de que no volverá nunca.

Mistres Wellers se asombró: Mr. Bentley hizo mil preguntas; pero la otra no salia de su tema: y en verdad que en nada podia diferenciar, pues la cosa era enteramente verdadera, respecto á que Mr. Edwin habia enviado á su criado para reconocer el campo, é informado por esta

espía de que Ana iba sola á casa de Mistres Wellers, habia venido precisamente aquel dia á ponerse en acecho para aprovecharse de esta coyuntura, y tentar nuevamente fortuna. La Wilson tambien habia oido hablar de la enfermedad de aquella jóven, pero omitió esta circunstancia; y Edwin, que tambien la habia sabido, conociendo que este incidente hacia inútil su viaje, no habia esperado sino hasta que supo su mejoría, y al momento regresó á Londres.

Mr. Bentley echaba tacos y porvidas, golpeando el suelo con su baston. Mistres Wellers se abismaba en sus reflexiones, cuando étele que se presenta el Dr. Collet, y por su visita se mandó á la Wilson que saliese á la antesala á esperar nuevas órdenes.

Este buen Doctor en el auxilio que prestó á nuestra heroina habia obrado por el divino impulso de la compasion y la humanidad, sin pensar en la regularidad,

ni en la legalidad de un acto, que si bien era propio de la filantropía, acaso no convenia á las leyes de la prudencia. Se habia comprometido solemnemente á poner su sello sobre sus maletas; pero no habia juzgado aproposito preguntarla las razones que la obligaban á tomar un partido tan desesperado. Igualmente habia prometido al jóven Herbert velar sobre todas las acciones de Ana, y acababa de auxiliarla para dar un paso que le imposibilitaba de cumplir su promesa. Consideradas estas cosas, no estaba nada contento con su conducta; y habiendo pensado en el partido que se convendria seguir, y atormentado por sus ideas, fue á casa de Mistres Wellers para contarla el suceso, y pedir su consejo.

Mr. Bentley y la dama estuvieron muy atentos á su relacion, y cuando la concluyo exclamó Mr. Bentley enagenado de gozo: ¡con que, en fin, ella no se marchó con ese libertino! ¡Ha querido dejar

sus ropas para pagar todas sus deudas! ¡Pobre jóven! ¡y eso á pesar de que las tales ropas eran regalo de una amiga á quien amaba tiernamente! ¡Ah, encantadora jóven! yo temo que hallarás demasiadas personas que quieran reemplazar por el amor, lo que perdiste en la amistad. Sí: el leon ama á la oveja, pero es para devorarla: tuya será la culpa si ahora inocente ó culpable no caminas en adelante por la senda del honor ý de la paz.

La primera sensacion que causó en Mistres Wellers la relacion del Doctor fue una grande alegría; pero cuando reunio todas las circunstancias, y las convinó con las que contó la Wilson, no halló nada que libertase á Ana de la sospecha de haberse fugado con Mr. Edwin. La precipitacion misma de esta fuga en el momento en que ella sabia que iban á tomarse informes en Grosvenor-Square, fortificaba esta sospecha, dando á entender que ella temia el resultado de estos

informes. La buena señora comenzó ya á descontentarse con su propia conducta, pareciéndola que habia sido un acto de debilidad mas bien que de humanidad.

Mr. Bentley no pensaba del mismo modo, sino que se empeñaba en mantener su opinion favorable, y se incomodaba de tal modo á la menor expresion que se le decia en contrario, que Mistres Wellers le dejó marchar sin informarle, como lo hizo al Doctor, de las razones que justificaban sus temores.

CAPÍTULO LIII.

Política astuta.

La última vez que hablamos de la familia de los Edwin no dejamos ideas muy favorables acerca de la estabilidad de sus amistades, ni de la consecuencia de su conducta.

La Frajan tenia fuertes motivos para temer y aborrecer á Ana, pues no bien

la hubo cerrado todos los caminos al cariño de Madama Melmoth, cuando insaciable en su codicia, así como en su venganza, no dejo de considerar bajo cada uno de todos los puntos de vista imaginables el modo con que lograria que la ruina de aquella inocente niña se convirtiese en su propio provecho. Ya se habia embolsado la mitad del dinero, que segun los deseos del Coronel habia mandado Madama que se la diesen para el viaje, y no se podia esperar de esta aya sin principios, sin modestia y sin honradez que perdiese ocasion de afear el carácter de una niña, á quien tanto habia injuriado, y cuyo regreso á la casa y al favòr de aquellos señores descubriría toda la iniquidad. Regularmente á una mala accion sigue otra, y los principios del vicio, ya sea animado por el buen éxito, ó por la necesidad de ocultar lo hecho, llegan á ser no solamente fáciles, sino tambien convenientes.

Estos estímulos no faltaron á la Frajan: el dinero ya estaba en su bolsillo: una pieza de encajes de Madama Melmoth llegó á ser para ella una tentacion demasiado próxima y viva para poder resistirla. Ana la habia doblado el mismo dia que se la despidió, y aunque era muy hermosa, Madama no la hubiera pedido á nuestra heroina, aun cuando hubiese valido cien veces mas. Pocos dias despues se trató de buscarla: se revolvió toda la casa; y como no se hallase, se infirió que habia sido robada. La Frajan hizo las mayores instancias para que se la registrasen sus ropas y baules, aunque decia que á Dios gracia hasta entonces se la habian confiado joyas de mucho valor, y que su probidad estaba garantida por las principales damas de Inglaterra: pero añadia que como habia tenido la desgracia de tener tan mala compañía en Lodge, suplicaba se la examinase todo su equipage. Madama Melmoth quiso que se

la complaciese en esta súplica razonable.

La alhaja estaba perdida, y aquella niña, sobre cuyo rostro no se hubiera antes permitido que soplase siquiera un viento fuerte, y en cuyo pecho no habia tenido entrada ni un solo vicio de ninguna especie, ahora fue mirada como una ladronzuela. Los negocios de Mr. Melmoth estaban tan embrollados, que no le permitian fijar la atencion en ninguna de las pequeñeces domésticas. La credulidad de su esposa la entregaba sin defensa á los artificios de la Frajan: y asi fue la mas fácil de engañar. La historieta se divulgó inmediatamente, y fue redondamente creida en casa de Madama Ashby. El Coronel Gorget protextó que siempre habia aguardado un lance de esta especie, porque este galan veterano, aunque estaba muy cierto de cual era el verdadero autor del robo, se empeñó en fomentar una fabula, que al paso que aumentaba la desgracia de aquella huerfana, la cer-

raba todos los caminos que la humanidad ó el cariño hubieran podido proporcionarla para volver al favor de la familia.

Así la lamentable historia del robo hecho en la casa se divulgó primero entre los criados, luego en el pueblo, en seguida corrio por las casas principales, despues pasó á la poblacion inmediata: por último se hizo general en todo el condado, y fue creida en todas partes, solo con la pequeña adicion de que en lugar de una simple pieza de encajes, se contó que eran tres y algunas otras joyas de gran precio. Por fin, llegando este cuento á oidos de Mr. Melmonth, activó la despedida de la Frajan, á quien echó de su casa apénas lo supo, diciendo que antes sospecharía de su hija propia que de Ana.

La Frajan á su regreso á Londres encontró á su buen amigo el Coronel desesperanzado de encontrar á la hermosa fugitiva. La recibio con agasajo, pero la dijo que no podia colocarla en otra casa.

Lady Waldron no tenia entonces motivos para despedir á su camarera. La necesidad obligó á la francesa á abatir sus miras, y sucesivamente desempeñó los empleos de figuranta en los bailes de un teatro, criada de una fonda, cabeza de ensayo en casa de un célebre peluquero que enseñaba su arte, maestra de lengua francesa en una escuela de niñas; y en fin, tercera de cierto caballero, de cuyo puesto la sacó su noble protector cuando concibió el proyecto de poner el sello á su fortuna.

Lord Sutton habia sido presentado á Lady Edwin y su hija en una gran tertulia, donde asistió de convidado. La opinion pública exageraba las riquezas de esta familia: la economía de sus gastos, que estaban perfectamente arreglados, la ponian en estado de hacer tantos actos de beneficencia y aun de lujo, y sus pagos de toda especie eran tan puntuales, que por grandes que fuesen sus haberes, la fa-

ma los redoblaba en términos, que la antigua y honorífica casa de Trevanion era generalmente conocida y respetada. Estas dos señoras eran las primeras de la tertulia, y la vanidad del Lord le fijó al lado de ellas toda la noche. El flaco de Lady Edwin era el orgullo de su linage, y el de su hija la vanidad personal: igualmente la debilidad de las mugeres habia sido siempre el objeto del estudio del Lord Sutton, y su locura le habia proporcionado sus triunfos: de modo que hizo entonces tan buen uso de su penetracion, y en tal grado, qué recibió de Milady un convite general para Grosvenor-Square.

En sus frecuentes visitas no se descuidó en granjear el cariño de Cecilia: hizo diestramente ostentacion de sus riquezas para armarla diestramente un lazo, y bien pronto se declaro su amante, diciendo que la adoraba, y que se moria por ella: de modo que logró el permiso de dirigirse á sus padres para obtener su consentimien-

to. Mas la obstinacion de la dama del país de Gales fue superior á la destreza del irlandés, pues aunque él se hizo familiares todos los sucesos memorables de la familia de Edwin, aunque referia puntualmente todas las particularidades de las batallas en que se habian hallado sus antepasados, y por mas que sabia de memoria, y repetia los nombres de los Llevellins, los héroes de Tudor, y los esforzados Hughes; por mas que hizo, no le fue posible borrar de su genealogía la mancha de Gorget.

¡El hijo de un aventurero irlandés enlazarse con la familia de Trevanion! No solamente la proposicion se despreció, y se miró como un insulto, sino que Milady no quiso que se la volviese á hablar de él, diciendo que se avergonzaría de mirar los retratos de sus progenitores despues de un acto tan ignominioso. Todo lo que se pudo lograr de ella, y eso con mucho trabajo, fue que ocultase su

indignacion, y respondiese con un *no*, sin pasar á comentarle con razon alguna.

Por mas dolorosa que fuese al Lord esta negativa, disimuló el pesar que le causaba. El orgullo de Lady Edwin estimulaba el suyo, que no era menor: y la única diferencia que existia entre ambos era que el de Milady se fundaba sobre una verdadera grandeza de alma, que estimaba la virtud tanto como el honor de sus abuelos, empeñándose en sostenerlos dignamente; y el del Lord no se fundaba sino sobre unas riquezas adquiridas por un crímen coronado por la felicidad. No perdiendo la esperanza de obligar á la hija á vengarle de la madre, aparentó sujetarse con respeto á una disposicion, que juró á Mis le era mas dolorosa que el perder la vida, y bajo la apariencia de la filosofia siguió en secreto un plan, cuyo resultado debia ser la ruina de la autoridad materna. Continuó, pues, con aquel arte, y mediante una circunspeccion con-

tinua logró conservarse bajo el mismo pie en la casa, tributando sus respetos á la vanidad de la madre, y aprovechando hábilmente todas las ocasiones de hacerse valer á los ojos de la hija.

Mis Edwin comenzaba á disgustarse de los estrechos términos en que se la encerraba; aunque tenia tan poca razon para este disgusto, como que pocas personas de su sexo la igualaban en cuanto á tener dinero á su disposicion, llevar mejores adornos, y tener mayor número de amantes. Pero la dignidad de la virtud de sus padres, el honroso y metodico sistema de conducta que habian adoptado la impedian aquellas alegres disipaciones, y aquella libertad política que se permiten en algunas de las casas del gran tono. Por ejemplo, Lady no hubiera permitido que su hija cuchichease con un hombre casado, no hubiera tampoco admitido en su casa un libertino conocido por tal; y en fin, aborrecia la coquetería.

Contemplaba Mis cuánto mas agradable la sería presentarse en la sociedad con el nombre de Lady Sutton: entonces no tendria que dar cuenta á nadie de su conducta, pues en cuanto al viejo Lord se daria por contento con que una jóven tan amable hubiese admitido su nombre; y la dejaría gastar sus caudales, sin exigir otra cosa que verla de cuando en cuando, honrar su mesa cuando no tuviese otro convite mas agradable; pero sin meterse en nada con su conducta. Estaba casi resuelta á acompañarle á Irlanda, cuando el viaje á Bedforshire suspendio la ejecucion de este proyecto; pero el Lord Sutton, á fuer de experto general, habia tenido cuidado de introducir un confidente en la plaza sitiada, y este era Madama Frajan, á quien habia encontrado medio de colocar al lado de Mis en cualidad de su camarera. Cuando regresaron á Londres todo estaba pronto para el viaje, donde el debia suspirar, y hacer mil jura-

mentos, quedando á cargo de la Frajan el abogar por la causa de la libertad y el placer; pero la venganza, bajo la forma de un ángel, vino á detenerle en su carrera.

Pensando, segun dije antes, que Ana era hija de Madama Melmoth, y que la habian puesto á cubierto de sus tiros, se hallaba sin esperanzas de encontrarla, de donde nació que abandonase las pesquisas, sin que se borrase de su alma la imágen de aquella hermosura; pues Ana Dalton no podia apartarse de su pensamiento, y sus gracias volvian sin cesar á su memoria excitando unas sensaciones, que jamás le habia podido inspirar muger ninguna.

Cuando su digna confidenta vino á darle aviso de la repentina aparicion de Ana, y bajo una situacion muy propia para hacer revivir sus esperanzas, ya el viaje á Escocia, y las riquezas y nobleza de Mis Edwin no tuvieron ningun atractivo: la pagó liberalmente el aviso, y

la despachó con nuevas instrucciones, prometiéndola abundantes recompénsas por sus futuros servicios.

Despues de haber contado por minutos la hora en que debia empezar la tertulia de Lady Edwin, se dió priesa á ir á ella, donde apenas vió á Ana cuando se borró de su cabeza la idea de toda otra muger, y su corazon se sacrificó voluntariamente á aquella belleza ya formada, que desde su infancia habia hecho en él unas impresiones tan vivas. Cada movimiento de sus ojos, cada gesto de su cara le causaban sensaciones de amor y temor; y aunque se sentó al lado de Mis Edwin, y se esforzó á decirla algunas lisonjas, sus miradas, su inclinacion y su pasion se dirigieron únicamente hácia Ana. Puso todas sus esperanzas en el zelo y auxilio de la Frajan, á quien escribio un villete antes de salir de aquella casa.

La envidia y los zelos que habian desterrado de Mis Edwin toda idea de cari-

ño á la jóven, á quien en otro tiempo habia honrado con su amistad y sus cartas, se aumentaron considerando la direccion que tomaron los ojos de su noble amante. En este caso el orgullo era el estimulante mas fuerte todavia que el odio de su corazon; pero sin embargo todas estas disposiciones se hubieran vuelto contra ella misma, á no haber tenido la dicha de hallarse con una criada tan respetable como Madama Frajan. Cuando nuestra heroina se retiró, y se acabó la tertulia, Cecilia pidio una audiencia á Sir William y a Lady Edwin.

Comenzó pidiéndoles perdon, con una humildad afectada, por lo que habia pasado aquella mañana, alegando por escusa la viveza natural de su genio, y su resentimiento por ver que una persona tan indigna como Ana gozaba de tal consideracion en su familia.

Lady Edwin se abochornó, é iba á salir de la sala, cuando Cecilia arroján-

dose á sus pies la suplicó que por lo menos la oyese.

Sir William idolatraba en sus hijos, y aquella dulzura y humildad tan inesperadas y tan raras en su hija le hubieran hecho darla la mitad de sus bienes, si eso fuese lo que asi hubiese pedido. Rogó á su esposa que oyesen á su querida hija, y levantándola en sus brazos la aseguró que haria cuanto dependiese de un padre tierno para la felicidad de una hija.

Un torrente de lágrimas, prevenidas de intento, acabó el triunfo de esta hija artificiosa. Lady Edwin habia vuelto á ocupar su silla, y Cecilia despues de tomar el tiempo necesario para tranquilizarse, y componer su semblante, pidió que se llamase á su camarera, pues ella podia informar acerca de varias anécdotas de Ana, que comprobarian cuán poco digna era del lugar que ocupaba en la casa.

Sir William manifestó deseo de que esta escena pasase sin el testigo de aquella criada francesa, pero Cecilia insistió, y se llamo á la camarera.

El informe que ella dió de Ana fue decir que cuando residia en Lodge en cualidad de aya de las niñas de Madama, aquella jóven, que entonces tenia el honor de hallarse de dama de compañía de Milady, estaba al lado de Madama Melmoth, quien habia tenido la bondad de librar de esta carga á la parroquia; pero que habia correspondido con ingratitud á la caridad de su ama, y que despues de haber dado toda clase de pruebas de su mala conducta, la habia robado, por lo cual habia sido despedida de casa de su bienhechora, quien la habia devuelto al depósito de su parroquia. Añadió Madama Frajan que despues de aquel tiempo, es decir en tres ó cuatro años, no habia vuelto á oir hablar de aquella muchacha, ni aun la habia visto hasta

que aquella misma mañana se sorprendió al hallarla en su actual situacion, y oyendo que la llamaban Mansel, cuando su verdadero apellido era Dalton.

Este plan concertado entre ella y Cecilia tuvo todo su efecto. La vergüenza y la admiracion se dejaron ver sobre el rostro de Lady Edwin, quien confesó que no podia creer nada de aquello, pues su hermana Madama Herbert se la habia recomendado. ¿Estais cierta, preguntó á la Fragan, de la persona y de los hechos? Ella respondió que el Lord Sutton era pariente cercano de Mr. Melmoth, y que se hallaba en Lodge cuando sucedió aquel lance; y añadió, que se atrevia á decir que confirmaria su relacion. Ya veis, señora, dijo Mis Edwin, que no solamente habeis admitido á vuestra confianza una pordiosera, ladrona é insolente, sino que la habeis introducido en vuestra tertulia, y habeis hecho que sea la compañera de vuestros hijos.

La tristeza y mortificacion de Lady Edwin se convirtieron en ira al oir esta reconvencion, y al momento escribió al Lord preguntándole si habia conocido á Ana Dalton en Lodge, si habia sido despedida por su mala conducta, si su honradez era dudosa, y si la jóven que presidia en su tertulia bajo el nombre de Mansel era la misma Dalton.

Respuesta: "El Lord Sutton presenta sus humildes respetos á Lady Edwin, y la asegura que solo con mucha repugnancia responde á las cuestiones propuestas en su villete; pero espera que como aquella muchacha era muy niña cuando él la conoció, el tiempo y el favor señalado con que la honra una dama de tan distinguido carácter como Lady Edwin, habrán podido variar mucho sus disposiciones.

El Lord Sutton conoció á Ana Dalton en Lodge, y de allí ciertamente no fue despedida por tener buena conduc-

ta: su honradez era realmente sospechosa, y es la misma persona que él vió en casa de Lady Edwin en cualidad de una dama de compañía."

Al recibir esta respuesta Lady escribió á Madama Herbert la carta, que como hemos dicho tuvo Ana órden de llevar, y en ella la reconvenia por haber introducido en una casa tan antigua y respetable como la suya una muchacha, que por su orígen y sus acciones debia estar excluida de todas partes. Allí la contaba todos sus crímenes, tales como se los habian representado, y añadia que todos se confirmaban con su mudanza de nombre.

CAPÍTULO LIV.

Matrimonio bonito.

Madama Herbert sucumbiendo bajo el peso de sus trabajos domésticos, que cada dia aumentaba la imprudente y di-

sipada conducta de su marido, aunque sintió mucho este suceso, no se inquietó tanto por la suerte de Ana como lo hubiera hecho en circunstancias mas felices: la examinó únicamente sobre la última parte de la acusacion, y hallándola fundada, no quiso tomarse mas trabajo, y obedecio ciegamente las órdenes de su hermana irritada, despidiendo á la infeliz favorita. Se esforzó á hacer las paces con la familia de Edwin, contando cuanto de Ana la habia dicho la difunta Mistris Mansel; lo que en realidad, segun observó Cecilia, se reducia á nada, pues aquella la habia presentado en Llandore como una parienta cercana de su marido. Esta desagradable historia de la primera parte de la vida de nuestra heroina proporcionó á esta señorita el medio de alejar de su familia un objeto que mortificaba su vanidad, poniendo obstáculos á sus progresos de conquista.

Se prohibió á Madama Herbert y á Patty mantener correspondencia con una persona tan indigna, ni aun darla ninguna especie de auxilio; lo que ofreció cumplir Madama Herbert por sí y su hija, la que intimidada por su prima, que aparentaba tratar con suma altivez á la mas amable criatura del mundo, y á quien en otro tiempo habia podido amar, no tuvo bastante valor, ni se atrevió á decir una palabra en favor de una amiga ausente, aunque estaba bien segura por la conducta que siempre habia observado en ella, por sus principios y su constante práctica de todas las virtudes, que era imposible que ella pudiese ser culpable de los crímenes de que la acusaban. Aunque incapaz de hablar en Grosvenor-Square, fue muy elocuente cuando volvió á su casa, acordando á su madre mil ejemplos de la bondad y aun grandeza de alma de Ana, que ellas mismas habian presenciado.

Madama Herbert, mas que medio convencida por la generosa defensa de su hija, se hubiera lisonjeado de darla licencia para servir á su amiga; pero no era dueña de su voluntad, pues las relaciones de Mr. Herbert por un lado, y por otro el descuido con que él miraba sus negocios, los habian embrollado en términos que por dos veces estuvo á pique de acabar con sus bienes una hipoteca fundada sobre ellos, á no haberla socorrido la amistad y generosidad de Lady Edwin. Ella se hallaba entonces en igual situacion, sin esperar el mismo auxilio.

Mr. Herbert se cuidaba tan poco de ocultar la causa de su ruina, que aun en aquel viajecito, en que tambien le habia acompañado su familia, llevaba á su querida, á quien presentaba en público con el mismo tren y lujo que si fuese su esposa. Sir William irritado de los perpetuos insultos hechos á su hermana, rehusaba socorrer mas á un marido que no lo me-

recia, y esta negativa era vengada tratando del modo mas injurioso á aquella inocente esposa. Sordo á la voz de la naturaleza, insensible á todos los sentimientos de humanidad, no le daba cuidado que su hijo, jóven de grandes esperanzas, debiese á su tio los medios de continuar sus estudios en la universidad, y la esperanza de una colocacion, ni que los atractivos de su hija quedasen totalmente obscurecidos por carecer de un buen dote, que era el imán que atraía los amantes al lado de su prima menos amable que ella; y que en fin, su benemérita esposa dependiese del amor fraternal para obtener los medios de presentarse, aunque obscuramente, en el mundo, cuando su caudal, su clase y sus virtudes la daban derechos de brillar en las primeras concurrencias. Se creía dispensado de tener ninguna consideracion con ella, luego que vio que ya no podia ponerle en estado de continuar manteniendo el lujo de su querida. El

ódio de Cecilia hácia Ana, decia Madama Herbert, y su influjo para con su padre eran bien conocidos, por lo cual, viéndose insultada en su misma casa, y dependiente del favor ageno, la convenia muy poco el papel de defensora de los inocentes. Hacer esto seria buscar su ruina y la de su familia, y asi rogó á su hija que no pensase en tomar cartas en aquel asunto, al menos por entonces.

El joven Edwin supo el nuevo carácter que se daba á Ana con mas placer que el que hubiera querido mostrar: pues ya que ella justa ó injustamente habia perdido su reputacion, debia ser menor su orgullo, y mas fácil su conquista. Su criado conociendo la pasion de su amo á Mis Mansel, y noticioso de que la tenian que enviar su ropa, acechó el momento con tanta oportunidad, que se puso en estadó de informar á Mr. Fdwin del lugar á que se habia retirado, cuyo buen servicio no quedó sin recompensa.

Una rica esposa le era ya necesaria para obtener de Sir William un estado de independencia, que le proporcionase los medios de lograr la hermosa jóven, á quien adoraba, y establecerla bajo el pie mas brillante, sin temor de la oposicion de sus parientes. En virtud de esta disposicion se hicieron cada dia mas sensibles las gracias de Mis Turbville, y él aparentó amarla con todo extremo. Obtuvo el consentimiento á fuerza de las mas vivas é importunas instancias, y á poquísimo tiempo se celebró el matrimonio en Bedforshire en casa del tutor de la novia.

En Lóndres todo lo hace el dinero, y asi en menos de un mes el hábil Seddon ya tuvo puesta la casa con todo el lujo y magnificencia posibles, y vinieron á ocuparla. Mr. Edwin buscó la ocasion de hablar cierto dia á solas con Mis Herbert, y la preguntó: ¿si no deseaba tener noticias de su amiga? Sí que lo deseo;

querido primo, respondió ella con viveza. Pues bien, replicó él, escríbela, pon la carta en mi despacho, y (añadió sonriéndose) yo te prometo la respuesta. Patty se conformó inmediatamente con este plan; pero sucedió á esta respuesta deseada un incidente, que atrajo sobre Patty el descontento de su familia, y ocasionó mucho disgusto á Mr. Edwin.

Mis Turbville era una rica heredera, mimada, consentida, y en fin, una coqueta con tanto entendimiento cuanto es necesario para formar semejante carácter. Se habia casado con Mr. Edwin con unas disposiciones, que si él las hubiese fomentado con su atencion y cariño, hubieran podido corregirla, y formar una esposa apreciable. Era dificil que no estuviese contenta con la eleccion de sus parientes, hallando en su esposo una buena presencia adornada con las gracias de la buena educacion, modales muy finos y mucha urbanidad. Mr. Edwin era muy

capaz de agradar sin mirar á su caudal considerable, ni su distinguida clase, aunque tal vez era preciso acudir á estas ventajas para estimarle. Ella, á pesar del deseo de ser admirada en el gran mundo, no pensó al darle la mano sino en amarle y ser amada; pero á pocos dias tuvo muy poderosas razones para creer que aquel himenéo solo habia sido un matrimonio de conveniencia por parte de su esposo. Sus grandes bienes, gallarda presencia, buen gusto en el vestir, y su vivacidad natural habian hecho que fuese mirada como una deidad por los jóvenes, que de muy buena gana hubieran aspirado á su mano. Agasajada en cuantas tertulias se presentaba, nunca sospechó que un hombre pudiese poseer tantos encantos, sin estar extasiado de amor y de agradecimiento. Pero la indiferencia de Edwin desde su entrada en la carrera del matrimonio, lo mucho que descuidaba de visitarla, sus frequentes au-

sencias de la casa; todo, en fin, la habló un lenguage muy diferente: asi es que estaba zelosa de su poca atencion, aunque sin ninguna razon particular en que fundar su sospecha.

Cecilia Edwin con tanta vanidad como amor á los placeres, menos belleza y mas deseos de agradar, tenia igualmente mucho mas arte que su cuñada, cuya confidenta era. Á fuerza de observar á su hermano habia descubierto una cosa, que deseaba aclarar del todo. Á pretexto de divertir el ócio recorria sin cesar todos los cuartos de la casa, y con particularidad el despacho de su hermano, y aunque reunió cuantas llaves pudo atrapar, jamas consiguió hallar una que viniese á su papelera. La cerradura era excelente, y la curiosa estaba desesperada, cuando un dia Mr. Edwin, cuyas sesiones en la casa de juego eran tan largas como frecuentes, habiendo vuelto á casa muerto de cansancio y de sueño á las siete

de la mañana, se acostó dexando por olvido puesta la llavecita tan deseada, y que Mis Edwin no dejó de encontrar en uno de sus paseos. Corrió prontamente al depósito de los secretos de su hermano, y halló al instante la carta de Ana á Mis Herbert, que Edwin no habia tenido por conveniente entregar á su dueño.

Ahora sí, dijo Mis en el lleno de su maliciosa alegría, ahora sí que podré descubrir los artificios de esta pérfida criatura, y patentizaré á mi cuñada la conducta de su marido; pero se engañó, pues allí no habia cosa alguna que pudiese justificar sus sospechas, respecto á que la carta estaba dirigida á su prima. ¡Insensata! dijo Mis, esta, esta es una correspondencia que ella favorece entre la querida y el amante. La carta dirigida á Mis Herbert irá á Hughes, y así, querido hermano mio, yo me tomaré la libertad de presentar esta correspondencia á vuestra esposa. Esto dijo entre sí; pero

despues de háber leido y releido la carta, no encontró nada que en vez de culpar á Ana, no hablase altamente en su elogio. Una contradiccion tan directa con las ideas que hubiera querido encontrar la chocó vivamente á su pesar, y se excitó en su pecho un ligero remordimiento de haberla privado del favor de su madre: mas este sentimiento fue momentáneo, pues habiéndolo consultado con la Frajan, observó ésta que era una injuria contra Madama Edwin el mantener con su marido una correspondencia, que no podia menos de tener un objeto indecoroso; y añadió, que si Ana tenia algunas esperanzas fundadas sobre Cárlos Herbert, era muy importante persuadir á la hermana de su desden para Edwin. Estas observaciones reanimaron la rabia y los celos de Cecilia, y la hicieron maquinar otra vez contra la inocente Ana.

Corrió imediatamente al cuarto de su cuñada, cuyo descontento se cambio en

resentimiento cuando leyó la carta, y oyó los comentarios de Frajan, repetidos y adornados por Cecilia. Entonces creyó encontrar la causa de la frialdad, abandono é indiferencia de su marido: lloró, se arrancó los cabellos de desesperacion á vista de aquella que llamaba infidelidad de Edwin, pidió inmediatamente su coche, y á poco rato se halló Milady con la sorpresa de ver entrar en su tocador á las dos cuñadas. Pidieron estas que se retirasen las criadas, y al instante presentaron á su madre la carta.

Lady Edwin era tan altiva en su carácter como humana en sus sentimientos. En ella el orgullo de la nobleza estaba unido á una gran generosidad de alma y una elevacion de ideas, que ella miraba como virtudes heredadas, y eran lo que estimaba mas despues de los honores que la habian transmitido sus antepasados. ¡Que una muchacha, á quien habia despedido de su casa de un modo

tan ignominioso, hubiese tenido la firmeza de alma necesaria para escribir aquel villete tan conforme á sus ideas de decoro! ¡Que una alma tan corrompida como se la habian pintado, pudiese dictar á otros principios tan sábios y tan nobles! Esta era una contradiccion, que no podia comprender, y como la energía de su temperamento no la permitia ser sino amiga ó enemiga de una persona, su cariño á Ana volvió con toda su fuerza, é igualmente subió al mismo grado su odio á aquellas, que, como ya no dudaba, la habian acusado injustamente.

La situacion de su nuera, jóven, huérfana, y abandonada tan pronto por su marido, no pudo menos de contristarla vivamente. La pasion de su hijo por el juego, pasion que ella misma habia fomentado en secreto, acababa ya de manifestarse públicamente. Veíale casado con una muger, siendo así que su corazon era

de otra, y esta otra, á haber sido su esposa, hubiera sido tambien la mas propia para corregir todas sus malas costumbres. No pudiéndola obtener sino con las condiciones que entonces podia ofrecerla, era preciso que estuviese desesperado; y si algun dia llegaba á poseerlà, no erà dudoso que ella no cobrase un imperio absoluto sobre su corazon. Así Lady Edwin veía que todas las brillantes esperanzas que su imaginacion la habia pintado de ver el honor y las virtudes de sus antepasados perpetuadas en su hijo, desaparecieron á la luz de los temores que inspiraba el carácter mas temible, y que eran tanto mas dolorosos, cuanto ella no podia rebelarlos ni á su hija, ni á su nuera.

Las lágrimas y las penas de Madama Edwin pedian, y obtuvieron todos los consuelos que podia ofrecerla el cariño maternal: ella la aseguró y la rogo que así lo creyese, que el tiempo y la expe-

riencia, unidas á la constancia y terneza de una muger tan amable, obtendrian todo de un corazon sensible. En cuanto á ese papel, añadió mirando con enojo á su hija, que tu oficiosa y aun mal intencionada curiosidad ha sorprendido, y manifestado, quémale por amor de Dios, pues en él no se puede ver ni un solo pensamiento reprensible por parte de Ana Mansel. La censura que merece una correspondencia clandestina por mano de Edwin se halla tambien condenada, de modo que tampoco se la puede imputar á ella. Si tu hermano supiese el uso que has hecho de esta carta, no incurriria en mi censura, privándote de los medios de renovar esta accion, que reprenden las leyes del honor, negándote la entrada en su casa.

Esta amenaza hizo mucho mas efecto en las dos jóvenes, que cuanto habia dicho Milady, pues no podian soportar la idea de verse separadas. El jóven Edwin no pensaba ir aquel verano al país de Ga-

les: en caso de que dejàse á Londres por algunos dias, seria para pasar á una preciosa casa que tenia su muger en Shropshire; y si Mis Edwin se indisponia con él, se veria obligada á seguir á su madre, y contentarse con la compañía de la sencilla Patty, ó vivir sola. La tertulia de su prima la desagradaba, y la soledad la era insoportable: por lo cual consintió, aunque de muy mala gana, en obedecer; pero á condicion de que Patty seria reprendida, y amenazada con el descontento de toda la parentela, si repetia semejante acto de desobediencia: en efecto se la concedio esta satisfaccion.

Lady Edwin estaba muy irritada contra Mis Herbert, la misma prudencia de Ana aumentaba su ofensa, y aunque no queria decislo, la conducta de su hijo la daba temores muy serios. En el fondo de su corazon estimaba aun á nuestra heroína; y la hubiera restablecido con mucho gusto en su gracia; pero por entonces las

circunstancias no lo permitian.

Envió á llamar á Madama Herbert y á su hija, á la que en presencia de las dos cuñadas trató con mas seriedad que nunca; y en efecto jamas habia tenido motivo para hablarla con aquella aspereza. En seguida se retiraron las dos cuñadas, correspondiendo friamente á la despedida de Madama Herbert, y no dignándose de responder siquiera á los cumplimientos de Patty.

Luego que partieron, Madama Herbert con toda la elocuencia de la afliccion pidió el perdon de su hija, Patty añadió sus ruegos, y Milady no tardó en serenarse; pero viendo despues que aun ambas permanecian afligidas, se informó de la causa de su pena con mucho cariño. Madama Herbert, cuyos ojos anunciaban la desesperacion mas profunda, no respondio á esta pregunta; pero su hija dijo llorando que aquella mañana habia sido arrestado su padre por una deuda de 700

libras esterlinas que Mistres Nicholl habia contraido, y que por esta causa iba á ser conducido á la cárcel del Banco del Rey, respecto á que habia declarado que no estaba en situacion de pagar aquella suma, ni otras muchas que bien pronto se le reclamarian.

No menos sorprendida que interesada Lady Edwin las abrazó á ambas, diciendo que nunca se perdonaria el haber agravado sus penas en aquellas circunstancias. Quiso encargarse de ellas mientras que sabia el modo de pensar de Sir William respecto á Mr. Herbert, y exigió que inmediatamente fuesen á buscar su equipage á Bond-Street, y viniesen á establecerse á Grosvenor-Square.

Madama Herbert y su hija aceptaron con toda gratitud esta oferta generosa: el mismo dia quedaron transportados sus muebles, y antes de la noche tomaron possesion del cuarto que Milady las habia preparado. Nada omitió esta para conso-

larla enteramente; pero Sir William se mantuvo inexorable, y ni aun quiso oir hablar de las cosas de Mr. Herbert, á menos de que no cediese formalmente á su hijo unos bienes, que ya no podia conservar. Con esta condicion prometió sacarle tambien de aquel apuro; pero Mr. Herbert, que estaba acompañado de su querida cuando fueron á hacerle la proposicion, la despreció con enojo, y respondió que no necesitaba de sus socorros.

Sir William irritado con esta conducta rehusó aun dar oidos á su querida hermana, que hablaba á favor de un hombre que hasta tal punto habia perdido todo sentimiento de honor; y para evitar nuevas instancias, que estaba resuelto á despreciar igualmente, obtuvo de Lady Edwin que al momento dejasen á Londres. Madama Herbert no quiso admitir el convite de acompañarlos. Hasta entonces habia cumplido todo lo posible con los deberes de esposa, y no podia resolverse á

abandonar á su marido en el momento de la desgracia, aunque él se la habia buscado con el libertinage de su conducta, y aun la habia prohibido que fuese á visitarle; pero sin embargo de todo ella no quiso alejarse del padre de sus hijos.

CAPÍTULO LV.

Las costillas rotas.

El jóven Herbert, que por falta de salud no habia asistido á las bodas de Edwin, se halló con un recado para venir á su casa en tan crítica circunstancia. Aunque adoraba á su madre, cuyo ídolo tambien era, y sentia vivamente la afliccion en que se hallaba, no creyó que la opinion que tenia de las costumbres de su padre le dispensaban de la obligacion de hijo. Mr. Herbert siempre habia tratado con cariño á sus hijos, aun en el tiempo en que su conducta los arruinaba. El dote de su madre era todo lo que tenia

que dejarles de un gran caudal: nunca habia propuesto á su muger que le separase ni empeñase; y aun cuando lo hubiese hecho, es muy probable que los sentimientos maternales de ésta la hubieran prohibido hacer un sacrificio, que sus queridos hijos habrian sentido amargamente.

Cárlos halló á su padre en una situacion que afligió su alma. Hallábase todavia en su cuarto en la posada de Borough, pero con centinelas de vista, desaseado, sin afeitar, sentado delante de una mesa, donde habia una botella, y teniendo al lado á su dama, dos hijos de ésta, y un desconocido con uniforme de marino. La buena presencia que tenia estaba sumamente ajada en virtud de los excesos de toda clase, de su indolencia y su embriaguez. Su compañera y él estaban enagenados de gozo, cuando la visita de su hijo, cuyo semblante anunciaba el dolor de su alma, le hizo abochornarse, é im-

puso silencio á sus comensales.

La sensibilidad de Cárlos no reparó al pronto en la diversa situacion en que hallaba al autor de sus dias: visitarle en tal estado, saber que solos sus vicios le habian conducido á él, eran reflexiones que á un tiempo le inspiraban compasion y vergüenza; pero la alteracion que observó en las facciones de un padre querido absorvió bien pronto toda su atencion, y en las vivas efusiones de su cariño filial no se acordó sino de sus desgracias, olvidando sus causas.

Mr. Herbert no era de mal corazon, y el dolor extremo de aquel hijo, que siempre se habia lisonjeado de tener por tal, le recordó con viveza el daño que habia causado á su familia, y el oprobrio y la miseria que le rodeaban; y así cuando Cárlos le preguntó si no habia medio alguno para sacarle de aquel estado tan humillante y desagradable, él no hizo mas que llorar y taparse la cara.

Siguióse un momento de silencio, durante el cual reparó Cárlos en las personas que acompañaban á su padre, á quienes hasta entonces no habia podido ver por la obscuridad del cuarto y las vivas sensaciones que experimentaba; pero apénas conoció á Nicholl, á la que habia conocido sirviendo en casa de su madre, cuando un movimiento de indignacion se dejó ver en su semblante, reemplazando al respeto y terneza que hasta entonces habia manifestado, y la mandó que saliese del cuarto. Nicholl acalorada con el vino que habia bebido rehusó obedecerle, por lo cual olvidando él en presencia de quien estaba, se levantó para sacarla por fuerza. Nicholl era violenta en su carácter y mal hablada, y sus gritos obligaron á que acudiese á su socorro aquel desconocido, á quien ella llamaba hermano. Este era un gran bribon de edad de 35 años, robusto y atrevido, y así se adelantó hácia Cárlos con un gesto amenaza-

dor. El jóven, cuyas fuerzas y valor se habian aumentado á vista de la desesperacion de su padre, y el recuerdo de las injurias hechas á su madre, que en aquel momento se presentó á su imaginacion acompañada de todas sus penas, dejó á la muger, y abalanzándose al hombre como un enemigo mas digno de él, le precipitó desde lo alto de la escalera, á cuyo pie cayó sin sentido.

El alboroto que promovió esta violencia se propagó bien pronto por toda la casa. Llamaron á un cirujano, quien habiendo reconocido al paciente, y viendo que tenia fracturados los huesos, un brazo medio quebrado, y magullado todo el cuerpo, anunció que estaba en el mayor peligro. La muger se arrancaba los cabellos gritando con furor, que vengaria la sangre con sangre.

Estas amenazas afectaron mucho á Mr. Herbert, viendo que eran de una muger, á quien conocia muy capaz de eje-

cutarlas: en vano la suplicaba que se tranquilizase aguardando las resultas, y que considerase que aquel cuya pérdida juraba era su hijo; pero en lugar de amansarla estos ruegos, la ensoberbecieron mas, y en el arrebato de su cólera se dejo decir algunas expresiones, que dieron lugar á sospechar que lloraba la muerte de uno que tenia á su cariño otro título que el de hermano, bajo el cual le habia presentado.

Mr. Herbert se arrojó en los brazos de su hijo diciendo: ¡oh, Cárlos, Cárlos! ¿puedes sufrir todavia la presencia de un padre, que por ese diablo que ves ha arruinado á tu amable madre, á tu hermana y á tí, y que por esa muger y otras despreciables de su clase ha llamado sobre su familia la dependencia y la pobreza, y que en fin por los culpables excesos de su malicia, tal vez ha conducido su hijo único á una muerte prematura? Huye, Cárlos, abandoname: huye,

mientras que la ausencia de esa muger y la confusion que reina en la casa te proporcionan la fuga. Salva por amor de tu pobre madre una vida que la es tan preciosa: no consientas que mis crímenes acaben de arruinarla, ni priven de su único protector á mi inocente Patty.

Cárlos, entristecido antes por la conducta de su padre y sus resultas, experimentó cierta alegría oyéndole hacer esta confesion de su vida, y le suplicó se tranquilizase, añadiendo que pues ya conocia el mal que habia causado, tal vez podria volver á gozar la buena fortuna. ¡Oh, nunca, nunca! respondió el: huye, mi querido y digno hijo: huye, si no quieres privarme de la poca razon que me resta: alejate: hazme saber que ya no estas en peligro: júrame que inmediatamente saldrás de Inglaterra: no te burles de mi desesperacion: dejame al instante, yo te lo mando.... (y corriendo á buscar una pistola añadio) yo te lo mando, si no quie-

res que añada el suicidio á la lista de mis crímenes.

La infame Nicholl habia salido del cuarto para acompañar al herido, que habian transportado á otro; y así en medio de la confusion y gritería era posible huir sin ser visto. Entonces dijo Mr. Herbert: ve, mi querido hijo, corre a buscar otro cirujano; y con este pretesto el jóven atravesó por medio de la gente, y aun de los mismos ministros de justicia que Nicholl habia llamado; y cuando llegó á otra calle, en cuyo esquinazo estaba la casa, vio á su padre puesto en la ventana mirando si habia podido escapar: apénas le divisó le señalo con la mano al Mediodia, dándole á entender que huyese á Francia.

Cárlos resolvió hacerlo; pero antes tenia que arreglar ciertos negocios, que le eran mas importantes que la vida: le era preciso tranquilizar á su madre, cuya salud débil conocia, y tambien habia

otra persona á quen deseaba ver antes de dejar su patria.

Estaba informado por su hermana de la desgracia de Ana en Grosvenor-Square; y aunque no creía una palabra de cuantas acusaciones la hacian, sin embargo no estaba libre de sospechas con respecto á sus relaciones con Edwin, y aun le parecian confirmadas con la oferta que él habia hecho á Patty de dirigirla sus cartas. Apasionado de ella por principios tanto como por una pasion, que habia crecido cada vez que la habia visto, se hallaba incapaz de destrüir lo que pensaba á su favor; y á pesar de tantas razones para pensar con menos respeto de una muger, sobre cuyo carácter se ponian tantas dudas, su imaginacion no veía en ella sino perfecciones, y ni la razon, la reflexion, ni las insuperables barreras interpuestas entre ambos podian debilitar el imperio adquirido sobre su corazon.

Agitado continuamente, y enfermo

por las perpétuas alternativas de temor y esperanza, habia salido secretamente de Oxford: y ¿cuál es el misterio que no descubre el amor? Habia hallado á Mis Mansel en Layton. Entonces fue cuando habia conocido á Collet, con quien mantenia una correspondencia tirada. Este era el que queria visitar antes que á nadie: como iba á expatriarse tal vez para siempre, pensaba intentar el obtener una conferencia con Ana, verla una vez siquiera, confesarla su amor y su desesperacion, procurar convencerla de que regresase en casa de Mr. Mansel, y en fin despedirse de ella.

Atravesó, pues, el rio: tomó un coche en Tower-Hill, y llegó á Layton la mañana del dia que Ana se habia ausentado. Collet le recibió con sus acostumbradas expresiones de amistad, y le dijo que acababa de escribir una noticia de Mis Mansel que sentia comunicarle. El rostro de Cárlos, en que es-

taban pintadas todas las agitaciones de su alma, asi como tambien la desesperacion y el deseo de declarar una pasion, que le conducia al lado de aquella que adoraba, se cambió repentinamente, y se puso pálido, no atreviendose á preguntar aquella noticia que temia saber. Por mas fuertes que fueron las apariencias contra nuestra heroina, el respeto que su conducta pura, decente y constante le habian inspirado siempre en Llandore, su amable carácter que estaba tan bien comprobado, la amistad que la profesaban unas personas tan respetables como Mr. Mansel y su esposa, habian echado tan hondas raices en su corazon, que no era posible variase de opinion; y asi la esperanza que siempre acompaña á los amantes, contribuia á hacerle desear y creer que estaba inocente, aunque no pudiese lisonjearse de poseerla.

El aspecto de Collet, que era á un

mismo tiempo el emblema de la compasion y de las malas nuevas, le turbó considerablemente, y despues de un largo silencio, que su amigo no se atrevió á interrumpir, la razon recobró su imperio. Supo muy por menor la fuga de Ana, con un sentimiento de pena y compasion, y sintio que no la hubiese seguido, aunque casi no dudaba que habria ido á reunirse con Edwin. Aquellos que alguna vez han experimentado emponzoñarse su alegría, y desaparecer sus mas gratas esperanzas, son los únicos que pueden formar una idea del estado de aquella alma en tal momento. Su corazon estaba despedazado, y ya no se acordaba de la precision que tenia de huir al continente. ¿Qué es la vida para un hombre privado del último recurso de la desgracia y de la esperanza? Sin embargo, luego que se tranquilizó un poco, reveló á Collet lo que le habia sucedido, y las consecuencias que tenia que temer.

Collet se puso pálido al oirlé: ¿Cómo, exclamó, podeis hablar con tal indiferencia de un suceso que puede conduciros á la muerte? Por amor de Dios, ¿qué haceis aquí? ¿por qué no dejais al punto el reino? Pero decidme, ¿dónde está ese hombre de quien me hablais? Pronto, pronto, escribidme las señas de su habitacion. ¡Ay! Dios nos favorezca: ¡Cuál será la pena de vuestros padres y de vuestros amigos!... Pero vos decís que teneis madre. Vos estais demasiado enamorado para pensar en ella. Vamos, venid conmigo, añadió cogiendo su sombrero, vamos.

Herbert, cuyo cariño filial le habia sepultado enteramente bajo la desesperacion que le infundieron las noticias de la fuga de Ana, se acordó entonces que tenia una madre y una hermana, que con nadie contaban sino con el, y aceptó con gratitud la oferta que Collet le hizo de acompañarle á Lóndres para vi-

sitar al herido, y hacerle cuantos servicios exigian las circunstancias.

Á su llegada Collet bajó del coche, y Cárlos entró en un café, como parage en que podia ser menos conocido. El primero se dirigió á la posada de Mr. Herbert, donde le informaron de que ya no estaba allí, porque despues de haber hecho venir á su procurador le habian conducido á la cárcel. Se informó entonces de Nicholl y su hermano.... ¡Su hermano! respondió la posadera: el pobrete, á quien ella da ese nombre, está muy malo; pero os aseguro, señor, que aunque yo doi posada, no la hubiera dejado vivir aquí, si no hubiese creido que era muger de Mr. Herbert. No es accion de un caballero haber traido semejante mugerzuela á una casa honrada, particularmente teniendo una esposa tan amable y unos hijos tan bellos. ¡Pobre señora! hubiera hecho llorar á un corazon de bronce. Si las hubieseis

visto á ella y su hija lamentarse una por otra, y postrarse de rodillas, pidiendo á Dios que su hijo logre salir del reino; porque el Doctor dice que ese hombre se muere.

Collet no quiso oir mas, é informándose del nombre y casa del cirujano que le asistia, corrió inmediatamente á buscarle. Se halló con que era un hombre muy hábil y compañero, que habia servido en los hospitales con Collet, y que por consecuencia era uno de sus antiguos amigos. Le dió todas las noticias que pudo sobre el estado del enfermo, y las concluyó diciendo que seria muy probable que se le disminuyese la calentura siempre que se pudiese arrancar de su lado aquella muger, ó por mejor decir, aquel diablo que le atormentaba. En este caso estando entablillada la pierna, y el hueso fracturado con su correspondiente bendage, tenia alguna esperanza de curarle; pero que á pesar

de haberla dicho las malas consecuencias que necesariamente resultarian de sus gritos, nunca habia conseguido que se apartase de su cabecera.

Á ruegos de Collet aquel cirujano le llevó á ver al herido, y aun cuando no hubieran sabido el cuarto, le habrian conocido fácilmente por los gritos de Nicholl, que unas veces juraba, otras chillaba, y siempre prometiendo vengarse del asesino de su querido Jack. Dijéronla que el Doctor queria hablarla, y se dejó ver; él la rogó que pensase en lo que le habia dicho, y se tranquilizase, si apreciaba la vida del doliente.

Collet era muy buen cirujano, boticario y comadron; y ademas era medio procurador, pues conocia las fórmulas legales, que habia aprendido cuando chico en casa de un tio abogado. La posadera habia entrado entonces para pedir sus alquileres vencidos, y asegurarse de los que fuesen cayendo hasta que

aquel hombre estuviese en estado de salir de su casa. Collet la preguntó quien habia tomado aquel cuarto, y como ella respondiese que Mr. Herbert, replicó él, siendo asi esta señora no tiene ningun derecho á la posada. En cuanto al cuarto del herido yo pagaré todo lo que adeude: y pues que despido todo el resto que estaba alquilado, vos vereis si os conviene conservar por huéspeda á esta dama. Ni por todo el oro del mundo, respondió la posadera: en mi casa siempre ha habido mugeres honradas, y asi no necesito tener rameras.

Nicholl, tan artificiosa como maligna, conoció muy bien el papel que iba á jugar: y en efecto, aunque la posadera Mistres Emmerson dijese lo que quisiese, es claro que supo desde el principio quien era; pero mientras que sus huéspedes pagaban adelantado, y gastaban con profusion en su casa el dinero (que á ir bien dirigido deberia ha-

ber pasado á la de sus acreedores) era la mas condescendiente de las posaderas. Al contrario, cuando ya no los veía en estado de satisfacer su codicia, nadie conocia mejor que ella el arte de despedirlos sin cumplimiento.

Madama Herbert como legítima esposa, y su hija, cuyo porte anunciaba su clase, y que habian venido en un coche, que perteneciendo á Mr. Edwin no podia dejar de ser magnífico, eran á sus ojos unos objetos de mas importante que Nicholl abandonada por su amante, quien la habia mantenido del modo mas raro mientras estaba en su casa. Esta pobrecilla conoció todo esto: no estaba tan falta de medios de hacerse respetar como la posadera creía, y como la idea de verse privada de la vista de su supuesto hermano la dió todo el sentimiento de su posicion, ofreció que si la dejaban permanecer en la casa hasta el restablecimiento del enfermo, no entra-

ria en su cuarto á menos que no la diesen licencia. Oyendo esto se prometió á Mistres Emmerson el pago de sus alquileres, y los dos cirujanos entraron á visitar al doliente. Halláronle con los síntomas de una fiebre inflamatoria, y una turbacion y sensibilidad extremadas, nacidas del temor de la muerte. Preguntó si habia esperanzas de que sanase, á lo cual respondió el cirujano, y Collet lo confirmó, que todo dependia de que se tranquilizase.

El enfermo despues de una pequeña pausa, durante la cual parece estuvo reflexionando, les dijo: ¿con que vosotros confesais que mi restablecimiento es dudoso? Esto es bastante para advertirme de que dentro de poco seré llamado ante el tribunal divino á dar cuenta de los crímenes que he cometido: así pues, mientras que conservó fuerzas y razon para hablar, recibid la declaracion que puedo hacer para justificar al caballero,

á quién yo insulté, y que si yo muriere, tal vez pudiera ser inocentemente castigado por una accion á que yo le dí motivo.

El cirujano le hubiera aconsejado de muy buena gana que se tranquilizase por entonces, alegando que estaba cierto de que la menor agitacion aumentaría su calentura: pero Collet pensando que aun cuando efectivamente muriese apénas acabase de declarar, era menos sensible que ver expuesta la seguridad de un hombre como Herbert, salió fuera del cuarto, y en menos de un minuto volvió con pluma, papel y tintero, y animándole á arrepentirse de sus culpas se sentó con gravedad para recibir la declaracion.

Nicholl, demasiado culpable para no sobresaltarse á vista de la priesa de Collet, se levantó con arrogancia, y preguntó qué significaba aquello. Su presencia perturbó visiblemente al enfermo, quien deseó se la hiciese salir, y Co-

llet agarrándola con mucha política la llevó á otro cuarto, donde la encerró con llave, diciéndola con firmeza y resolucion, que si intentaba volver á interrumpirlos se la arrojaría de la casa. En seguida volvió á sus nuevas funciones, y escribió la declaracion siguiente, que el enfermo dictó con una débil voz, y muchas veces interrumpida por sus dolores.

"En presencia de los testigos, que abajo firman, James Tyrrel confiesa voluntariamente que estuvo sirviendo en una casa con Nicholl, de la cual tuvo un hijo antes que ésta entrase á servir á Madama Herbert, y que obligado á ocultarse á consecuencia de esto, se enganchó de marinero en un navío de guerra. Habiéndose despues enamorado de Nicholl Mr. Herbert, él fue á visitar á su antigua amiga, la que regocijada de encontrarle le presentó á su amante diciendo ser su hermano, y obtuvo de-

él que le proporcionase entrada en la artillería. Habiendo continuado su amistad con Nicholl, la visitaba siempre que podia salir de la embarcacion en que servia: de modo que, faltando á su obligacion frecuentemente, fue despedido. Desde entonces se convinieron los dos en reunir una cierta suma á costa de Mr. Herbert, y ausentarse: en efecto, á fuerza de sus combinadas intrigas habian llegado á juntar 20000 libras, con las cuales debian abandonarle al dia siguiente de aquel en que sucedió el lance, que puso fin á su vida criminal y libertina. Dicho Jayme Tyrrel, obligado por sus remordimientos, declara solemnemente en presencia de los testigos Josiah Walker (este era el nombre del cirujano) y de Jeremias Collet, que él fue quien acometió primero á Mr. Herbert, sin que éste le hubiese provocado, y que es cierto que este caballero no tenia ningun designio contra su vi-

da, ni se le puede imputar su muerte, de la que está enteramente inocente."

Este papel fue sobre la marcha firmado por el declarante y los testigos en presencia de Emmerson y su muger, que fueron llamados para ello: y Collet apénas le guardó en su bolsillo, se apresuró tanto á marcharse que se olvidó de abrir el cuarto en que estaba encerrada la Nicholl, y aun tambien de tomar el coche que habia enviado á buscar. Corrió precipitadamente al café donde le aguardaba Cárlos, á quien encontró rodeado de muchas cartas, que acababa de escribir y de cerrar, y aun ya disponiéndose á partir.

Collet se arrojó en sus brazos dándole la enhorabuena por las noticias que le llevaba; y enseñándole la declaracion de Tyrrel, le dijo que ya no tenia motivo de separarse de su patria y su familia.

No hay duda que Herbert se alegraría de verse libre de la acusacion de un

asesinato; pero aunque ya á cubierto de las consecuencias de aquel lance, todavia la paz no habitaba en su pecho. La amable Ana reinaba allí siempre, y le afligía: y ni la razon, ni la filosofia podian reconciliarle con la idea de haber de perderla. Estaba desesperado meditando en su situacion actual. Habia reflexionado una y otra vez cómo le sería posible existir respirando el mismo aire que ella, y sin gozar de su vista: y habiendo sacado por conclusion que esto le era imposible, estaba resuelto á marchar; pensando apénas llegase al continente escribir á su familia, pidiendo el permiso de permanecer en él por algun tiempo antes de casarse.

De suerte que la noticia que le trajo Collet no produjo todo el efecto que esperaba. Herbert, oyendo que su madre habia estado en casa de Emmerson, infirió que ya le suponia ausente, y esta razon le determinó á verificar realmen-

te el viaje para evitar el dolor de la despedida. Habiendo explicado sus designios á Collet, y obteniendo de él la promesa de escribirle, envió á buscar una silla de posta, y tomó el camino de Douvres.

Desde que Collet habia salido de su casa hasta aquel momento no habia pensado una vez siquiera en Layton; pero apénas hizo á Herbert el último servicio, y le perdió de vista, se acordó de que tenia tres enfermas, para cada una de las cuales habria tenido mil recados; que tambien asistia á dos calenturientos, y á un niño con la pierna rota, cada uno de los cuales contaba con que él los visitaría aquella noche, y que en medio de todo esto habia salido de su casa sin decir donde iba, ni cuando volvería: tambien habia prometido á Cárlos visitar la mañana siguiente á Madama Herbert, e informarla de cuanto habia pasado en casa de Emmerson: pero sin de-

cirla que hubiese visto á su hijo. En fin, tomó un birlocho, y regresó á su aldea.

CAPÍTULO LVI.

Tocador de una hermosa dama.

Ya era de noche cuando el Doctor llegó á su casa, donde no habia poco susto á causa de su ausencia; pero viendo que nadie le habia llamado, se acostó para descansar de las fatigas del dia, y gozó de aquella celeste tranquilidad que produce la memoria de haber cumplido el divino precepto, que nos manda amar á nuestro projimo, y hacer por él lo que quisiéramos que hiciesen por nosotros.

Por la mañana le visitaron Mistres Wellers y los demas amigos, deseosos de informarse por qué el pobre Collet habia desaparecido tan repentinamente del pueblo. Unicamente á aquella buena señora fue á quien contó todos los

pormenores de su viaje, y la enseñó las cartas que habia prometido entregar, para lo cual pensaba volver á Londres apénas concluyese de visitar sus enfermos.

La vista de estas cartas dirigidas á Madama Herbert en Grosvenor-Square chocó á Mistres Wellers, quien le dijo que pocos dias antes habia pasado dos veces por aquella casa, y la habian asegurado que toda la familia habia salido de Londres; pero como yo no he informado á mis lectores del éxito que tuvieron sus informes sobre la conducta de Ana, voy á hacerlo inmediatamente.

Mistres Wellers acompañada de su hijo habia estado en casa de Sir William, donde con gran sorpresa supo que el dia antes se habian ausentado; y como el criado que dio esta respuesta añadió que el joven Edwin vivia en Portman-Square se dirigio alla, tambien acompañada de su hijo. Todavia era muy temprano para visitar á aquellas damas; y sabiendo que

no estarian visibles hasta las dos, tuvieron que volver á aquella hora. Despues de haber atravesado muchas salas magníficas fueron introducidos en un gabinete igualmente adornado, donde estaban sentadas Madama Edwin y Cecilia, sirviéndolas la Frajan, que ya era la favorita de ambas.

La curiosidad de Mistres Wellers acerca de estas señoritas nacia mas de lo que otros la habian dicho, que de los informes de Ana; pues la gratitud de ésta á los primeros favores que habia recibido de la familia impidió que hablase del mal carácter de Cecilia, y en cuanto á su cuñada la era en cierto modo desconocida. Tan bellas damas no podian menos de ser muy célebres: eran los modelos de la moda, y así los pañuelos y sombrerillos *á la Edwin* eran los que corrian con mas fama. Estaban sentadas en una esquisita otomana de muselina blanca, y tenian delante un brillante almuerzo: la pieza estaba per-

fumada y adornada con una porcion de flores puestas en vasos de la china: cuanto el lujo mas elegante podia inventar, otro tanto se habia reunido al derredor de ellas, y su vestido elegante correspondia á todo el resto.

Mas la paz no reinaba en el pecho de la señora de tan magnífico edificio. La tristeza tendia sus nubes sobre aquella frente; y viéndose privada del cariño de su esposo, miraba como ridículos los consejos de su suegra, y no se cuidaba de tener condescendencias, ni tampoco manifestar amor, porque suponia que antes bien ella tenia derecho á exigirle. Su casa era una perpétua escena de disipacion; pero esto no evitaba su descontento: su constitucion delicada empezaba ya á resentirse del cansancio inseparable del círculo continuo de todos los placeres de moda, y aquella mañana estaban muy cargados sus ojos, y sentia un gran dolor de cabeza; efecto de haber pasado en vela la noche antecedente.

.. Cecilia estaba mas alegre, pues en la tertulia, á que asistió con su cuñada, habia fijado la atencion en un caballerete á la moda, que la habia prodigado bastantes obsequios para satisfacer su vanidad.

Habiendo sido recibida Mistres Wellers políticamente, se sentó, y expuso el objeto de su visita, diciendo que respecto á que Lady Edwin no estaba en la ciudad, se dirigia á ellas para suplicarlas que la instruyesen de quién era una jóven, á quien Milady habia honrado con su favor, y que se llamaba Mis Mansel.

Madama Edwin ya muy indispuesta, pareció alterarse mucho al oir este nombre, y echó á llorar. Su tristeza en medio de tantas suertes de placeres habia chocado á Mistres Wellers apénas entró en la pieza, y no se sorprendió menos en hallar la causa en el nombre de su protegida. Mis Edwin tomando la palabra respondió á las preguntas del modo que puede imaginar el lector, y mas sabiendo que la

Frajan estaba allí dispuesta no solo á confirmarlo, sino á inventar alguna cosa. Como Mistres Wellers parecia una buena señora, se la contó en confianza que habia muchos motivos de creer que Mr. Edwin mantenia actualmente á la que era objeto de sus informes. Las lágrimas de Madama Edwin volvieron á brotar de nuevo al llegar á esta parte de la historia, y Mistres Wellers afligida y mortificada se levantó y despidió.

Luego que entró en el coche con su hijo empezó á manifestar su pesadumbre por lo que acababa de oir, y Mr. Wellers sin alterarse nada declaró que su resolucion invariable era de no recibir á nadie en su casa, sin tener pruebas efectivas de quien era, por mas especiosas que fuesen las apariencias.

Segun el coche iba andando Mistres reflexionaba en lo que habia visto y oido; pero cuando llegaba á comparar los hechos que la habian contado de nuestra

heroina con su aire de inocencia é ingenuidad, sus modales dulces y sus honrados sentimientos, la contradiccion que todo esto presentaba la hacia quedarse indecisa; y acordándose de que su conducta en la visita que Edwin la hizo, y que casualmente habia presenciado, desmentia la opinion de aquellas damas, recobró toda su fuerza la amistad que la profesaba, y no creyó una palabra de cuanto habia dicho Cecilia. Volvió á Grosvenor-Square para informarse del paradero de Lady Edwin, á quien pensaba escribir resuelta á evitar toda decision final respecto de Ana hasta recibir respuesta.

Las preguntas que habia hecho á los criados sobre el tiempo que duraria la ausencia de Milady y sus inciertas contestaciones se la vinieron á la memoria apenas vio las cartas que la enseñó Collet con los sobres dirigidos á aquella casa. Sin embargo, la fuga de Ana, la ausencia de Mr. Edwin, que tampoco estaba

en casa, las seguridades que tenia de que él habia venido á la aldea el mismo dia que ella desaparecio, fundaba terribles probabilidades contra todo lo que era el objeto de sus deseos. Veía que todos estos funestos pormenores podian ser demasiado ciertos, y esto mismo confesó Collet, cuya amistad á Herbert quedaba suficientemente probada viendo sus esfuerzos por servirle.

Mistres Wellers al regresar á su casa pasó por la de Dalton, únicamente para saber lo que se decia. Mistres Dalton estaba sola y muy triste, pues la pérdida de sus esperanzas, y la incertidumbre de cuál seria la suerte de Ana, la afectaban demasiado: el prudente Dalton no estaba allí para interrumpir, ó hacer callar su locuacidad natural, y así la contó enteramente la historia de los amores del Lord Sutton á su pupila, y de las grandes ofertas que la habia hecho.

Mistres Wellers quedó atónita oyén-

dolo, de modo que apénas podia creerlo, y en prueba de la narracion se sacó la carta de él á Ana, que ésta habia dejado por descuido sobre la mesa. ¡Buen Dios! exclamó Mistres Wellers conociendo la letra del Lord, que era la misma que la del billete que éste habia escrito á Lady Edwin, y que la habian enseñado: ¡Dios mio! prosiguió, ¡qué malignidad se halla envuelta en este misterio! ¿Cómo puede ser esto? ¿Un hombre de su cualidad puede desear casarse, puede buscar con miras honestas á una muchacha, á quien bajo su firma ha culpado de ladrona y embustera? — ¿Qué decis de ladrona? dijo Mistres Dalton sonrojándose. Sin duda no quereis hablar de Ana: yo estoy segura de que nadie puede acusarla de una accion semejante: yo responderia con mi cabeza de su conducta por todos estilos. Se ha hablado mucho malo de ella en el pueblo; pero sabed, señora, que es tan inocente como un niño reciennacido. — ¿Me permitis,

dijo Mistres Wellers, que me lleve está carta? Ella contribuirá á hacer que Mis Mansel se justifique de mas de una acusacion semejante. Mistres Dalton consintió en ello, y la Wellers llevándose la carta regresó á su casa.

Volvió á leerla, y siempre con la misma admiracion: al volver la hoja encontró el borrador de la respuesta de Ana. Entonces, á pesar de su fuga, de la palabra de honor de aquellas nobilísimas señoras, y de los juramentos de la camarera francesa, se entregó á la alegría de su benevolencia; pues tal prueba de la virtud de su querida niña era (decia) el mejor cordial que podia aplicarse á su corazon. Envio á llamar á Bentley; pero respondieron que habia ido á Londres. Collet fue bien pronto informado de esta circunstancia extraordinaria, sacó una copia de la carta para enviársela á Cárlos, y guardó el original para enseñarle en casa de Madama Herbert, donde

debia ir inmediatamente.

Marchó á Londres, y antes de todo fue á casa de Emmerson, donde supo que Nicholl viendose descubierta se habia fugado aquella mañana, y que Tyrrel estaba en camino de restablecerse.

CAPÍTULO LVII.

La tierna madre.

De casa de Emmerson pasó Collet á Grosvenor-Square. Madama Herbert se negó al principio; pero luego que dijo llevaba cartas de Cárlos se le permitió la entrada inmediatamente.

Allí encontró á un caballero llorando igualmente que la madre y la hija: la primera estaba sentada recostada en otra silla, y guardando el silencio del dolor, sin poder detener las lágrimas, que hilo á hilo caian por sus megillas: la segunda apoyados sus codos sobre una mesa, y tapada la cara con las manos lloraba igualmente.

El caballero, que parecia muy contristado, se levantó apénas entró Collet, diciéndole: Señor, nosotros tememos preguntaros: ¿vive el infeliz todavia? ¿está en seguridad Mr. Herbert? ¡Oh! exclamó la madre rompiendo su silencio, decidme que mi hijo, la alegría de mi vida, el objeto mas querido de mi alma, está en seguridad, y á cubierto de los golpes de la funesta suerte que persigue á su madre: decidme esto, y mientras me dure la vida os miraré como mi ángel tutelar. Mis Herbert se adelantó involuntariamente, y juntando sus manos se anegó en lágrimas.

Collet demasiado conmovido para poder responder apeló á sus cartas, y tal fue su precipitacion en buscarlas, que en lugar de dar la de Cárlos alargó al caballero la que él mismo le habia escrito con la copia de la del Lord Sutton y de la respuesta de Ana, cuya carta no habia querido cerrar aguardando las noticias de su visita en Grosvenor-Square.

Madama Herbert temblaba aguardando saber el contenido de aquella carta, y Patty miraba con impaciencia las letras por detrás del caballero, cuando con gran sorpresa de todos hallaron que la carta estaba dirigida á Cárlos, y hablaba solamente de Ana. Patty se puso colorada, el caballero quedó pálido. ¡Ah! exclamó Madama Herbert, no me oculteis nada: decídmelo por malo que sea; pues si mi hijo debe morir, yo puedo resignarme con mi suerte.

El caballero la rogó que se tranquilizase, y volviéndose á Collet dijo: yo entiendo que os habeis equivocado. Es verdad, respondió él tomando la carta que el otro le alargaba, y poniéndose colorado: he aquí la carta para la señora, y esta para la señorita.

— ¿Pero, señor, donde está Cárlos?

— Ahora en Francia.

¡Bendito sea Dios! exclamó Madama arrodillándose involuntariamente. ¡Oh,

Dios mio! protege y bendice á mi hijo; permíteme abrazarle otra vez, que esto sea con seguridad, y despues dispon segun tu voluntad del resto de mi miserable vida.

El Doctor estaba demasiado conmovido á vista de este interesante espectáculo para poder ayudar á Wilkinson, pues este era el caballero que estaba allí, y entonces hacia los mayores esfuerzos para consolar á Madama y levantarla del suelo. Luego que recobró su silla no pudo leer la carta, porque sus ojos llenos de lágrimas no la permitian ver las letras, y á su ruego él fue tambien quien leyó lo siguiente:

"Cuando esta mañana me separé de la mejor de las madres, cuán poco preveía la posibilidad de un suceso que impediria el deseado regreso de este hijo. ¡Oh, madre mia, vos, á quien yo amaré y honraré siempre, armaos de valor y de esa firme confianza en la divina Providencia que en

toda vuestra vida habeis enseñado á vuestros hijos con la voz y con el ejemplo: no temais que un exceso de sensibilidad sobre los pocos motivos de consuelo que os quedan me arrastre á una muerte prematura. Yo estoy en seguridad, y libre: las virtudes de mi madre me darán valor y defensa. Perdonadme, os suplico, la inescusable violencia, que aunque sin voluntad mia probablemente ha privado á un hombre de su existencia. Yo sé que no cesareis de rogar por mí, y me atrevo á asegurar, que por mala que sea mi suerte, no caerá sobre vuestro hijo la acusacion de asesinato.

„En cuanto á mi desgraciado padre..... ¿qué puedo decir de él? Si el cielo, como me atrevo á esperarlo, se digna darle á conocer sus errores, aun pueden componerse las cosas. Sed feliz, amada madre mia, no os afiijais, os suplico: esta desgracia será mas cruel para mí, si no la sufris con aquella firmeza que os ha sos-

tenido hasta ahora. Inmediatamente que llegue al Continente escribiré á Sir William, pidiendo licencia para concluir mis estudios fuera del reino, y cuantas veces pueda me daré el gusto de escribiros. No puedo omitir que el portador de esta carta Mr. Collet ha sido en toda la extension de esta palabra el amigo mas zeloso, mas activo y desinteresado de vuestro hijo *Cárlos Herbert*."

Esta carta, que bañada con las lágrimas maternales fue depositada por Madama Herbert en su pecho, dio nuevo aspecto al semblante de todos los presentes. Patty dijo que su querido hermano la habia escrito un papel encantador; pero que como su madre estaba demasiado afectada no habia motivo de leerle. Todos se apresuraron á dar gracias á Collet: mas cuando este llegó á hablar de la confesion de Tyrrel, no puede pintarse cuál fue su alegría y su gratitud. Patty queria ir á ver á su padre aquel dia mismo, pero su ma-

dre se opuso á ello, pues ignoraba de qué modo recibiria esta noticia, y si tal vez prefiriria tener pocos testigos de sus sentimientos. Añadió que Mr. Wilkinson tenia que verle, y si Collet queria acompañarle, podian decirle, ó callarle lo sucedido en casa de Emmerson, segun la disposicion en que le hallasen.

Collet volvio á olvidarse de su aldea y sus enfermos: consintió en todo; pero pidio antes una taza de té: las señoras se disculparon de no habersela ya ofrecido, y mientras que todos le tomaron juntos preguntó á Madama cómo habia sabido aquel funesto suceso, á lo que ella le contestó enseñándole el billete siguiente.

"Desgraciada y digna esposa: Las reconvenciones que tienes derecho á hacerme no pueden aumentar mi desgracia ni mi desesperacion, y el sentimiento de tus propias virtudes no puede darte consuelos iguales á tu afliccion. Nuestro hijo, ese querido é inocente jóven irritado con

los vicios de su padre ha expuesto su vida, é incurrido en la venganza de las leyes de su patria. Por ahora está en seguridad. Ruega á Dios, á quien siempre has servido, que pueda libertarse de los que le persiguen. El tiempo puede concluir tus penas, pero no tiene ningun poder sobre las mias. *C. H.*"

¡Ah, exclamó Patty, si nos hubiéreis visto cuando recibimos ese fatal billete! Pero, gracias á Dios, añadió sonriéndose, aunque sin dejar de llorar, todo ha pasado. Nos le llevaron á casa de mi primo, donde estábamos, y en su coche fuimos á casa de Emmerson. Mi padre ya no estaba allí; pues á estar, creo con seguridad que se hubiera venido con nosotras. Allí una muger habladora corrió á contarnos mil cosas, que no necesitábamos saber: mi padre habia salido, y ella dijo que el hombre moriría. ¡Bendito sea Dios! ya está fuera de peligro, y nosotras no volveremos á aquella maldita casa.....

Pero, madre, continuo ella, ahora me acuerdo de que ni Madama Edwin ni Mis Cecilia han enviado un recado..... ¡Inhumanas! exclamó Wilkinson: y dijo á Collet: vamos, señor, que temo se nos haga tarde.

Se separáron de las señoras, dejándolas felices en comparacion de su anterior estado: hallaron á Mr. Herbert triste, desaseado, y cercado de papeles. Apénas vio á Wilkinson se dejo ver en sus ojos un rayo de alegría; pero se disipó al momento.

Wilkinson le dijo que sus minas estaban embargadas, y que los socios le enviaban para saber cual era su dictámen. Herbert guardo silencio, y Wilkinson prosiguio: ellos estan sin saber que hacerse. — Y yo tambien, respondio Herbert. ¿Habeis visto a mi esposa? — Si, señor. — ¿Y no hay noticias de mi hijo? exclamo suspirando.

Ellos le dijeron que estaba en segu-

ridad, y Tyrrel en disposicion de convalecer. Collet dió cuenta de la visita que habia hecho al herido, y nombró á Nicholl. —¡Oh, infame! ¡oh, vil muger! murmulló Herbert entre dientes. Wilkinson se aprovecho de esta ocasion para hablar del mérito y padecimientos de Madama Herbert, y Collet enseñó el papel firmado por Tyrrel.

Herbert parecio llenarse de horror y consternacion al leerle; pero no dijo nada. Wilkinson preguntó si tendría gusto en que su esposa y su hija le hiciesen una visita. — No, no: respondió con aspereza: tengo varios negocios que arreglar, y no quiero que me interrumpan. Vos, señor, añadió mirando á Collet, habeis obrado con mi hijo de un modo igualmente noble que generoso: hacedme el favor de poneros este anillo, y le presentó un precioso diamante, que sacó de su dedo. Collet se retiró; pues admitir un regalo de tal va-

lor de manos de un deudor quebrado, y por premio de acciones que pertenecian á su profesion, le hubiera parecido un acto de injusticia, y mucho mas viendo que se le daban para recompensar la amistad. Pero Mr. Herbert no queria sufrir este desaire, é insistió con una viveza que manifestaba le ofendia mucho la negativa; por lo cual Collet, aunque con mucha repugnancia, puso en su dedo la sortija, proponiéndose en secreto volverla á su familia.

Como Wilkinson observó que Mr. Herbert no estaba para hablar de asuntos, propuso retirarse, y la despedida fue grave y solemne. Herbert abrazo estrechamente á Wilkinson diciéndole: jóven, yo he sido vuestro amigo: si cuando ya no exista necesitase mi hija de tener uno, acordaos de ello. — Jamás olvidare lo que os debo, respondio el: vuestros intereses y los de vuestra familia seran siempre los mios; y aun es-

pero, anadió sonriéndose, que tendré que pediros y obtener una nueva gracia. Dijo estas palabras en el momento en que se retiraron: Mr. Herbert volvió á entrar en su cuarto, y cerró la puerta: entonces Wilkinson tuvo la ocasion que deseaba de informarse de Ana.

Mr. Mansel hacia tres meses que estaba enfermo de gota, y muy disgustado por no recibir carta suya, aunque ignoraba su salida de casa de Lady Edwin, y habia entregado á Wilkinson una carta quejándose de su indiferencia. Ya se puede creer cuál sería su sorpresa cuando Madama Herbert le dijo que habia marchado, y se ignoraba su paradero. Sus penas no eran menores, pues ella habia sido el primero y, en realidad, el único objeto de su amor. Mientras que la viese soltera conservaba alguna esperanza de que obtendría su mano; pero el descubrimiento que le habia proporcionado la equivocacion de

Collet, le habia dado á un mismo tiempo placer y sentimiento. Se alegraba viendo que así podria saber su morada; pero se afligia observando por el estilo de la carta que Collet hablaba á Herbert como á un amante suyo. Luego que pudo volverle á hablar de la equivocacion de la carta, se informó de la naturaleza de su encargo respecto á su amigo, y le preguntó donde estaba Ana.

El Doctor, que ignoraba enteramente el arte de guardar un secreto, le contó cuanto sabia relativamente á nuestra heroina. Es imposible pintar la admiracion de Wilkinson, que inalterable en la opinion de los buenos principios y pureza de aquella jóven, oyó con indignacion los escandalosos rumores de la aldea, y con rabia la infame acusacion del robo confirmado por Sutton. Juró hacerle que se desdijese, ó probase aquella horrible mentira; pero cuando vió la carta del despreciable Par, y sus pro-

posiciones de matrimonio, corrió al punto á buscar la respuesta de Ana, que probaba cuán vivamente se resentia de las ofensas que la habia hecho. Con mucha dificultad pudo contenerse, y no ir inmediatamente á casa del Lord; pero siguiendo Collet su historia supo con dolor que no se sabia el nuevo paradero de aquella desgraciada jóven, sin embargo de lo cual se propuso hacer cuantas diligencias pudiese para hallarla, y ver si podia conseguir que regresase á casa de Mr. Mansel.

Estaban ya para despedirse, cuando vieron venir á un hombre corriendo, en términos que apénas podia respirar, y era Mr. Bentley, que se detuvo apénas divisó á Collet. — Y bien, Doctor, le dijo: ¿no se puede encontrar á esa jóven? Yo la he buscado inútilmente de arriba á bajo; y mientras decia esto se abanicaba con su sombrero, porque estaba nadando en sudor. Yo he corrido,

añadió, toda la ciudad, he mirado las callejuelas, las calles, y las casas chicas lo mismo que las grandes, y nadie me ha podido dar razon: pero yo no volveré á mi casa hasta haberla hallado: ¿qué creereis que haré si no la encuentro? la buscaré con carteles, prometiendo una buena recompensa.

Acabando estas palabras volvió á correr, y el Doctor dijo: este hombre es uno de los admiradores de vuestra amiga. Wilkinson deseoso de informarse mas de un carácter que le parecia original, hubiera prolongado la conversacion, pero el Doctor se acordó en aquel momento de sus enfermos, de modo que tomó inmediatamente el camino de Layton.

Wilkinson volvió á Grosvenor-Square: donde habiendo contado todas las particularidades de su visita á Mr. Herbert, convinieron en que á otro dia irian todos á verle, para convencerle á que escribiese á Sir William, cuyo paso po-

dria conducir á arreglar sus negocios. Madama Herbert añadio: en el caso de que él se halle contento en su casa, nosotras dejaremos ésta, y viviremos felices en Llandore.

Durante la cena contó Wilkinson lo que habia oido decir y visto de Ana, de lo que Madama Herbert ya sabia mucha parte: pero cuando contó las proposiciones del honorable Lord, fue precisa toda la confianza que tenian en su veracidad para darle crédito. Patty, que amaba á nuestra heroina con todo su corazon, y una amistad fundada sobre las solidas bases de la estimacion, estaba dispuesta á creer cuanto era en su abono: pero sin embargo, el paso del Lord Sutton se la figuraba casi increible. Ellas se acordaron de que en efecto habian oido hablar de su pasion; mas á pesar de esto se hallaba fuera del alcance de la probabilidad, que un hombre de su clase se hubiese abatido á

calumniar á una pobre muchacha, y que despues la hubiese ofrecido su mano y sus bienes. Wilkinson declaró, con todo el ardor de su corazon, que estaba resuelto á averiguar hasta la raiz una calumnia, que se habia atrevido á imputar los vicios mas odiosos á una persona, que era el mas bello emblema de las virtudes. Juró que ni la clase, ni el sexo, ni la edad se librarian de sus pesquisas y reconvenciones, y que las mas fuertes consideraciones del mundo no le impedirian arriesgarlo todo para castigar, en cuanto pudiese, á los autores de aquel acto inhumano. Sin embargo, Madama Herbert le suplicó que, por su amor, fuese prudente respecto á la familia de los Edwin.

CAPÍTULO LVIII.

La cita.

Madama Herbert, que no habia podido dormir desde el momento que supo el peligro que amenazaba á su hijo, ya tranquila en este punto, pero sumamente cansada, se recogió antes de las nueve. No queriendo Wilkinson perder mucho tiempo en la ciudad, cuando los negocios de su compañía estaban tan embrollados, salió para visitar á algunas personas que le habian estimado desde su infancia, y á quienes tambien él estimaba: siendo de advertir que estas eran unas buenas gentes de la clase mas humilde y aun pobre, pero cuyos cuidados, cariño y beneficencia le habian sido muy utiles en sus primeros años, y así los recompensaba en cuanto podia, pues apénas empezó á ganar con su trabajo, partia con ellos su sueldo, y de.

dos años á aquella parte regularmente los destinaba una guinea cada semana.

Al atravesar la calle de Oxford pasaron muy cerca de él dos señoras, y se metieron en un coche: una voz, que él no pudo desconocer, mandó al cochero que las llevase al parque. Wilkinson se admiró con tanta mas razon quanto era muy tarde, y no llevaban ningun criado: sin embargo conoció que ó jamás habia visto ni oido á Mis Edwin, ó ella era una de las dos damas. Un repentino movimiento de curiosidad le hizo seguir el coche, que iba muy despacio, á pesar de que las señoras instaban al cochero para que avivase. Por fin, ambas se apearon en Spring-Garden, y á la luz de la luna vió que no se habia engañado. Apénas entraron en el parque las salieron al encuentro dos caballeros, *cada uno cogió del brazo á la suya*, y ambas parejas, que parecieron muy contentas, tomaron cada cual distinto rum-

bo. Wilkinson, no pudiendo ir á dos partes, se empeñó en seguir á Cecilia hasta el fin del paseo, que parecia ser el único objeto de la cita. Media hora despues la otra dama, que se habia alejado, se presentó, y llamándola se reunieron. Despidiéronse de aquellos caballeros, sin poder Wilkinson oir lo que les dijeron, y por lo mismo no pudo sacar ninguna consecuencia de aquel lance; pero seguro de la persona de Cecilia, y pensando enteramente en Ana, resolvió no desperdiciar aquella ocasion, tal vez la única y propia para hablar á Mis Edwin; y además de eso en la cita que acababa de presenciar habia un misterio y una falta de decoro, que le dieron un valor que no hubiera tenido en cualquiera otra ocasion: tan cierto es que es imposible respetar á una muger cuando se la ha sorprendido en una intriga.

En consecuencia de esto, y pretextando asistir á las damas para tomar el

coche, fingió reconocer á Cecilia. Jamás el encuentro de un antiguo conocido vino mas fuera de propósito: ella bien hubiera querido ocultarse, pero ya era imposible: y así tomó el partido de reirse de que las hallaba solas, y tan tarde. Wilkinson participó de su alegría, y se metió en el coche, pretextando que el respeto que profesaba á la familia no le permitia dejarlas ir solas á tales horas. Su verdadera intencion era pedir una media hora de audiencia á Mis Edwin, favor que pensaba no se le negaría en un momento en que su buena fortuna le habia hecho encontrarla en semejante situacion.

Una coqueta es un ente, cuya pasion, por ser admirada, la hace adoptar todo lo que se refiere á este objeto. Si un hombre, bajo una apariencia especiosa, se introduce en su presencia, ella ve en sus cuidados un tributo que se paga á sus encantos; y esto siempre lisonjea,

sea quien fuese el tributario: y así se pone mas alegre, y emplea todo su arte para privarle del libre uso de sus sentidos, y nunca duda de sus protextas, porque su primer interés es parecer que es víctima de ellas.

Mis Edwin bien cierta de que nadie podia dirigirse á ella sino llevado del amor, ó la admiracion, apénas conoció á Wilkinson, y no sospechando que tuviese ninguna cosa particular que decirla, se imaginó que le habia conquistado: y aunque es verdad que esta nueva víctima de sus encantos era un simple aldeano y plebeyo, sin embargo la ofrecia un medio de divertirse. Pareciala gracioso y divertido tiranizarle el corazon, y hacerle infeliz, y con estas inhumanas intenciones consintio que el la cogiese y apretase la mano, y no respondio á sus cumplimientos con su altivez ordinaria.

Su compañera, que no habia habla-

do una palabra, estaba sentada y temblando, aguardando el fin de aquella aventura, mientras que Cecilia con la mayor familiaridad hablaba con él, no creyendo que pudiese desobedecerla inmediatamente que juzgase oportuno mandarle retirar: mas en esto se engañó completamente, pues el humilde y obscuro provincial fue igualmente insensible á la sonrisa que á la gravedad con que quiso despedirle El buen humor, el descontento, el desprecio, la ira y las reconvenciones mas serias, todo fue inútil para aquel carácter vulgar: él insistió en acompañarlas hasta su casa, y en ella suplicó media hora de audiencia. En fin, ellas le dijeron que no iban á su casa: ¿donde vais segun eso? respondió él; á lo que le contextaron que no tenia nada que ver con esto, y que parecia mal á un hombre ser importuno. Wilkinson manifestó que su opinion era diversa, y añadio que cuando tuviese

el honor de ver á Lady Edwin, lo que á mas tardar sería dentro de un mes, y la dijese cómo y donde habia encontrado á su hija, estaba seguro de que no la agradaria el haberla dejado sola, y expuesta á un insulto.

Ahora bien, dijo Cecilia, nosotras tenemos que hacer en casa de Madama Chambaud en S. James-Street, y viendo que la noche estaba hermosa, nos ha dado la gana de ir allá. La frivolidad del pretexto no era á propósito para inspirar docilidad á Wilkinson; sin embargo, como Cecilia prometió recibirle la mañana siguiente á las once, consintió en apearse, y siguiendo el coche vió que se paró delante de la tienda de un mercader de lienzos, donde bien pronto llegó un elegante birlocho, en que entraron las damas despues de haberse quitado los chales; y como aquel carruage iba muy ligero no tardó en perderlas de vista. Este incidente le detuvo

hasta muy tarde, y no pudiendo ya hacer la visita que pensaba, regresó á Grosvenor-Square, donde le habian dado un cuarto.

CAPÍTULO LIX.

El suicidio.

Cuando Wilkinson se levantó por la mañana halló á las señoras vestidas, y dispuestas á salir de casa. Yo estoi sumamente turbada, dijo Madama Herbert, y no sé por qué. En lugar del tranquilo sosiego que pensaba encontrar esta noche, segun las buenas noticias que tuve, me he visto atormentada de los sueños mas fúnebres, y abismada en terrores inexplicables. Temo mucho que haya muerto el malvado Tyrrel.

Wilkinson y Mis Herbert hicieron todo lo posible para disipar aquellas aprensiones; pero viendo que se aumentaban, propuso él primero que antes de ir á la

cárcel pasasen por casa de Emmerson para informarse de lo que sucedia.

Cuando ya estaba todo arreglado anunciaron la visita de Mr. Edwin. Este jóven era como un extraño en su casa; y las personas de su familia eran á las que menos visitaba. Guardábanse en su casa sus vestidos, vivian allí sus criados; pero á excepcion de los momentos en que se mudaba de trage, ó las noches que á fuerza de su intemperancia y sus anteriores vigilias le obligaban á recogerse, su casa era el paraje menos á propósito para encontrarle. Algunas veces, aunque pocas, hacia á Madama Edwin el honor de comer con ella, pero en secreto; y una vez ó dos que se vió casi en la precision de acompañarla de noche, manifestó con mucha gracia cuanto sentia el hallarse comprometido, y no poder disfrutar este honor. Desde aquel tiempo su feliz esposa no le habia incomodado con proposiciones tan indiscre-

tas: él habia oido hablar con la indiferencia propia de un hombre del gran tono de la situacion de Herbert. Ana era mas bien el objeto de sus deseos; pero su cariño estaba dividido, y su atencion todavia mas inclinada que á todas las mugeres del mundo á una banca de Faraon, ó al golpe de un dado. El lógro de sus pretensiones, respecto de Ana, estaba acompañado de tantas molestias (cosa que él aborrecia), y pedia tanto tiempo, que él en ninguna manera podia desperdiciar: únicamente tenia libres los momentos que se veía obligado á descansar por un funesto golpe de dado, ó por los efectos de una disipacion constante. En uno de estos fue cuando hizo el viaje á Layton, y desde aquel dia ya no habia tenido tiempo de pensar en ella.

Como no habia olvidado enteramente cada una de las impresiones de sus primeros años, no pudo llegar á saber con la misma indiferencia la desgracia de

Cárlos. Durmió en su casa la noche antecedente, y habiendo dispertado mas temprano de lo que acostumbraba á causa de un fuerte dolor de cabeza, habia pedido el té: mientras que le tomaba casi sin gusto, y solo para disipar los vapores del vino de Champaña que habia bebido, Bates, su ayuda de cámara, le contó la historia del asesinato, la fuga de Cárlos, y los temores de su madre, con todas las adiciones que por lo comun acompañan en las nuevas narraciones de un suceso. Esto le sacó de la apatía en que estaba sepultado aquella mañana, y vistiéndose precipitadamente se dirijió á Grosvenor-Square, donde la amabilidad y cariño con que fue recibido le causaron la sensacion mas agradable que habia experimentado en los últimos tres meses, exceptuando aquellas que le habian producido unas cuatro buenas suertes de naipe, ó algun brillante golpe de dado, que, á decir verdad, no

le sucedia con frecuencia. Las condujo á casa de Emmerson, y la viveza con que en el camino habló á favor de su amigo Cárlos hizo á Madama y su hija muy elocuentes en sus alabanzas.

Bajo el espeso velo que una conducta inexcusable echaba sobre el carácter de Edwin existian algunos principios de humanidad, honor y generosidad. La felicidad que veía proporcionaba á otro exaltaba su imaginacion, y el convencimiento de que hacia una buena accion disipaba en aquel momento el tedio que siempre le acompañaba, como no fuese en el juego, ó en alguna casa peor. Ellos encontraron que los presentimientos de Madama Herbert iban infundados, pues Tyrrel estaba mejor, y Edwin las acompañó tambien á la cárcel, prometiendo hacer cuanto pudiese á favor de Mr. Herbert.

Su muger, segun ya he referido á mis lectores, habia sido la mas desgra-

ciada mediante la insensata conducta de un marido, á quien amaba con pasion. Cuanto él mas la habia ofendido, ella mas le habia perdonado; y su indulgencia no se habia cansado hasta que las consecuencias de sus amistades, poco decorosas, habian ofendido á su propia salud. Desde aquel entonces habia separado cama, y él no habia vuelto á hacer cosa alguna para ganarse su cariño: por grados se habia ella ido conociendo muy superior al hombre que no hacia otra cosa que herir su pundonor y su amor: el tiempo habia absorvido el sentimiento profundo que sus excesos la habian inspirado al principio: ya no se afligia del género de vida que él llevaba, sino en cuanto al fin debia atraer perjuicios á sus hijos. Él la ocultaba el estado de sus negocios, y cuando la empeñaba á recurrir á los beneficios de su hermano siempre ponia pretextos plausibles. La esperanza de su reforma podia lisonjearla;

pero estaba muy distante de tenerla de reconquistar su corazon: así es que habia pasado á sus hijos todo el amor que tenia á su esposo. El deber y la religion la enseñaban á alegrarse de que abandonase sus errores, y la inclinaban á adoptar en su conducta todos los medios capaces de hacerle volver á la carrera del honor. Patty amaba á su padre, y al presente (que tambien podia honrarle) decia que era la hija mas dichosa del mundo. Wilkinson lo deseaba por interés y por amistad, y Edwin estaba resuelto á sacar á su tio de aquel apuro. Con estas disposiciones llegaron á la cárcel.

Cuando se paró el coche se llenó de horror Madama al ver la ceremonia de abrir la puerta. Patty apénas podia respirar, y Wilkinson, que lo observó, las suplicó que se detuviesen un instante en el mismo coche mientras iba á prevenir á Mr. Herbert. Edwin le hubiera acom-

pañado; pero se quedo para tranquilizar á las damas, que estaban aterradas á la vista de aquel lugar, así como el modo con que las miraban los que pasaban. En efecto, habia mucha gente á la puerta de la cárcel, y el elegante coche que estaba parado á ella era un objeto de curiosidad para todos. Las damas se ocultaban la cara con sus abanicos, y seguramente no habian pensado en encontrar allí tanta gente.

Wilkinson tardaba en venir mas de lo que habian imaginado, y Edwin ofreció ir á ver qué cosa le detenia. Patty sintio redoblarse sus temores, su madre no estaba mas tranquila, el gentio se aumentaba, y Edwin las suplicó le permitiesen salir un momento; pues aunque no imaginaba la causa de la tardanza de su amigo, era necesario saberla, porque sin duda le habia sucedido alguna cosa. Con esto le dejaron salir, y corrieron las persianas.

Un instante despues volvió con Wilkinson. ¿Qué ha secedido? ¿qué terribles noticias me traeis? preguntó Madama Herbert consternada á vista de su semblante, y mucho mas cuando observó que el coche daba la vuelta para tomar el mismo camino. Por amor de Dios, exclamó Patty, decidnos qué sucede. ¿Ha muerto mi padre? —¿Por qué dejamos este horroroso lugar sin verle? pára, cochero, gritó Madama: yo lo mando, y no dejaré este edificio sin entrar en él. Wilkinson estaba en el asiento abismado de horror. Edwin, apénas en estado de pronunciar una palabra, la suplicó que tuviese á bien regresar á casa. No, dijo Madama: yo he venido para visitar y consolar á mi marido, y no me volveré á casa hasta saber ó que no necesita de mis socorros, ó que entregándose nuevamente á sus errores rehusa mis auxilios.

Viendo que era imposible persuadir-

la, mandó parar el coche. ¿Por qué no hablais? dijo ella á Wilkinson. Las lágrimas que corrian por el rostro del jóven le volvieron el uso de la voz, y se sirvió de ella para suplicarla que no le preguntase cosas, que no podria escuchar sin el mayor dolor. Mr. Herbert ya no está en estado de necesitar vuestros socorros. ¿Ha muerto? exclamó ella con el acento de la afliccion. — Todavia no, respondió Wilkinson; pero está sin esperanzas de vida. — ¡Todavia no ha muerto! dijo ella inmediatamente, ¡y qué, volveré la espalda al padre de mis hijos mientras que aun respira! Abrid esa portezuela: yo os lo suplico: dejadme que reciba su último suspiro.

En vano se opusieron á ello. Bajó del coche con su hija: se abrió camino al través del concurso; y todos, sabiendo que era la esposa de aquel desgraciado preso, se apartaron con una piedad respetuosa para dejarla pasar.' Wilkinson

iba delante: ellas le siguieron por el primer piso de la cárcel hasta la puerta de un cuarto, donde sobre una cama miserable, aunque la mejor de la casa, estaba tendido Mr. Herbert, los ojos medio cerrados, y en la agonía de la muerte. Muchos hombres y una muger estaban alderredor de la cama, cuyas cortinas habian descorrido para que le diese el aire. Un horror silencioso reinaba en las almas de todos los espectadores, que habian acudido á darle unos socorros ya inútiles.

¡Oh, Herbert, Herbert! dijo su muger con el mayor desconsuelo; y arrodillándose al lado de la cama, mientras que Patty sin fuerzas para volver á mirar un espectáculo tan horroroso estaba á los pies de la misma tapándose la cara. ¿Es este, prosiguió Madama, el consuelo que yo me habia prometido de tu reforma? Cárlos, mi querido Cárlos, ¿no me conoces ya? — Los vidriados ojos de

Herbert buscaban en vano los suyos. — Pero ¿cuál es su enfermedad? continuó ella. Mr. Wilkinson, mi sobrino Edwin.... Señores, dijo mirando á los asistentes, ¿sois médicos? ¿no hay nada que hacer aquí?

Un repentino movimiento del pecho del moribundo llamó la atencion de los presentes, y se apresuraron á cercar su lecho: un rayo de sentimiento pareció reanimar sus últimos instantes, sus ojos se abrieron, y volvieron hácia su esposa, cuyas lágrimas inundaban su rostro: dio un profundo suspiro, y espiró.

Madama Herbert se desmayo en los brazos de Edwin, y su hija, incapaz de moverse del sitio donde estaba, interesó á todos los presentes: se las saco de allí, llevandoselas á otra pieza de la misma carcel, y siguiendolas los medicos, que inútilmente se habian llamado para socorrer á su marido.

Inmediatamente que á fuerza de cui-

dados y de espíritus pudo volver en sí Madama Herbert, preguntó las particularidades de aquel horrible suceso; pero Mr. Edwin y Wilkinson se negaron á complacerla en este punto: en efecto, era mejor que ignorase el último acto de violencia de su marido, y cada uno temia entrar en una narracion que confirmaba cruelmente lo mismo que ella mas temia. La obligaron á fuerza de instancias á que se volviese con Edwin, dejando á Wilkinson para cuidar de todo lo relativo al difunto.

Mis Herbert era de un carácter tan dulce, y tan poco informada de los efectos que suele tener la desesperacion, qué en la muerte de su padre no sospechó otras circunstancias, sino que habia sido repentina; y sus amigos tuvieron la prudencia de dejarla en este error, mientras lloraba simplemente la muerte de un padre, sintiendo no haberle podido hablar, ni recibir su bendicion.

Mr. Edwin instó á su tia y su prima á que viniesen á vivir con él á Portman-Square; pero ellas conocian demasiado la insensibilidad de su muger y de su hermana para adoptar el convite: de modo que él se contentó con insistir en que habia de ser su banquero, y quiso evitarlas la penosa molestia de escribir esta noticia á Sir William.

Al volver á Portman-Square fijó toda su atencion en la lúgubre escena que habia presenciado. El terrible fin de un hombre que toda su vida se habia empleado en correr tras los mismos placeres, de que él era esclavo, no podia menos de chocarle alguna cosa. Estaba citado aquel dia en casa de una famosa ramera, donde debian concurrir varias personas del primer órden. La dueña encantadora reunia á la belleza todo el arte necesario para pasar el tiempo y la reflexion; pero como no estaba presente, y en la ausencia no era tan fuerte

su imperio sobre sus sentidos como cuando sus gracias fascinaban los ojos, formó la resolucion de estarse todo el dia en su propia casa, no dudando que su muger en tan crítica circunstancia no recibiría á nadie.

Su primera pregunta apénas entró fue si su muger y su hermana estaban en casa. El ayuda de cámara no respondió: y en efecto, era una cosa tan extraña en cualquiera de los dos esposos el menor deseo de encontrarse, que Bater apénas podia creer á sus oidos. Sin embargo, como la seriedad de su amo exigia una respuesta, contextó que habian salido.

¿Tenemos alguien á comer? preguntó Edwin. Sí señor, contextó la Frajan: están convidados el conde Maxwel y el Coronel Mendez.

¿Quien diablos son esos? replicó Edwin. — Unos señores que vienen todos los dias.

Mr. Edwin guardó silencio, quedando

mas admirado y resentido que quisiera. Mandó solamente que le avisasen cuando Madama volviese: despues de lo cual cumplió lo que habia prometido á Madama Herbert, escribiendo á su padre cuanto sabia de la muerte de su marido.

Mr. Wilkinson llegó cuando acababa la carta, pues venia (como habia ofrecido) á informarle de todas las circunstancias de la muerte de Mr. Herbert.

Desde el punto que éste llegó á su prision se habia ocupado mucho en ordenar sus papeles, y la noche del dia que le visitaron Wilkinson y Collet no se habia acostado. Su criado, que pasaba de veinte años le estaba sirviendo, hizo cuanto pudo para convencerle á que tomase algun refresco; pero él no quiso absolutamente mas que una taza de cafe. Luego que Wilkinson se despidió volvió á ocuparse en sus papeles, hizo varios paquetes, que rotuló, y en esto se empleo hasta las cuatro de la mañana. Entonces dijo

á su criado que queria dormir, y mientras le desnudaba le preguntó si se acordaba de su boda; y como él le respondiese que sí, volvió á preguntarle: el dia que yo recibí la mano de Mis Edwin, ¿te hubieras figurado que yo pudiera llegar á tal extremo de horror y de bajeza, que la hubiese arruinado á ella y á sus hijos por una muger tan infame como Nicholl? El criado juzgando por la voz y el gesto de su amo que estaba violentamente agitado, le exhortó á que alejase tan fúnebres pensamientos, imaginando la perspectiva ciertamente mas feliz que iba á causar su arrepentimiento. Herbert no contestó á esto, y le mandó que se acostase en otro cuarto inmediato. Por la mañana el criado, juzgando que dormia, hizo sin meter ruido sus haciendas; y habiendo dispuesto el chocolate, aguardaba que despertase para presentárselo. Á las once se acercó á la cama para observar si aún dormia, vio sangre, y sus gritos alarmaron á to-

dos. Acudieron, y vieron que el infeliz se habia cortado el cuello hasta la arteria, y todavia echaba sangre, aunque ya parecia haberle faltado la vida. Entonces se le administraron todos los socorros posibles; pero ya era tarde, y se creyo que se habia herido en el momento mismo en que se apartó de él el criado.

CAPÍTULO LX.

Sensibilidad moderna.

Mr. Edwin se admiró de este fin trágico mas de lo que convenia á un hombre de placeres. La conducta de Nicholl no podia sorprenderle, pues sabia que las mugeres que una vez se apartan del camino de la virtud es raro que se contengan en la primera falta. La vida que él llevaba le enseñaba todos los dias, que cuando el honor y la delicadeza han cedido su lugar al vicio, este no tarda en remontarse hasta el último grado. Es un

principio de justicia que siempre halla el libertino en cuanto pasa á sus compañeros, pero que jamas se aplica á sí mismo; y este principio es que la muger á quien aquel hombre ha quitado el honor y la virtud le hace luego traicion, y le trata como enemigo; pero ver ademas de esto que ella puede causar un fin tan terrible como el que acababa de presenciar, era para él una cosa tan horrorosa como nueva, y mas propia que ninguna para inspirar saludables reflexiones. Una pasagera resolucion de reforma entró por la primera vez en su pecho; ¿mas de qué modo se le presentó esta idea?... Pensando que si pudiera lograr á Ana, modelo de todas las perfecciones, empezaria su nueva vida gozando de la felicidad de poseerla, continuar á su lado, y vivir en sus brazos separado del mundo. He aquí cuál era su plan: juzgaba que podria dejar á su esposa que gozase de sus bienes: por poco que destinase á Ana seria para ella

un exceso de lujo: su alma adquiriria con su trato y con su ejemplo las apariencias del honor y de la virtud.

Abismado en estas, á su parecer, nobles ideas de dejar el vicio, sumergiéndose en él mas profundamente, y ahogar los remordimientos de una conciencia culpable con la plausible excusa de su propia felicidad, volvió en su acuerdo oyendo á Wilkinson que se despedia; pero no quiso absolutamente dejarle marchar, exigió que comiese en su casa, prometiéndole acompañar por la tarde á la de Madama Herbert.

El golpe del aldabon anunció el regreso de Madama y de Mis Cecilia. Inmediatamente se dirigió al cuarto de la primera, que manifestó su sorpresa por una visita tan inesperada. Despues de un saludo formal, a que ella correspondió con una cortesía profunda, Edwin con tanta política como circunspeccion la informó de la catástrofe de aquella mañana,

y al paso indicó que seria muy natural y muy decoroso que ella fuese vestida de luto á visitar á aquellas damas, y las tragese á comer á su casa: añadió que sentia que tuviese convidados; pero supuso que no seria necesario advertirla que la decencia exigia que su puerta estuviese cerrada por algunos dias. Madama le habia escuchado con una especie de sensibilidad hasta que llegó al punto de privarla de su tertulia. Esto era exigir demasiado: una señora principal es superior á todas las formalidades, y mas cuando estas la privarian de ocupar el primer asiento en las concurrencias, y atraer la admiracion de la multitud. Si Mr. Herbert (dijo ella) se ha arruinado, y ha muerto por su propia locura, ¿qué me importa á mí eso? Ó si Madama Herbert quiere ponerse luto por un suceso, que en mi opinion realmente debe alegrarla, ¿por qué razon he de faltar yo á mis convites? Esto es imposible: tengo uno para cada dia de la

semana siguiente, y no puedo faltar á ninguno. En cuanto á los amigos que aguardo á comer son personas de cualidad: uno de ellos ha hecho proposiciones de matrimonio á Cecilia; y en fin, dijo que pues Mr. Edwin proponia admitir en su mesa á uno de sus amigos, ella no veía ninguna razon para excluir los suyos, tanto mas cuando á aquellas horas no podria enviarlos recado excusándose.

Señora.... exclamó Edwin, ¿proposiciones de matrimonio á Cecilia pueden ser hechas convenientemente sin mi noticia? En cuanto á eso, respondió ella, si se supiese dónde, y á qué hora se os puede encontrar, me atrevo á asegurar que el Coronel Mendez no hubiera faltado á su deber.

Edwin conoció la exactitud de la réplica; pero la que la hacia era un objeto de su odio, y ademas el aire de desprecio que tomó volviendo los ojos, cosa que observó Edwin en un espejo donde involun-

tariamente habia fijado los suyos, no produjo otro efecto sobre el, que aumentar sus impresiones desfavorables; mas el honor y las riquezas de su familia, que podian estar á pique de caer en manos de un aventurero, llamaron su atencion, y resolvio esperar la visita para juzgar del mérito del amante, y del modo con que era recibido: en virtud de esto saludándola friamente se despidió, diciendola que podia hacer lo que gustase, y que tendria el honor de asistir á la mesa á las seis de la tarde.

Cuando volvió al lado de Wilkinson no pudo menos de indicarle la conducta extraña de su muger y su hermana. Las calamidades del dia habian borrado de la memoria de Wilkinson la cita que tenia con Cecilia; pero al pronto que oyó su nombre se le renovaron las ideas de la aventura de la noche anterior, y su proyecto de defender á Ana. Como debia pasar algun tiempo hasta la hora de comer,

y como su adorno necesitaba algun reparo, volvió á Grosvenor-Square, dejando á Edwin enteramente decidido á perseguir el único objeto que en todo el mundo le parecia digno de sus cuidados. Así mandó á Bater que estuviese dispuesto á acompañarle la mañana siguiente á Layton, de donde no queria volver sin haber intentado convencer á Ana con cuantos argumentos pueden inspirar el amor y las riquezas.

CAPÍTULO LXI.

La indecision.

Á la hora señalada se reunieron en el salon de Madama Edwin los convidados, que eran las dos cuñadas, Madama Corbet, el Conde Maxwel y el Coronel Mendez, Edwin y Wilkinson, á quien él presentó. Mis Cecilia, que viendo habia faltado á la hora citada se lisonjeaba de que aquel pobre aldeano hubiese vuelto á sus

montañas de Gales, quedó sorprendida y confusa viendole presentado por su mismo hermano; pero Wilkinson no lo quedó menos cuando reconoció en Madama Edwin su compañera en el paseo nocturno, y sus acompañantes en aquellos dos caballeros. Este descubrimiento en su trivial modo de pensar no era una gran recomendacion. Madama Edwin, que tambien le conoció, se puso colorada cuanto permitia divisarlo la gruesa capa de colorete que la daba su tocador. Su consternacion fue tan visible, que Madama Corbet la preguntó si estaba indispuesta. Entonces se presentó el metreotel, anunciando que ya estaba la comida en la mesa, y esta circunstancia la evitó dar respuesta á una pregunta verdaderamente maligna, aunque hecha con la mayor inocencia.

La comida pasó sin que ninguno de los convidados, á excepcion de uno de los dos acompañantes de las damas, hiciese mucho caso á los exquisitos manja-

res que se sirvieron. El Coronel Mendez, que estaba sumamente confuso, observó con todo que era el blanco de las atentas miradas de Edwin, que parecian penetrar en un alma poco preparada á un exámen tan rigoroso. Nunca se habia presentado él con menos ventajas delante de su querida. Un aire de confusion absorvio toda su alegría, y apénas podia encontrar las palabras. El Conde era circunspecto en sus miradas y en sus acciones: tenia una bellisima figura, mucha política, hablaba muy bien el inglés, aunque extrangero, y parecia pensativo y reservado. Madama Edwin no era una muger que por su talento pudiera adornar su rango; pero entonces manifesto mucho menos, y su conducta aumentó la poca opinion que de ella habia formado Wilkinson.

Cecilia, á pesar de su coquetería, la presencia de su amante, y el desagradable encuentro de Wilkinson, no pudo escuchar con entera indiferencia la narra-

cion de la muerte de Herbert. Su hijo en verdad quedaba hecho un indigente, un fugitivo sin bienes y bajo la absoluta dependencia de su familia: ya no era posible conservarle la preferencia que le daba, pues ella era incapaz de semejante constancia. Sin embargo, recordándosela sus gracias y su persona, le tributó un suspiro: ¿qué mas podia hacer en favor de un desgraciado? Así pensó Cecilia, y prestó oidos á las lisonjas del Coronel, que era mas feliz.

Se concluyó por fin la comida, que por la situacion de los convidados pareció larga. Mr. Edwin se esforzaba á empeñar al Coronel en una conversacion, lo que él evitaba con destreza, cuando Wilkinson viendo que las damas iban á retirarse, reclamo la media hora de audiencia que se le habia prometido. Semejante propuesta hecha en aquel momento consterno al amante, y alarmo al hermano. El primero acercándose entonces aumentó

su indecision y la de Mis, diciendo que si no violaba las leyes de la etiqueta gustaria de acompañarlos. Cecilia no atreviéndose á negar su promesa, ni revelar la ocasion en que se habia visto, se dejó acompañar callando en su silla, y Madama Edwin tuvo que recurrir á sus aguas de olor que la presentó la Frajan.

Wilkinson, cuya alma estaba enteramente destinada á la defensa de Ana, habló con tanto valor como viveza sobre su hermosura, la extension de su juicio, y las gracias de su espíritu: repitió muchos ejemplos de la grandeza de su alma y de la bondad de su corazon, é insistió particularmente sobre la virtud é integridad de su amiga Mistres Mansel, su conducta irreprensible, la rectitud de su carácter, y añadió que su corazon habia sido tan decidido hácia Ana, que realmente habia padecido mucho en verse despreciado; pero que sin embargo solo habia pedido á Dios que la hiciese feliz luego que

supo que se hallaba en Londres, donde podia colocarse con mas ventajas. Recordó despues la injusticia y crueldad con que ellas la habian tratado, y las calumnias con que se la habia mortificado tanto por parte de M. Edwin como de los demas: de todo lo cual (prosiguió con una voz alterada por el sentimiento) ha resultado que actualmente se halla abandonada, fugitiva, sin proteccion, sin amigos, sin dinero, y sin recursos. Entonces preguntó formalmente á Mis sobre qué fundamentos habia establecido lo que hablo de una persona que jamas habia ofendido á nadie.

Esta pregunta fue auxiliada por la de Mr. Edwin, cuya sorpresa fue extremada al ver las luces que le daba esta arenga.

Mis Edwin toco la campanilla para que viniese la Frajan; pero ella, despues de haberse precedentemente retirado al principio de esta escena, habia salido de casa. ¿Cómo, dijo Cecilia, ha salido sin mi

permiso? Pero no importa: yo tengo una prueba sobre la que creo no tendreis que replicar; y en seguida repitió cuanto la Frajan habia dicho, presentando con un aire de triunfo el billete del Lord Sutton en confirmacion de los delitos de Ana.

Cualesquiera que hayan sido la situacion ó los infortunios de la infancia de Ana, yo estoy cierto, dijo Wilkinson, de que todas sus acciones en los años siguientes han sido dirigidas por la virtud y el honor, y he aquí otra prueba de que fuesen cuales fuesen entonces los sentimientos del Lord Sutton, al fin se convencio de la falsedad.

Con inexplicable sorpresa de Mis Edwin presentó entonces las promesas de matrimonio hechas por el Lord, y puso el papel en manos de su cuñada, que ya comenzaba á estar en estado de tomar parte en la conversacion; y la que despues de haberle leido, indico sus sospechas de que aquel billete fuese fingido.

Mis Edwin no dejó de ser de la misma opinion, aunque en el fondo de su alma estaba convencida no solamente de la autenticidad de aquel papel, sino tambien de la injusticia con que habia tratado á nuestra heroina. La letra y el sello no podian ser fingidos, y el violento acceso de amor que el Lord Sutton la habia manifestado cesó de una manera no menos repentina que sorprendente, en términos, que ya no iba á Portman-Square.

Cecilia no dejaba de tener arte, y su penetracion para discurrir los planes de iniquidad era igual á su poder y á su inclinacion en combinarse con ellos; y por consecuencia le era mas fácil descubrir los designios del Lord que los de la Frajan, sobre cuya fidelidad no dudaba. Wilkinson habiendo pedido permiso para recoger el billete, se retiraron las damas y los caballeros convidados, pues ellos las siguieron para tomar café, y despues acompañarlas á la ópera.

Mr. Edwin demasiado ocupado en sus propios negocios para pensar en los de su hermana, permitió que el galante Coronel se escapase aquella vez de su examen, é inmediatamente que pudo separarse de Wilkilson, despachó á su fiel criado á Layton para informarse de la verdad de las anécdotas que acababa de oir; y apénas le vio puesto en camino, se dirigió á Grosvenor-Square, segun habia ofrecido.

El dolor que causó á Madama Herbert la súbita y cruel muerte de su marido se dulcificó mediante la resignacion en la voluntad del Todopoderoso, á quien ella servia con fervor. Su único objeto sobre la tierra era la inquietud que la causaba la suerte de sus hijos, y mas cuando veía que tambien debia de servirles de padre, pues éste ya no existia. El afecto de Wilkinson hacia ella, y el interés que tomaba en sus negocios la hacian estarle muy reconocida, y estimar-

le mucho: él conocia todos los asuntos de Mr. Herbert relativamente á las ferrerías, y así ella penetraba cuan necesaria era su persona en Llandore; pero tambien aquellos bienes estaban embargados, y no la convenia presentarse por entonces ella misma: sin embargo, èra preciso tomar una resolucion, y aunque Wilkinson sintiese dejar á Londres antes de haber adquirido noticias de Ana, sacrificó sus propios deseos al anhelo de servir á Madama Herbert.

Cuando llegó Mr. Edwin se hallaba resuelto á marchar apenas se hiciesen los funerales al difunto; pero esta dilacion se tuvo por inútil á causa de haber prometido Edwin encargarse de los funerales, y de cuanto pudiese necesitar la asistencia de Tyrrel y la de Madama Herbert. De modo que Wilkinson se despidio temprano con designio de partir al otro dia al amanecer.

Edwin, con gran sorpresa de sus cria-

dos, volvió á casa antes de las diez, despues de haber pasado por la del empresario de las pompas fúnebres, y dado liberalmente sus órdenes respecto al entierro de Mr. Herbert, que quiso fuese decente, aunque sencillo.

Madama Edwin y Cecilia volvieron de la ópera muy mortificadas por los pésames que habian recibido del desgraciado suceso acaecido á su familia, y en los cuales las habian dado á conocer en términos muy claros, que hubiera sido muy decente por su parte no presentarse en público interin el asunto estaba tan reciente. En verdad no era aquella la primera humillacion que sufrian; pues, en fin, habian conocido que á pesar del gran número de sus relaciones, y á pesar de que el portero recibiese la misma porcion de targetas de visita, frecuentemente se veian excluidas de las concurrencias particulares y escogidas de las damas apreciadas; y su compañía ordinaria en

los paragès públicos era tal, que pocas querian participar de ella.

Descontentas con todo el mundo, se presentaron con mas gusto á la conversacion de sus acompañantes: mas pronto se vieron privadas tambien de este gusto; pues la feliz y agradable locuacidad del Coronel Mendez, y los lánguidos suspiros del divino Conde desaparecieron al presentarse Mr. Edwin.

Madama Corbet, viuda de mediana fortuna, pero muy gastadora, estuvo muy atenta á Mr. Edwin durante la comida, y lo mismo por la noche cuando volvió; pero como los caballeros se despidieron bien pronto, y como no se habia hecho caso de la órden que ella habia dado para que hiciesen arrimar su coche, no podia ya permanecer decentemente en la visita. Interin que estuvo presente fueron visibles el tédio, el descontento y el mal humor; y cuando se marchó, las damas despues de haber convenido en que era

necesario ponerse luto, observaron que era el color que mejor las sentaba. Ellas se entretuvieron despues en contar las personas, cuya visita permitia recibir de etiqueta, y en cierto modo obligaron á Mr. Edwin á tomar parte en su conversacion, lo que él hizo preguntándolas si se habian divertido.

¡Oh! respondieron ellas, el espectáculo era odioso: en la ópera no habia mas que ruido, mucha gente, los hombres empinándose unos sobre otros para ver el teatro, y únicamente pensando en ellos mismos: ¡las mugères todas tan necias é impertinentes!

Mr. Edwin no se metió en aprobar, ni contradecir sus observaciones, y deseándolas una buena noche, las dejó solas.

Cuando este político marido entró en su cuarto llegó su fiel criado, y la primera ojeada, que el amo le dirigió, le comunicó que llevaba buenas noticias, como en efecto así era.

CAPÍTULO LXII.

Vuelta de Ana.

La situacion en que dejamos á nuestra heroina era tan deplorable y tan interesante, que temo que mis lectores me critiquen de haberla abandonado al silencio por tanto tiempo. Su fiebre, como ya he dicho, era de las eruptivas, y efectivamente la dieron las viruelas. La agitacion de su alma habia proporcionado el desenrollo del contagio, que adquirió el dia antes en casa de Mistres Wellers, y cuando Mr. Edwin habia enviado á la aldea á saber de ella, aun no habia vuelto en su acuerdo.

Bates halló en la aldea confirmado cuanto dijo Mr. Wilkinson. Mistres Wilson, que no le conocia, le aseguró que Ana habia marchado con Mr. Edwin, lo que no juzgo oportuno contradecir él, y no pudiendo saber otra cosa salió de

Layton. Al volver á casa de su amo, al tiempo que iba atravesando la ciudad, se acordó que tenia una hermana viuda de un marino, que habia venido aquellos dias á Londres para cobrar su viudedad, y la parte de las presas que todavia se debian al difunto. Ella habia comido dos veces con él en segunda mesa en Portman-Square; y como suponia que pronto saldria de Londres, se aprovecho de esta ocasion para visitarla.

Subió la escalera que conducia á su cuarto, y cuando entró en él se sorprendió de encontrarla llorando con la dueña de la casa delante de una chimenea llena de vasijas, que parecian venidas de la botica. Esta sorpresa se acrecentó con la narracion del suceso que habia dado márgen á aquel espectaculo; pues se ha de advertir que esta hermana de Bates era la misma Mistres Hughes que con tanta humanidad habia cedido su lecho á Ana.

Bates sorprendido al oir una historia, cuyas circunstancias se combinaban tan bien con la fuga de nuestra heroina, quiso ver la enferma; y aunque estaba inflamado su rostro, no pudo menos de conocerla. Ya se puede juzgar que este descubrimiento le causaría mucha alegría, pensando cual sería la de su amo, cuyo amor conocia muy bien, así como su generosidad sin límites en cuanto pertenecia á sus placeres. Sin embargo, disimuló que conocia á la enferma hasta tener órdenes de Mr. Edwin sobre este punto, y pretestando que no queria incomodar á su hermana se despidió, prometiendo volver á la mañana siguiente.

Su amó le recompensó mas de lo que podia esperar, y le encargó que al otro dia volviese, y á toda costa hiciese que su hermana tomase parte en el negocio, que se buscase un buen médico, que no faltase nada á la enferma, y que cuando ésta volviese en su acuerdo no oyese

pronunciar siquiera el nombre de Edwin, ni de su familia: en fin, que se informase de si uno de los efectos de su enfermedad sería la pérdida de su belleza.

Bates ejecutó fielmente su comision: pero encontrando á su hermana mas escrupulosa de lo que pensaba, y aun de lo que queria, se contento con empeñarla bajo el mas solemne juramento á que ocultase á la enferma el nombre de quien queria asistirla. Se hizo venir una buena enfermera, asi como el mas célebre médico, y Bates tuvo la felicidad de poder llevar á su amo las noticias de que el médico tenia la mayor esperanza de conservar á un mismo tiempo la vida y la salud de la enferma. El fué recompensado nuevamente, y se le volvió á enviar con órden de no omitir cosa alguna de cuantas pudiese proporcionar el dinero, y observar en cuanto á su amo el mas profundo secreto.

Mistres Hughes era una viuda de vein-

te y ocho años, y de bellísimo corazon. Su padre habia sido arrendador del difunto Mr. Turbville, y al presente lo era del jóven Edwin en una alquería inmediata á la habitacion de Sir William. Bates su hermano entró desde chiquito á servir á su actual amo, con quien ya habia doce años que estaba, habiendole acompañado en sus viajes, y siendo el confidente de sus secretos, los cuales ya se deja conocer no eran los mas virtuosos: la hermana se hubiera alegrado mas de poder asistir á la enferma por su cuenta que no por la de Mr. Edwin. Pero en todo aquel país y en las inmediaciones de Denis, si se amaba á aquella familia, se la temia igualmente: se evitaba exponerse á su resentimiento, y asi no se atrevio á desobedecer. Sin embargo, ella estaba muy descontenta de hallarse en aquel apuro. Cada dia y cada hora la daba nuevas pruebas del esmero de Mr. Edwin sobre el restablecimiento

de Ana: la que á los siete dias volvió en su acuerdo: pero ¿en qué estado se hallaba?

Inmediatamente que recobró el uso de sus facultades mentales sintió despedazado su corazon con los mayores tormentos. No conservaba sino una memoria confusa de que Mistres Hughes la habia ofrecido su cama; pero todos los sucesos anteriores estaban presentes á su imaginacion. La calentura se habia disminuido con el curso de la enfermedad; pero estaba tan debil que no podia moverse, ni hablar palabra: de modo que las lágrimas fueron las primeras señales de sensibilidad que dió á las mugeres que la asistian. Entonces ellas redoblaron su atencion y su cariño, é hicieron cuanto les fue posible para consolarla y aliviarla; y á medida que fue cobrando las fuerzas se procuró evitarla todo recuerdo triste: mas no estaba á los alcances de la humanidad el desterrar de su me-

moria las funestas ideas que su situacion originaba.

Cuanto mas conocia los favores que recibia de la humanidad de aquellas desconocidas, mayor era su sentimiento por las incomodidades y gastos que las causaba, y sentía que se conservase su existencia, que desde su infancia parecia ser destinada como víctima de la miseria y del infortunio. Asi su desesperacion no solamente frustraba el efecto de los remedios que el médico mandaba, sino que tambien la mantenia en tal debilidad, que se llegó mucho á temer su muerte. Bates, que regularmente iba tres veces cada dia á la casa, llevó estas malas noticias á su amo, quien se aterró con la idea de que era posible perderla; y suponiendo que su pena se agravaría por las circunstancias, intentó un proyecto del que esperaba las mas felices consecuencias.

Tenia en su poder dos cartas de Mr. Mansel á Ana, y por aquel modelo hizo

fingir otra, en que el buen hombre, manifestando la solicitud mas paternal por el restablecimiento de su salud, y excusándose por el estado de la suya, que no le permitia irla á ver en persona, la decia que habia descubierto su paradero con mucho trabajo y por el zelo de un amigo, y la enviaba un villete de banco de treinta esterlinas, para que se sirviese de ellas en las necesidades en que la suponia.

Esta carta fue entregada por un antiguo lacayo de Mr. Herbert, á quien ella conocia, y que hallándose entonces sirviendo en casa de Edwin desempeñó perfectamente su comision. Ana lloró, é hizo mil preguntas acerca de aquel buen sacerdote, que todavia se acordaba de ella: á todo lo cual se la contextó en términos de satisfacerla. El trastorno y gastos que habia causado en aquella casa la hicieron apreciar mucho este villete, aunque conocia con dolor que su

digno amigo no podia haber hecho un desembolso tan considerable sin incomodarse mucho. Sin embargo, con el primer rayo de alegría que se habia visto brillar en sus ojos, insistió para que sus asistentas recibieran el pago de las sumas que habian adelantado. Mistres Hughes estaba advertida de que la complaciese en este punto: el Doctor recibió la paga de sus visitas; y ella una vez cumplidos sus deberes empezó á recobrar sus fuerzas. La erupcion virulenta, aunque muy abundante en todo su cuerpo, habia perdonado el rostro, y todavia la quedaba bastante dinero para mantenerse algun tiempo, y proporcionarse las cosas necesarias.

CAPÍTULO LXIII.

Reconocimiento entre amigos antiguos.

El primer dia que Ana estuvo en estado de comer se empeñó en que la acom-

pañasen Mistres Hughes, la dueña de la casa y sus hijas, y de sobremesa aprovechó la ocasion de dar las gracias por la amistad y bondad que la habian manifestado. Añadió que la aparicion de una jóven de su edad, arrojada á los brazos de su caridad de un modo tan particular, y en el momento en que tenia menos parientes que amigos, pues éstos á Dios gracias los habia encontrado en ellas, eran unas cosas que debian excitar su curiosidad; que ésta era muy natural por su parte, y que si acaso las habian acompañado algunas dudas sobre su carácter, entonces la bondad de su corazon habia sido mas recomendable; pero que ella les contaría sus desgracias, que eran las únicas que podian darla derecho á su humanidad.

¡Ay Dios! continuó llorando: el incidente que me ha conducido aquí no es el primero, que como miserable huérfana me ha abandonado á la caridad de los

extraños. Yo no estoy informada de cual es mi apellido, pues el que tengo proviene de un amigo, á cuyo cuidado paternal debo el haber podido satisfaceros la deuda pecuniaria que contraje con vosotras. Queridas amigas mias, la que teneis delante es la hija del dolor y de la caridad: ni sé cuáles son mis parientes, ni aun si por los lazos de la sangre estoy unida á algun ser viviente. El desgraciado, que se cree haber sido mi padre, murió en una posada, donde no durmió ni una noche siquiera, y de allí me sacó un escribano.

¡Dios mio! exclamó la dueña de la casa: ¿el nombre de ese escribano no era Dalton? Ana admirada respondió que sí: y vuestro nombre, querida hija, preguntó la muger, ¿no es Ana?..... ¡Oh, mi dulce y encantadora criatura! añadió abrazándola, tened esperanza en la sabiduría y misericordia del Ser Eterno y Todopoderoso, que en un estado mas terrible

todavía que el de vuestra infancia abandonada, os ha conducido segunda vez al mismo instrumento de que su bondad se valió para conservaros. Sí, mi querida hija, en mi casa fue donde murió vuestro padre, y solo la necesidad me pudo resolver á entregaros á otras manos, aunque no dudase de que Mr. Dalton os cuidaria; pero ahora ya es negocio concluido: jamas nos separaremos.

Ana, á quien habian dicho que era difunta la persona en cuya casa habia quedado, apénas podia dar crédito á las palabras de aquella buena muger. Es verdad que Dalton jamas habia entrado voluntariamente en aquella conversacion; y cuando á fuerza de instancias y de preguntas de Ana habia podido sacar alguna cosa, se habia limitado á decirla que solo él era el único de cuantos testigos habian presenciado la muerte de sus padres, que parecian extrangeros. Cuando ella informó de estas circunstancias á Mistres Clar-

ke (que así se llamaba), y cuando la contó todas las vicisitudes de su vida, ella la dió uno y otro abrazo, llamándola con los nombres mas cariñosos que ocurren siempre á una muger cuando tiene un corazon sensible, y encargándola que contase siempre con que habia de ser feliz una vida tan milagrosamente conservada.

Querida hija, continuó, ¿qué fin puede haber llevado en engañaros ese hombre, que siempre tuve por buen cristiano? Yo no puedo imaginarlo. Hace muchos años que perdí de vista á él y á vos; y como mis propios negocios iban de mal en peor, tampoco podia haber sido feliz en sus investigaciones en caso de que me hubiese buscado. Él seguramente tiene en su poder ciertas cosas, de que sin duda estareis informada, y que pueden contribuir á haceros descubrir vuestra familia: yo estoy cierta de que vuestro padre era un caballero.

En seguida la contó cuantas circuns-

tancias habian acompañado al lance, tanto con respecto á su padre, como á la muger que le acompañaba: añadió la cuenta de los efectos que la habian dejado; pero ni el valor del relox, ni de la cadena que Dalton se habia llevado fue lo que mas chocó á Ana y á las presentes, sino el cuidado con que él hábia ocultado enteramente lo que contenia el cajoncito de papeles.

Mientras que el triste recuerdo del suceso que habia privado á nuestra heroina de todos los amigos naturales, exponiéndola á los males inseparables de la pobreza, y á depender de los extraños, la llenaba de dolor y de amargura, admiraba los decretos de la divina Providencia que habia conducido sus pasos á la habitacion de la única persona en el mundo, que despues de Dalton podia darla noticias de unos hechos que tanto necesitaba conocer.

Mistres Clarke protestó que no se separarian, á menos de que no fuese para

su bien, ó de que alguno la reclamase; y conociendo que esta expresion la producia ideas tristes, la rogó que reanimase su valor, pues no podia dejar de creer que el cielo habia cuidado visiblemente de ella, y que esto no podia ser sin efecto. Pensad ahora solamente, la dijo, en la oportunidad de haber recibido una educacion tan conforme al papel que podreis representar algun dia, cual conviene á vuestra clase y á esa belleza tan bien conservada: vos vereis que en muchos casos habeis encontrado muy buenos amigos: vos encontrareis tambien alguna dulzura en la desgracia, y yo estoy cierta de que al fin todo se compondrá.

En las expresiones de Mistres Clarke se mostraban los sentimientos de un corazon bueno y alegre; pero á pesar de toda su confianza en la honradez del escribano, temia de cuando en cuando fuertes sospechas de que la cajita contenia alguna cosa, que el deseaba que no se supie-

se: el cuidado con que se la habia ocultado á Ana, bien así como todas las demas circunstancias que podian ayudarla á descubrir su familia, fortificaban estas sospechas. Ella era realmente lo que parecia una muger religiosa y honrada, y sus prácticas exteriores correspondian perfectamente con los principios sobre que se fundaban sus acciones. Aun era miembro de una congregacion de metodistas, y muy adicta á sus dogmas: suponer que un escribano, que ocupaba un lugar distinguido de preceptor de su secta, hubiese sido capaz de perjudicar á una huérfana, bajo la apariencia de la caridad, era un escándalo para toda la sociedad; y esto era lo que ella no queria dar motivo á que se pensase, con tanta mas razon, cuanto aun no estaba enteramente segura del hecho. Pensaba que él podia tener motivos para justificar su conducta, y que no debian publicarse; pero resolvió informarse. Con todo, sin dar parte á Ana de su designio,

se contentó con manifestarla todo el cariño que podia consolarla, y que merecia en su situacion. Decia que ella podia haber sido escogida por la Providencia como el humilde instrumento que queria emplear para hacerla encontrar su familia, ó preservarla de los males que la amenazaban; y por mas pobre que estuviese no queria separarse de ella, contando con que la misma Providencia divina proporcionaria seguramente de un modo ú de otro el medio de guardarla.

Las expresiones de esta buena muger chocaron vivamente á Mistres Hughes, y á pesar de las ideas que habia concebido de los proyectos de Edwin, los socorros que la habia dado la convencieron de que las esperanzas de Mistres Clarke se acercaban mucho á la verdad, para no estar ya medio convertida á la fé que las inspiraba. Pero estando bien persuadida en su interior de que la atencion particular hácia aquella jóven no podia tener mas

que un objeto, su conciencia la reprendia el ocultar sus sospechas. Resolvió despachar pronto sus negocios, que se habian dilatado mas de lo que esperaba, y salir de Londres apénas pudiese.

Ana habiendo encontrado otra vez una verdadera amiga, y viéndose tratada con un cariño maternal, se restablecia mas cada dia; y como los cuidados y cariño de Mistres Clarke la acordaban sin cesar los de Mistres Mansel, y atraían tambien á su memoria las ocupaciones de Llandore; y los vestidos que habia bordado para Lady Edwin, y que habian sido tan admirados, la dieron la idea de que podria ganar su subsistencia de un modo mas decoroso que sirviendo. No bien hizo la propuesta á Mistres Clarke, cuando ésta se puso en la calle á buscar obra; pero fuese porque su facha, que era la de una cristiana primitiva con su cofia negra y vestido obscuro, no inspirase confianza á los marchantes, ó porque en efecto, como

ellos decian, tuviesen mas oficialas que las que podian necesitar, ella volvió á casa cansada y mortificada de no haber logrado su deseo. Ana estaba muy triste, cuando se acordo de que el mercader que proveia á Lady Edwin tenia un gran almacen, y por lo mismo necesitaria de muchas manos, y así resolvio ir allá á probar fortuna apénas su salud se lo permitiese.

Habiendo Mr. Edwin arreglado todos los negocios de Madama Herbert, y pagado los gastos de la asistencia de Tyrrel, comenzo á desear con impaciencia ver á nuestra heroina. Mistres Hughes insistia siempre en que no lo verificase sin obtener el permiso de Ana. Los escrúpulos de esta muger le incomodaban mucho: él no tenia esperanzas de obtener este permiso en tanto que ella estuviese en la casa, ni tampoco pensaba en pedirlo. Así dispuso su pronta partida, y esta muger se vio obligada á volverse á su país por obe-

diencia, y sin haber concluido sus negocios.

CAPÍTULO LIV.

El amante casado.

Lisonjeándose entonces Edwin de que hallaria menos obstáculos y resistencia en el cumplimiento de sus deseos, comenzó sus operaciones á cara descubierta. Preguntó por Ana, como si fuese un desconocido, y fue conducido al cuarto, que habia dejado Mistres Hughes. Á su vista fueron iguales la admiracion y el descontento de nuestra heroina; pues su presencia ultrajaba su virtud, é inquietaba su orgullo. Abatida por la enfermedad, débil y lánguida, estaba hecha el objeto mas interesante; y el corazon de Edwin, por mas libertino que fuese, no era insensible á los sentimientos de la humanidad. Él justificó lo mejor que pudo su visita, y cuando la vió recobrada de su pri-

mer susto la hizo las mas animadas protextas de su vivo interés, y dejándola su firma en blanco se arrojó á sus pies, jurando que no podia vivir sin ella.

El amor innato á la virtud y el horror natural al vicio, impresos desde muy temprano en el corazon de aquella amable joven, bastaban para hacerla despreciar una proposicion tan odiosa: el conocimiento que tenia de su reciente matrimonio, y sus particulares ideas de la justicia y rectitud, aumentaban mas su indignacion: mas el hijo de Lady Edwin y el pariente de los Herbert tenian algunos derechos á su indulgencia. Rehuso, pues, todos sus ofrecimientos con frialdad y sin cólera, pero del modo menos equívoco. Le volvió á hacer presente su conducta bárbara é inhumana respecto á su esposa, el escándalo que este modo de vivir haria resultar sobre su familia; y elocuente en la causa del honor, le rogo que á lo menos tuviese mas consideraciones con el sosiego

de su digna madre y el honor de sus propios hijos, que sabia ser de una gran consecuencia para Sir William y su esposa.

Él se disculpó diciendo que no se le podia acusar de inhumano para con su muger en atencion á que no la amaba. Dijo que su madre, su familia y su descendencia tendrian motivo de bendecir á Ana, si aceptando sus ofertas queria hacerse su maestra. Añadió tambien que en su casa no encontraba placer alguno, fuera tampoco, y que ya habia estropeado su caudal, pues no encontrando la felicidad en su casa habia corrido de un extravío á otro, buscándola por todas partes: que si sus padres realmente hubiesen atendido á su felicidad, le hubieran unido desde luego con una muger á quien él no se viese en la precision de despreciar, y que en la union que ellos habian formado no consultaron á sus gustos, ni á sus inclinaciones: y por último, que él iria con Ana á paises extrangeros, la daria

su nombre, sus bienes, y el mundo entero, si estuviese en su mano ofrecérsele.

Aquí le interrumpió nuestra heroina, diciéndole, que estaba muy mortificada de verle tan despacio con ella haciendo tales proposiciones, y aun intentando justificarse: que no podia hacer otra cosa que suplicarle compadeciese su situacion lo bastante para poner fin á semejantes discursos, y respetase su inocencia lo necesario para no insultarla.

Esto no produjo ningun efecto: él dijo que podia probar que sus principios fueron estos: que en cuanto á sus inclinaciones ya hacia mucho tiempo la tenia dicho, y lo repitiria siempre, que si estuviese en su mano hacerla su esposa con el consentimiento de su familia la hubiera preferido por mas pobre, abandonada y sin amigos que estuviese.

Edwin no dejaba de tener talento y conocimiento del caracter de las mugeres, ni tampoco podia dudar que el lenguage

de Ana fuese el de su corazon; y por mas penosa que fuese esta situacion no pudo resolverse á abandonar un proyecto en que se interesaban todos sus deseos. Cuanto mas dificil era su conquista, mayor precio la hallaba en su situacion. El lugar en que Ana vivia era desconocido para todos, si no para él: veíala pobre; pues á no ser por sus auxilios la hubiera faltado lo necesario, y aun pudiera faltarla siempre que él retirase sus socorros. Su fuga de casa de Dalton y su repugnancia al Lord Sutton la cerraban estas dos puertas; y aunque él no conocia todas las circunstancias de estos lances, creía naturalmente que cuanto mas se creyese en los rumores que se habian esparcido de que ella estaba con él, menos fácil la seria encontrar un protector. En fin, pensaba que mientras ella se mantuviese oculta y pobre podia conservar esperanzas, é ínterin hubiese éstas queria seguir en sus planes.

Fingiendo haber dado crédito á sus razones, se esforzó á obtener que por lo menos le permitiese visitarla, y darla el dinero que necesitase; y habiendo rehusado Ana tanto uno como otro, se vió obligado á despedirse, sin llevar mas esperanzas que las fundadas en la desgracia.

Al salir de su visita marchó á Layton, y se presentó atrevidamente á Dalton, diciendo que iba á buscar los efectos de Mis Mansel. El escribano quedó lleno de admiracion al oirlo. ¿Será posible? se decia: ¿con que ella está con Edwin? Entonces me veré obligado á olvidar todas mis esperanzas por parte de su noble protector. Con el mismo tono de superioridad desdeñosa se le volvió á pedir cuanto pertenecia á la pupila; y él indeciso acerca del modo con que debia conducirse, es decir, en cuanto convertir en utilidad suya aquel lance, dijo que por voluntad de Ana habia sellado todos sus trastos una persona del pueblo; y así esta

persona fue llamada é instruida de la propuesta.

El Dr. Collet sorprendido y verdaderamente afligido con esta incontestable prueba de que Ana estaba con Edwin, respondió, que si Mis Mansel le habia enviado para buscar sus efectos, sin duda presentaria una órden de su puño. Él contestó que no la traía; y añadió, que tampoco era necesaria, pues él era bien conocido, y estaba en estado de responder de todo, y pagar cuanto fuese necesario. Insistió con resolucion en que se le entregasen aquellos efectos, advirtiendo que si los retenian seria á su cargo.

Dalton juzgando que ya estaba concluido cuanto tenia que esperar por parte del noble Lord, é infiriendo que esta ocasion seria la última que se le proporcionase para sacar alguna utilidad de su antigua pupila, se empeñó contra el parecer de Collet en aprovecharla para meter algun dinero en su bolsillo, y recibio

de Mr. Edwin un billete de 150 libras esterlinas para hacerse pago del alimento, vestido y educacion de Ana. Despues de esto entregó todos los efectos al jóven libertino, que fiel á su plan los envió en un carro, que alquiló en su nombre, á una casa de mala reputacion, y por lo tanto nada convenientemente á la modestia de su supuesta compañera: en seguida salió de Layton.

El Dr. Collet con la desesperacion en el alma y en el semblante, fue primeramente á casa de Mistres Wellers, á quien dió cuenta de la visita de Edwin, llorando la depravacion del siglo, é infiriendo que se habian precipitado en absolver á Ana, quien aunque perfectamente inocente, por fin habia perdido el derecho á la estimacion; y habiendo dicho esto volvió á casa para escribírselo á Mr. Herbert.

Edwin muy contento con su presa, resolvió hacerse un merito de ella, devolviendo á Ana sus vestidos, aunque no

dudaba que el modo que habia empleado la quitaba la reputacion entre sus amigos; pero esta era una bagatela que contribuía á la ejecucion de sus profundos planes. Alegre con este triunfo se dirigió á Brookes, donde se enredó en una cadena de diversiones, por darlas este honesto nombre, que en algunos dias le impidieron totalmente pensar en nuestra heroina.

CAPÍTULO LXV.

La bordadora.

Restablecidas, en fin, la salud y las fuerzas de Ana, se puso un vestido de muselina muy sencillo, y habiendo tomado un coche en Pallmall, se apeó á algunos pasos de la puerta de una modista, y entró en la tienda.

Mr. Desmoulins, dueño de ella, era un francés muy necio, pero tambien muy astuto en su profesion, y corria con gran

crédito entre las gentes del gran tono. Su muger, de cuyo primer esposo él habia sido criado, era una marimacho irlandesa, bastante vieja para poder ser su madre, muy zelosa de su marido, y mucho mas de su autoridad: jamás habia consentido que el hombre á quien desde la situacion de pobre doméstico habia elevado al honor de su lecho nupcial, y á los provechos de su comercio, se apoderase de estos últimos. Mr. por su parte mirandò aquella mano recibida al pie del altar con su encantadora persona como muy poco pagada con el don de un caudal, sentia haber dado con muger tan ciega que no conocia las ventajas del trato que habia hecho; y así no estaba dispuesto á dejar libre el campo á su carácter imperioso, ni á prevenir sus arrebatos de zelos absteniendose de conversar con las personas que la desagradaban, y que eran precisamente todas las mas jovenes y mas amables que ella, ni menos pensaba en dar-

la señales de cariño y preferencia. El único placer de esta feliz pareja era contrariarse mútuamente: cuanto Mistres Desmoulins aprobaba era fijo que Mr. lo desaprobaba, aunque con la mayor política, y todo lo que él proponia era inevitablemente despreciado por su muger, aunque en vano; pues á pesar de que Mr. Desmoulins protestaba siempre cuanto se mortificaba en pensar de otro modo que ella, jamás abandonaba su opinion.

Ana, despues de haber preguntado por Mr. Desmoulins, fue introducida en la trastienda, donde aquella tierna pareja se ocupaba en arreglar sus dibujos. La Madama, que rara vez dejaba su silla cuando venia alguna persona á pie á su casa, echó una mirada de desden sobre nuestra heroina, y probablemente no hubiera fijado su atencion en ella á haber tenido una figura menos interesante. Mr. Desmoulins, sin levantar los ojos del dibujo, la preguntó en qué podria tener

el honor de servirla. Ana se puso colorada, quiso hablar, no pudo, y volvió á sonrosarse. Madama se inflamó viendo esto, é infirió que era alguna querida de su marido, que no podia menos de confundirse, viéndola allí delante. ¿Por qué no hablais, niña? la dijo ella con un tono que la heló de pies á cabeza, y llamó la atencion del marido, que hasta entonces habia estado fija en su obra; y mas por contradecir á su muger, que por compasion que le inspirase su turbacion, la rogó se tranquilizase, y le dijese á que feliz causa debia el honor de verla.

La extremada política del marido no confundió menos á Ana que la suma grosería de la muger; y despues de muchos esfuerzos para exponer su pretension de un modo que agradase á los que necesitaba, dijo que su deseo era que la diesen obra. Inmediatamente fue negada esta solicitud por la muger, y concedida por el marido, el cual, sin embargo, no dejó de

informarse de las seguridades que le daria por las obras que la confiase. Esta proposicion que Ana no esperaba aumento su turbacion, y Madama se apresuró á sacar ventaja de ella, diciéndola que solo los insensatos y bobalitones podrian ocuparla; insinuacion que no era menos á propósito que las otras para disminuir su confianza. Pero el marido, sin atender a los temores de su muger, y sordo á sus reconvenciones, dio á nuestra heroina un vestido elegante, sin mas fianza que las señas de su habitacion.

Volvió á su casa demasiado contenta para pensar en la aspereza de aquella modista, y dió parte de su victoria á Mistres Clarke. Inmediatamente fue comprado un dibujo, y la obra se empezó y continuó con tal ansia, que apenas tomaba tiempo para comer y dormir. En vano Mr. Edwin se presentó á su puerta; en vano la escribio; sus cartas le fueron devueltas sin abrirlas, y sus ofre-

cimientos constantemente rehusados. Una princesa no era mas feliz que nuestra heroina cuando trabajaba: asi el vestido bien pronto fue concluido y devuelto al almacen. Por mas dicordantes que fuesen entre sí Mr. y Madama Desmoulins, habia una cosa, y tal vez era la única en que se ponian de acuerdo, que eran sus intereses. La frialdad despreciable de la una y la indiferencia política del otro desaparecieron á vista del bordado. Ambos eran excelentes jueces en lo concerniente á su comercio: y asi la singular limpieza y belleza de la obra produjeron una sonrisa de satisfaccion sobre el semblante varonil de la muger, y se la dió muy buena paga, entregándola otro vestido mas superior, y exigiéndola la promesa de que constantemente se habia de ocupar en él. Su corazon saltaba de alegría, y al volver á su casa estableció por su alojamiento y manutencion un precio tan ventajoso para su buena huéspe-

da, como conveniente para ella.

Mr. Edwin no omitio ningun artificio para eludir y corromper aquella alma pura. La esperanza que fundó en la miseria fue destruida por la industria, y se vió obligado á suspender sus tentativas, que ya le costaban muy caras, contentándose con la esperanza de ser por fin mas dichoso cuando la indigencia le hiciese necesario á aquella fiera hermosura, á quien no podia ni olvidar, ni abondonar.

Los negocios de Madama Herbert habian tomado la vuelta mas favorable; pues Sir William habia adelantado los fondos necesarios para desembargar los bienes y las fraguas, y tambien habia enviado á su hermana los consuelos mas fraternales, y las seguridades de la amistad mas tierna, habiendo tambien permitido á su sobrino que subsistiese fuera del reino. El infatigable Wilkinson no habia perdonado ni tiempo ni cuidados para ordenar todo esto: y concluido todo

volvió á Londres acompañado de Mr. Mansel, cuya inquietud era extremada desde que supo lo sucedido á Ana. Las últimas palabras de una esposa querida, que en las angustias de la muerte le habian recomendado la hija de su corazon, resonaron en sus oidos apénas supo las injurias que habia sufrido: asi es que ella era el objeto de sus pensamientos cuando estaba despierto, y si se dormia la veia desconsolada y sin apoyo. Sabia la causa de su salida de Lodge y de su mudanza de nombre. Su muger, cuya memoria no le era menos querida que sagrada, habia formado su alma, y guiado su infancia; por lo cual, ¿podia ella ser mas perfecta? Reprendiéndose el haberla dejado marchar, y atormentado con la idea de que podria verse en la indigencia, habia resuelto pasar á Londres á pesar de su gota.

La vista de sus antiguos amigos dió un gran placer á Madama Herbert, y

Patty se lisonjeó de poder encontrar á su querida Ana. Su puerta estaba cerrada; bien que esta precaucion era inútil, pues ya se sabe que en un estado de tristeza no estarian importunadas con visitas, y mas en una ciudad donde el corazon de Madama Herbert era tan poco conocido como su persona. De este modo no podia excitar la atencion sino de un corto número de gentes, que por sus virtudes eran dignas de visitarla. Madama Edwin y Cecilia no se habian molestado en hacerla una visita de pésame. Mr. Edwin despues de haberla suministrado liberalmente su dinero, y hecho cuanto pudo para arreglar sus negocios, se habia cansado de apurar inútilmente á la muger y su hermana para que mostrasen alguna atencion, aunque no fuese sino por pasar el tiempo, á una tia vieja y una insípida prima.

Mis Herbert participó con todo su corazon de la inquietud de Mr. Mansel;

y no temiendo ya ser reprendida, hizo con tanta viveza el elogio de su amiga, y mostró tanto deseo de verla, que obtuvo de su madre que difiriese el viaje á Llandore con la esperanza de llevarla en su compañía, y ella misma no se lisonjeó poco esperando renovar aquellos dias de felicidad y tranquilidad que habian pasado juntas.

Por la mañana Mr. Wilkinson y su respetable amigo se dirigieron á Layton para dar principio á sus investigaciones. La fisonomía de Mr. Mansel era el retrato de su alma, pues era dulce, serena y afable, con algo de melancolía, que habia contraido desde la muerte de su muger, y que se habia aumentado por la incertidumbre de la suerte de aquel depósito, que ella le habia confiado. Una religion ilustrada, una piedad verdadera y una complaciente indulgencia hácia las debilidades de los otros: he aquí lo que formaba su carácter. Conocia la profesion

de Dalton; y no creyendo que fuese capaz de haber obrado mal, esperaba hallarle en la misma afliccion que él y por igual causa; pero se engañó de medio á medio.

Dalton habiendo dado cuenta al Lord Sutton de la visita de Edwin, de su comision para llevarse los vestidos de Ana, y de que en efecto se los habia dado, fue despedido de aquel palacio en desgracia y con desprecio; y así se regocijaba de haber ganado algun dinero, sin pensar mas en la huérfana, cuyo caudal habia robado; y Mistres Dalton mirándola como una muchacha perdida para este mundo y para el otro, convenia en que no habia pecado en hacer que un libertino pagase por sus malas acciones.

Un nuevo informe acerca de Mis Mansel no era propio para agradarlos, tanto menos, cuanto las máximas y carácter de aquel honrado eclesiástico eran una reconvencion secreta para el escribano. El delito producia en Dalton el efecto que

producia en su muger una veneracion efectiva; es decir, que le hacia obsequioso y afable; pero cuando despues de haber contado la fuga llegó al punto de la comision de buscar los vestidos, y el pago de la deuda hecho por Edwin, ni Wilkinson, ni Mr. Mansel quisieron darle crédito hasta que fue confirmado por el Dr. Collet; y aun entonces juro Wilkinson que allí se encerraba algun misterio, á cuya opinion se adnirio Mr. Mansel. Volvieron pues á Londres con mas dudas, pero no con menos confianza en el honor de nuestra heroina.

Fueron en derechura á Portman-Square; pero Mr. Edwin no estaba en su casa. ¿Cuándo volverá? ¿cómo ó cuándo se le podrá ver? Esto preguntaron; pero esto era incierto. Sin embargo, volvieron á buscarle; pero unas veces era tarde, otras temprano: escribiéronle, y no lograron respuesta. Pusieron avisos en los papeles públicos, suplicandola que vol-

viese con sus amigos; pero todo fue inútil. Mistres Clarke no tenia criada: ella y su hija hacian todas las haciendas de la casa: ni una ni otra leían los papeles públicos, y la residencia de Ana ignorada de todo el mundo, solo era conocida de aquel, á quien ella hubiera querido ocultarla.

En fin, cansados de sus investigaciones, y desesperados de hallarla, viendo que la presencia de Madama Herbert era necesaria en Llandore, la de Mansel en su curato, y la de Wilkinson en sus fraguas, resolvieron salir de Londres; pero Wilkinson juró que no partiria sin haber visto al infame Lord, que era la causa primaria de todas las desgracias de Ana, y en un arrebato de colera y descontento, habiendose informado de su habitacion, y dando cinco schelines al portero, fue presentado al amante abandonado, cuya desgraciada pasion estaba a pique de costarle caro.

CAPÍTULO LXVI.

La presentacion.

Lord Sutton estaba entonces muy enfermizo, pero demasiado metido en el mundo y descontento consigo mismo para guardar el retiro conveniente. La Willars con un semblante firme y sereno experimentaba todo el mal humor y su brutalidad. Ella le habia dispuesto el té, que estaba tomando, y hallándole demasiado cargado decia que era el hombre mas mal servido del mundo; bien que él se tenia la culpa por fiarse de una idiota. Apeló de su juicio á un hombre vestido con uniforme, que por su favor habia tenido el honor de ascender á capitan, y que inmediatamente convino en que era una lástima que Mistres Willars no fuese mas atenta, pues efectivamente el té estaba muy cargado, aunque añadió, señalándola, hay algunas personas á quie-

nes así les gusta, concluyendo con indicar que su muger hacia el té maravillosamente, y que podria darla algunas lecciones.

Él fue interrumpido en esta oferta amistosa, y en otra que iba á seguirse, por un repentino movimiento del Lord, que con un acento de terror, que se esforzaba á ocultar, dijo mirando á Wilkinson, que se habia adelantado al criado que iba á anunciarle: ¿quién diablos eres tú? Este saludo extraordinario del Lord y su figura pálida consternaron á los que estaban presentes.

El valor natural de Wilkinson era el general de los jóvenes honrados y animosos. Le chocó infinitamente el estado del Lord, que imaginó ser el objeto del temor que acompaña siempre al crimen, aunque debia acordarse de que su señoría aun no estaba informado del objeto de su visita.

El temblor de las piernas y el cuerpo del Lord, la palidez de sus labios, que

se ponian blancos, las frecuentes preguntas de ¿quién eres? ¿de donde vienes? ¿qué buscas? y en fin, su confusion, todo hizo creer á la Willars y al capitan que el Lord habia caido en un delirio. Rogaron á Wilkinson que saliese de la sala; lo que no quiso hacer hasta que formalmente le prometieron que volveria á entrar luego que el Lord se recobrase. Ya iba á retirarse cuando el mismo Lord le lamó, estando ya algo mas tranquilo; pero la turbacion volvió en el momento en que empezó á hablar, y así le interrumpió diciendo: ¡fantasma de horror! estos movimientos que se apoderan de mí me anuncian el objeto de tu venida... ¿tú... viviente imágen de un ángel inmovil, has venido á visitar al asesino de tu madre con el objeto de vengarla?... ¿el dia del castigo ha llegado?

¿Por qué le habeis dejado entrar? dijo á la Willars y al capitan. ¿Á quien? mi buen Lord, respondio la primera: ese

caballero dice que no os conoce, y que tiene que hablaros de negocios. En ese caso, dijo el capitan, que sea breve, y no le dejeis entrar otra vez.

El capitan quiso retirarse, pero el Lord le detuvo: la presencia de la Willars se consideró como una proteccion, y se la mandó que se quedase. Pidieron á Wilkinson que se esplicase; pero él hubiera querido no hacerlo entonces, pues en la turbacion del Lord advertia que sus reconvenciones eran un castigo poco necesario para un hombre que tenia un convencimiento tan terrible de sus crímenes.

Sin embargo, obligado á hablar, se resolvió á hacerlo. El eco naturalmente dulce de su voz volvio á llenar de terror al Lord, y sus mejillas antes pálidas aparecian como de fuego. Wilkinson habiendo indicado el objeto de su visita, enseño el billete del Lord á Lady Edwin, y le pregunto con qué fundamentos ha-

bia contado para poder confirmar el testimonio de la Frajan.

El perdon concedido á un delincuente al pie del suplicio no produce mayor efecto. ¿Es eso todo lo que quieres? exclamó el Lord volviéndose en su silla: ¿es eso todo? Sí, respondió Wilkinson: ¿mirais como nada haber calumniado á una jóven inocente, á quien habeis privado de los pocos amigos que la habia granjeado su mérito modesto? ¿ó imaginais que vuestras ofertas subsecuentes de matrimonio sean una indemnizacion suficiente para semejante ultrage hecho á la inocencia, y un semejante olvido de vuestro honor? Yo insisto, Milord, en saber cuáles son los fundamentos en que apoyais las sospechas que este billete confirma: yo soy un amigo desinteresado de Miss Mansel, así podeis creerlo, y os perseguiré aunque sea en el centro de la tierra hasta que se pruebe su delito, o sus viles calumniadores paguen el tributo á la inocencia.

— Presumo que perteneceis á la familia de los Edwins, preguntó el Lord.

No, Milord, le contestó Wilkinson: yo no tengo el honor de pertenecer á ninguna familia; pero obligado por mi inclinacion y ligado por el honor, me declaro el protector de Miss Mansel, y aseguro que su persona en cualquier parte que estuviere, si depende de sí misma, es incorruptible.

Jóven, respondió el Lord, si dais crédito á mis promesas de matrimonio, debeis estar seguro de que yo celebraria mucho encontrarla. Yo la adoro, y no estoy animado por la pasion menos que por el deseo de borrar de un modo honroso el perjuicio que la he hecho inocentemente. ¡Inocentemente! replicó Wilkinson indignado. Sí señor, inocentemente, respondió el Lord: Madama Melmoth pudo ser engañada, y yo creo que lo fue por la infame francesa, que segun luego me han instruido fue la que hizo el robo. Si real-

mente sois amigo de Mis Mansel, nunca lo probareis mejor que uniendo vuestros esfuerzos á los mios para descubrir el lugar donde se oculta, y si aun fuese virtuosa, persuadirla á que condescienda en ser Lady Sutton: esto es mejor que venir á insultarme.

Wilkinson se puso colorado, y dijo: ¿yo aconsejarla que sea Lady Sutton? No: primero moriré. No, querida Ana: si yo te pierdo, si este corazon fiel donde tu imágen siempre se halla grabada debe perderte, solo puede ser cuando te unas á un joven tan amable como tú misma, y cuyo honor y mérito puedan asegurar tu felicidad.... y no.... añadió mirándole con desprecio, cuando te unieses á un hombre, cuyos crímenes le hacen despreciable, y cuya cabeza emblanquecida con el tiempo está por sus voluntarias acciones cubierta de infamia en vez de honor.

He aquí un lenguage, respondio el

Lord, que yo no sufriria sino en mi misma casa... Vuestra edad y vuestras enfermedades, replicó el jóven, os protegerán igualmente en cualquiera parte; pero no olvideis lo que os digo: ningun lugar os defenderá de la censura y el desprecio que mereceis; y en cualquier parte donde os encuentre haré que oigan vuestros oidos el lenguage terrible de la verdad. Hablando así se retiró, tirando sobre una mesa un papel donde habia escrito su nombre.

Los ojos del Lord le siguieron, y cuando ya le perdio de vista, examinó el papel lanzando un profundo suspiro, y despues de algunos minutos de silencio preguntó al capitan qué pensaba de aquel lance. La respuesta fue que era claro que en aquel momento ya no habia ningun peligro parásito, pero que le dejase ver el nombre de aquel insolente para castigarle.... Vos.... interrumpio el Lord con un énfasis expresivo que anonado al po-

bre capitan; pero sin embargo no lo bastante para impedirle ver que en la expresion se encerraba alguna duda sobre su valor, mas sí lo suficiente para dejarle indeciso sobre el modo con que debia conducirse en un lance, que habia causado tales agitaciones á su protector. Siguióse un rato de silencio, despues del cual el Lord tuvo por conveniente dejar la sala, y encerrarse en su gabinete.

Mistress Willars libre ya del servicio de la mañana, se disponia á marchar tambien, cuando el capitan la detuvo para preguntarla su opinion sobre lo que acababa de pasar, y ofrecerla en recompensa que su muger la enseñaria á hacer el té, lo cual seria por su parte una gran condescendencia, pues era una muger de excelente reputacion. Pero á pesar de esto la indiferente Willars como no habia pensado nada, nada pudo decir; y se explicó de un modo mas expresivo, que su ordinario, que no teniendo la práctica

de su muger temia que fuesen inútiles las molestias para enseñarla. Despues de esto dejó al pobre militar resentido de sus expresiones y del modo que usaba hablando de su esposa. No sabiendo como conducirse en aquel negocio, pues el Lord se habia llevado el papel de Wilkinson, volvió á su casa sin haber sido convidado á comer; y allí á pesar de su respeto por su esposa, juzgó á propósito buscar una querella, y golpear á la mejor de las mugeres, porque no tenia el arte de buscar que comer sin dinero.

Mr. Wilkinson y Mr. Mansel acompañaron á Madama Herbert á Llandore, dejando con disgusto á Londres, y llenos de sobresalto por la suerte de aquella jóven, que era el objeto de su estimacion y su cariño.

CAPÍTULO LXVII.

El robo.

Hemos dejado á nuestra heroina mas feliz que nunca lo fue desde que perdió á Mistress Mansel: los que la daban de trabajar estaban contentísimos con su habilidad, y su obra era siempre conducida por Mistress Clarke, que no siendo mas que una muger fea y de mas de treinta años merecia mas cumplidos á Mistress Desmoulins que Ana con su bella figura.

El invierno se acercaba, y como Mr. Edwin ni por sí, ni por sus criados la habian incomodado mientras su residencia en la ciudad, de lo cual la verdadera razon era el miedo de que no se les expiase, ella comenzó á creerse al abrigo de nuevos insultos. Se admiraba de no haber vuelto á ver á la persona que la habia traido la carta de Mr. Mansel, é infiriendo que se le habria olvidado volver, es-

cribió á aquel digno amigo para darle gracias por el socorro, y contarle por menor cuanto la habia pasado. Empleo dos Domingos en escribir esta carta, no queriendo interrumpir por ella su trabajo.

Una mañana que estaba sentada á su bastidor vio entrar á Mistress Desmoulins seguida de una muchacha, que traía un grueso lio. Su principal objeto era informarse por sí misma del lugar donde residia nuestra heroina, y el segundo darla á acabar un vestido. Este era un regalo que una jóven de la primera distincion queria hacer á una hermana suya, recien casada con un Duque, y que deseaba tenerle concluido para el dia del cumple años del Rey. Dijo que ella le habia empezado, pero que acometida repentinamente de un acceso de pereza, la habia sido imposible dar una puntada, y queria que este trabajo se acabase con secreto, sin que supiese que otra habia puesto la mano, á fin de hacerse honor. Nada era

mas elegante que la parte empezada, y se prometia un precio considerable á quien la concluyese, siempre que fuese con primor.

Ana que se prometia igualmente utilidad y crédito se encargó de el con muy buena voluntad, y abanzaba rápidamente en la obra donde habia mas de un buen gusto que de trabajo, cuando teniendo necesidad de buscar otro color fijó casualmente los ojos en el papel en que tenia las sedas. Este era una hoja de un periódico, que contenia la lista de los difuntos del mes, y el primero era Cárlos Herbert, caballero de la quinta de Llandore. No se la acordo que el padre y el hijo tenian el mismo nombre, ni se fijó sino en que Cárlos Herbert ya no existia. Mil circunstancias en que no habia parado la atencion parecieron confirmar esta funesta noticia: su mala salud, que le habia obligado á dejar la ciudad antes de su partida de Grosvenor-Square, el luto de

Mr. Edwin, su mismo olvido, pues no la habia dado noticias suyas, aunque no podia ignorar su paradero, sabiéndole Edwin, y segun ella creía toda la familia por esto mismo. Infirió pues que él ya no existia: volvio á leer el papel: el nombre era verdaderamente el mismo: vió que no se habia engañado: se la contristó el corazon, y cayo desmayada en el suelo.

Subio Mistress Clarke asustada por el ruido del golpe, y por poco no se desmaya tambien al ver en aquel estado á su querida hija, que era el nombre que la daba. La casa entera, la vecindad toda se alborotó: llamaron al boticario, la sangró, y volvio en su acuerdo; pero con un dolor superior á cuantos habia tenido.

En medio de sus infortunios, cuando toda la esperanza la abandonaba, se consolaba con la idea secreta de que era amada de Cárlos, y de aquí nacia una ligera, pero dulce esperanza de llegar á

ser algun dia feliz á su lado. Su última visita habia dejado en su alma unas impresiones, que nada habia borrado; y cuando estaba mas afligida este recuerdo era un consuelo secreto, que jamas la habia faltado. Las veces que su imaginacion interesándose en lo futuro buscaba la posibilidad de un tiempo mas dichoso, Cárlos era siempre el primer objeto que se ofrecia á su pensamiento. Estas lisonjeras ideas ya eran perdidas: la bárbara mano de la muerte la habia quitado la única y la mas grata esperanza. El mundo ya estaba desierto para ella, pues no existia el mas amable de los hombres. Al presente podia ya sin ofender á Mis Edwin, ni exponerse á turbar la paz de la familia, pensar en sus virtudes y en sus suspiros: podia pasear su alma por todos los objetos que la habian encantado, y acordarse de la dulzura y benevolencia que brillaba en sus hermosos ojos, la sensibilidad que reinaba en sus expresiones; pero ¡ay! to-

do estaba ya perdido para siempre. Incapaz de sufrir la vida cuando él no la tenia, en vano se esforzaba Mistress Clarke á suplicarla que la diese parte de su pena: ella lloraba secreta y continuamente á aquel jóven: no tenia sueño ni apetito, y si no la hubiera sobrevenido otra desgracia haciendo cambiar de objeto á su dolor, pronto hubiera muerto á manos de éste.

Bates, que conocia el objeto de todos los pensamientos de su amo, hacia la corte á la hija de Mistress Clarke, y bajo este pretexto solia visitarla, y diariamente entraba y salia en la casa á escondidas de su madre.

Pocos dias antes de la nueva afliccion de Ana Mistress Clarke tuvo que ir á Chattan á visitar á un hermano enfermo que queria verla. Marchó aunque con el mayor disgusto, porque dejaba á su querida hija tan enferma de cuerpo como de alma; pero como venia á ella una pequeña herencia si su hermano tenia la des-

gracia de morir, nuestra heroina la suplicó que fuese.

El primer dia de su ausencia, oprimida Ana por la afliccion y falta de sueño, se arrojó sobre la cama, sin acordarse de tomar sus precauciones ordinarias. Bater llegó precisamente entonces: Miss Clarke se hallaba á la sazon en la cocina, que caía debajo de la tienda; y así no encontrando á nadie subió la escalera: la puerta del cuarto de Ana estaba abierta: le chocó la belleza del vestido que bordaba, el cual estaba sobre una mesa; y viendo el cuarto solo se acercó para mejor observarle. En este instante se acordó de que su amo no cesaba de maldecir los bordados y á los que los gastaban, porque proporcionaban á su querida un medio de no necesitar de el. Ocurriole pues que si llegaba a privarla de aquel recurso necesario, Edwin seria dichoso: inmediatamente doblo con silencio el vestido, y ocultándole bajo la ropa, se le llevo

sin que nadie le viese.

La pena de Ana era demasiado viva para que fuese largo su sueño. El gabinete en que dormia estaba al lado de la sala en que trabajaba: ¿quién puede significar su sorpresa y desesperacion cuando echó menos su obra? Corrio precipitadamente á la puerta: Miss Clarke estaba en el despacho: se preguntó por toda la vecindad, y una muchacha, que fue á comprar una cosa á la tienda, dijo que habia visto salir un hombre con un lio.

Ana se desconsolaba, aunque sin conocer todas las consecuencias de su desgracia, y rogó á Miss Clarke que fuese á casa de Mr. Desmoulins. Su muger y él se irritaron sumamente al oir la noticia: dijeron que quedaban arruinados, que iban á perder sus parroquianos, sus amigos, y que ningun dinero podria recompensar aquella perdida. Mistress Desmoulins echo la culpa á su marido, el cual por la primera vez se condeno á sí

propio, y ambos se reunieron para vengarse de nuestra heroina.

Esta habia dicho al empezar la obra que el vestido de Lady Edwin, que tanta admiracion causó, era obra suya; y así Mistress Desmoulins corrió á casa de Sir William para tomar informes. El criado á quien se dirigió la dijo que la persona que habia bordado el vestido de su ama era una muchacha de mala conducta, que entonces ya estaba mantenida por un amante. Estos informes redoblaron su furor, y vino á desahogarle en su marido, diciéndole que ella siempre habia pensado lo mismo acerca del punto donde los conduciria su ridícula obstinacion, añadiendo que él siempre queria valerse de aquella clase de mugeres; pero que ella sabia los motivos y pronto serian públicos. Dijo que iria á casa de Lady Harriot, que se arrojaria á sus pies, y la contaria cuantas injurias habia sufrido hasta entonces en silencio y con dolor.

¡Oh! exclamó, si su querido Timoteo, su bizarro y querido difunto volviese á este mundo, ¿qué diria si viese destruido por unas mugerzuelas infames el comercio que con tantos afanes habia establecido? pero ademas, ¿qué diria la Duquesa?

El pobre francés, incapaz de detener el torrente de sus reconvenciones, y conociendo que en efecto se habia ella opuesto á que se valiesen de nuestra heroina, estaba triste y confuso. Érale muy doloroso disgustar á la Duquesa, cuya hermosura era el objeto de la admiracion general, cuya amabilidad inspiraba respeto y admiracion, y cuya recomendacion era un manantial de utilidades para los comerciantes protegidos por ella. La superior penetracion de su muger tan demostrada en aquellas circunstancias no admitia disputa; y así ni podia, ni queria oponerse á cuanto exigiese. Insistió en sacar un auto contra la bordadora, y el consintió en ello. Mas como fuese demasiado tarde

para ponerlo en ejecucion, dejaron á la inocente Ana que pasase aquella noche sin sospechar la desgracia que la aguardaba.

CAPÍTULO LXVIII.

Los tres magistrados.

La pérdida del vestido afligia á nuestra heroina con tanta mas razon, cuanto no dudaba que la privaria del modo de vivir que habia adoptado: sin embargo esta pena la era entonces menor que lo hubiera sido algunos meses antes. Herbert ya no existia; y así ¿con qué placer dejaria ella para unirse con él una vida, que no le servia sino de una continua escena de tormentos? Sin alegría en lo presente, ni esperanza en lo futuro, sus reflexiones sobre el rigor poco comun de su suerte, y la falta de confianza de ver llegar dias de paz, la sumergieron en un abatimiento, de que no pudo consolarse con el llanto, y la tuvieron desvelada toda la noche con un poco de calentura,

que habiéndose minorado por la madrugada la permitió adormecerse por un rato.

Bien pronto la despertaron los gritos de Mis Clarke. Medio muerta de debilidad y de pena hizo un esfuerzo para vestirse, y abrir la puerta, é inmediatamente dos hombres, que eran un ministro de justicia y su ayudante, entraron diciéndola con un tono terrible, que tenian órden de arrestarla. Ignorando lo que querian decir, les suplicó que se explicasen, quando la inexorable Mistress Desmoulins, que venia tras ellos, se dejó ver, diciéndola que la siguiese: lo que se quiere, dijo aquella muger, es castigar una malvada; y pues que no puede devolver el vestido, irá á Bridewell, donde tienen una casa las bribonas de su clase.

Los gritos de la desgraciada reunieron los vecinos; pero la volubilidad de la lengua de la mercadera la impuso silencio, y publicó de esta suerte el delito: dijo que no era extraño que estuviese tan

irritada, pues no hay cosa mas cruel para las gentes honradas que perder sus casas por unas criaturas de mal vivir, y que en los mismos ojos de aquella muchacha se veía que era delincuente. Sin embargo, el ministro compadeciéndose de la edad y sexo de Ana rogó á Mistress Desmoulins que se retirase, y le dejase ver si podia hacer que declarase: al oir esto Ana le interrumpió diciendo que ignoraba lo que pretendian de ella.... "¿Por qué me rodean tantas gentes? Si es por el vestido que me han robado, tranquilizaos, señora, que yo tengo un amigo que puede, y querrá indemnizaros. Ahora no estoy en estado de sufrir semejante tratamiento; pero estad cierta que sereis pagada: necesito quedarme sola, y os lo suplico."

"Sí, sí, señorita, replico la muger: bastante tiempo tendreis de estar sola: por ahora tendreis la bondad de venir acompañada: vamos, señores, dijo á los otros, haced vuestro deber."

Entonces los dos hombres cogieron á Ana, la que cruzadas sus manos, bañada de lágrimas, y llevando en su semblante las señales de la desesperacion, preguntó qué era lo que pretendian de ella, ó á dónde la llevaban; pero nadie contestó á esto, ni á sus tiernas instancias; y bajándola á la calle, la hicieron entrar en un fiacre, conduciéndola al tribunal.

Miss Clarke cerrando la puerta de su tienda, y haciendo mil exclamaciones, siguió el coche acompañada de los vecinos, que acudieron guiados de diferentes intenciones: de este modo llegaron hasta el tribunal, donde Ana imposibilitada de andar, ni de tenerse en pie, fue presentada delante del venerable banco ocupado por tres jueces.

El primero era un hombre gordo y pequeño, ojos azules, pero sin expresion, y tan gotoso, que apénas podia andar desde la cama á la mesa. Se habia acreditado á fuerza de maña; y despues de haber

mostrado una apariencia brillante de comercio durante algunos años, habia hecho una bancarrota útil, componiéndose con sus acreedores, á quienes habia obligado á contentarse con la gran cantidad de dos sueldos y seis dineros por libra. Habiendo obtenido su finiquito y unas excelentes certificaciones de su conducta, llegó una eleccion general, donde tuvo la felicidad de ser nombrado juez de paz, y puesto en comision. Este cargo unido á algunos recursos particulares le habian asegurado una existencia decente. Él era el inflexible abogado de la justicia, el constante amigo de los felices, y el enemigo declarado de todos los que al crímen reunian la pobreza. Su nombre era Atwood.

Á su lado estaba un hombre alto y flaco, grave en sus modales, brillante en sus discursos, y lleno de admiracion por su talento. Diciendo que era un publicano, no tengo necesidad de añadir que era

rico. Gustaba mucho de arengas, y afectaba tanta ternura y sensibilidad, que se le habia visto llorar, y acercarse la mano al corazon en una sesion en que hablaba á favor de un salteador de caminos. Sin embargo, este corazon se cerraba á las necesidades de sus parientes, y á los ruegos de los infelices de cualquier familia. En público defendia la justicia, y en secreto violaba todas las leyes humanas. Era tan humilde, que se complacia en decir á cuantos lo ignoraban cuán destituido estaba de amigos y de dinero cuando empezó su carrera; y tan orgulloso, que ninguna sociedad le parecia digna de él, pues lleno de asombro al considerar su caudal y su grandeza se abismaba en la contemplacion admirativa de su mérito. Este magistrado se llamaba Sir Richard Peacock.

Á su derecha estaba un hombre gordo y pesado, en cuya tez dominaban los colores azul y negro, y que en toda la pompa de su magistratura llevaba su vestido

largo con mucho orgullo. Mas sencillo y mas humilde en su casa, pesaba sin etiqueta por sus manos un medio sueldo de polvos, cuya paga exigia escrupulosamente, aunque fuese de un pobre sobrino suyo: barria su puerta, lavaba la fachada de su casa, y hacia cualquier otra cosa semejante. Era bastante su riqueza para satisfacer á un avaro, y ganaba lo suficiente para contentar á otro. El delantal azul, que jamas se quitaba, servia para dos cosas, pues conservaba sus calzones, y hacia veces de pañuelo. Este delantal y su gorro, que antes habia sido blanco, eran las insignias con que este magistrado era conocido en su barrio. Sin embargo, bajo estas apariencias tan poco favorables ocultaba un corazon sensible, y aun generoso, y cuando tenia la bondad de olvidarse de la autoridad de su empleo, ó se desentendia por un momento de la dulce idea de ganar dinero, aquella bolsa, que tanto se afanaba por llenar, se abria á las

voces de la amistad, ó la indigencia; y para hacerle justicia se debe decir que esto no sucedia raras veces.

CAPÍTULO LXIX.

El amigo en la ocasion.

Luego que Ana aterrorizada fue conducida ante aquellos augustos personages, atravesando la turba multa de ministros, de curiosos, y aun raterillos, se atrevió á levantar los ojos, y mirar al tribunal, en cuya presencia iba á ser examinada. En virtud de las preocupaciones que nacen de la primera impresion, los cabellos grises de Atwood la dieron esperanzas, que confirmaron las miradas dulces de Sir Richard; pero la llenó de terror la frente lisa y severa de Mr. Sago.

Mistress Desmoulins, sin embargo de pasar de cincuenta años, adornada con un buen vestido, y peinada á la última moda, fue honrada con una silla delante

de la barra, mientras la pobre acusada, cuya modestia y delicadeza estaban fuertemente grabadas en su semblante, y cuyas pálidas mejillas anunciaban la debilidad y falta de salud, se vió obligada á agarrarse de la barra para tenerse en pie. Miss Clarke, no pudiendo atravesar por entre la gente, la miraba desde lejos rodeada de hombres, cuyo aspecto inspiraba terror, y que cuidaban de que la acusada no se escapase, aunque bien conocian que no tenia fuerzas para hacerlo.

Mistress Desmoulins se levanto, y el respeto debido á su adorno decidió á los magistrados á darla audiencia al instante. Tomando su marido la palabra les dijo del modo mas político cuánto sentia verse en la precision de molestarlos, y que la persona que tenia el honor de presentarse á ellos era una muchacha, de quien habia hecho mucha confianza, y que tenia el disgusto de verse obligado á declarar que le habia engañado, y que

con mucha repugnancia se hallaba en la necesidad de acusarla.

"¿Quién sois, Monsieur? ¿cómo os llamais? dónde vivis?" preguntó el juez Atwood. Iba él á contestar preparándose con una profunda reverencia, cuando Mistress Desmoulins le interumpió diciendo: "¡Dios mio! ¿qué significan estos largos cuentos, que vais á referir á estos señores? Sabed, Milord, que yo ocupo la tienda de Pall-Mall en la muestra de Charretera bordada, y que trabajamos para toda la gente del primer órden. Esa muchacha, que no vale gran cosa, vino á pedirnos que trabajar." — "¡Ola! interrumpió Atwood, esa es una... una... ya me entendeis." — "Seguramente, Milord, que ella no es mas que una manceba. Por compasion la dimos obra, pues á Dios gracias no carecemos de oficialas, y podemos vivir sin trabajar nosotros mismos."

"Acercad la silla de Madama, y traed otra para su esposo, dijo políticamente el

juez: ahora, señora, podrémos oiros, y os explicareis con mas comodidad."

"Milord, continuó ella, una señora de la primera nobleza, pues en casa no asistimos á otra clase, nos envió hace poco un vestido, y mi necio marido quiso absolutamente que se le encargase á esa muchacha para concluir el bordado del cuerpo, juntamente con la falda, que estando ya concluida debia servir de modelo; y ahora, que todo ello debia estar concluido, el trage ha desaparecido."

"Ahora bien, joven, dijo Sir Richard, ya escuchais el horrible crimen de que estais acusada. Me parece que sois rea de dos grandes delitos, pues habeis abusado de la confianza que en vos tenian estos dignos tratantes, y los habeis privado de su propiedad. Yo siento que mi corazon se despedaza.... digo que se despedaza viendo tal maldad en una criatura tan joven. ¿Cuál es vuestro nombre?.." y despues de una pausa, "¿por qué no me

respondeis? Vamos: vuestro nombre."

"¿Por qué no respondeis á su señoría?" dijo el ministro que la habia llevado.

El responder la era imposible, pues el exceso del dolor, que pesaba sobre su alma, no la permitia hablar palabra: su lengua estaba atada, y un silencio tan obstinado se tomó como un desprecio á la justicia. Ya iban á tomar el juramento á los delatores, y enviarla á la cárcel, cuando acercándose á ella Mr. Sago, cuyos ojos la llenaron de un nuevo terror, los suyos se volvieron involuntariamente hácia el.

Sago mirándola con interés la dijo con un tono de voz mas dulce: "¿no habrá nadie, hija mia, no teneis una persona que os fie? Porque, señores, añadió mirando á sus compañeros, nosotros hemos oido á sus acusadores; pero no hemos oido su defensa; y seria violar la justicia el precipitarse. ¿No teneis nada que decir para vuestra justificacion?" la preguntó tiernamente.

Nuestra heroina recobró el uso de la palabra despues de un profundo suspiro, y acercándose al rostro una mano humedecida con sus lágrimas, dijo: "¡Ojalá, señor, os acompañen siempre las bendiciones de los desgraciados! En verdad que se me trata con demasiado rigor. Yo he ofrecido en mi cuarto pagar el valor del vestido que me han robado."

¿Teneis alguno que pueda responder de vuestra conducta? preguntó el juez. "¡Conducta! respondió Mistress Desmoulins: ella robó á la señora á quien servia, y desde entonces ha pertenecido al público." —"¿Es esto verdad, hija mia?" dijo Sago. ¡Ay, Dios mio! no es verdad, respondió ella suspirando. Por amor de Dios, "¿qué quiere decir esa señora? ¿y qué entiendo por pertenecer al público?"— "Lo que digo es, replicó Mistress, que Lady Edwin os ha despedido por ladrona.

Mirad lo que decis, respondió Ana con cierta altivez, hija del convencimien-

to de su inocencia; pues por mas desgraciada y sin amigos que ahora os parezca, tengo.... (al decir esto redobló su llanto) tengo personas que sostendrán mi inocencia, y responderán de mi conducta. La misma Lady Edwin seria la primera en solicitar el castigo de esta horrible calumnia."

"Vamos, vamos, niña, dijo Sir Richard: vos estais acusada de un fraude por Mr. y Mistress Desmoulins, ambos de un crédito incontestable; y si no teneis que dar una buena y suficiente fianza, ireis á la cárcel. Mi tiempo y el de mis concólegas es demasiado precioso para despreciarse en vuestras equívocas respuestas. Yo mismo, añadió mirando al rededor de sí con mucha dignidad, yo mismo estoy llamado ahora para asuntos importantes del gobierno. ¿Qué decis, señores?.... una...... una..... Vamos: que venga el alcaide de la cárcel."

Ana miró al rededor de sí: su color

la abandonó de nuevo; y pensando en el horror de verse asociada con los infelices que llenan aquella horrible morada, y no sintiendo en su alma sino aquel solo terror, se arrodilló dirigiéndose á Mistress Desmoulins diciendo: "tened piedad de mi juventud: contemplad que soy de vuestro sexo: en honor de la humanidad libertadme...."

"Yo lo haré, respondió ella, si confesais donde puedo hallar mi vestido; pero no de otro modo."

Su marido algo compadecido intentó decir una palabra, pero solo sirvió para echar aceite en el fuego. La cólera de Madama se enardeció, y Ana estuvo ya para ser conducida, por mas que Mr. Sago deseaba favorecerla; pero habiéndole preguntado Mistress Desmoulins si queria responder de ella, esto puso fin á su buena voluntad.

Por último, ya todo estaba perdido, y se preparaba el *committimus*, cuando apa-

reció de repente en la sala la buena fortuna bajo la figura de Mr. Bentley. Su persona y caudal eran conocidos del respetable banco, é inmediatamente se vió despejada la barra. Mas el, sin atender al honor que le hacian, cogió á Ana por una mano, y sosteniéndola mientras que las lágrimas bañaban su venerable rostro exclamó: "100, 200, 300 libras esterlinas de fianza por ella: ¿bastará esto, Sir Richard? ¿será suficiente, Mr. Atwood? y tocando con la mano que tenia libre al especiero, dijo: ¿será menester mas, Mr. Sago?"

La sorpresa general de aquellos distribuidores de la justicia y la de todos los presentes hizo bien pronto lugar al respeto debido á una joven protegida por un hombre tan rico.

"¿No os habia yo dicho, amable niña, la dijo luego que su conmocion le permitió hablar, que buscaseis un amigo en la

abadía? ¿por que no os dirigisteis á mí?"

La debilidad y terror de nuestra heroina se habian convertido en admiracion desde que entró su ángel tutelar. En el momento en que habia perdido toda esperanza, y se abandonaba á la desesperacion, ¿como podia creer que realmente entraba entre las manos de un amigo, que tenia voluntad y facultades para sacarla del apuro, y protegerla contra el insulto? Esta súbita transicion del dolor mas profundo á la mas repentina alegría debilitó sus espíritus. Miss Clarke pudo ya acercarse para sostenerla, y todos se compadecieron de su estado. Mr. Atwood ofreció su propia silla, que era un gran taburete. Sir Richard tuvo para servirla un frasquito de agua espirituosa, y aun tambien una lagrima que verter á la vista de tan amable criatura contristada. Sago, que realmente lloraba, echó de menos su delantal para enjugarse el llan-

to, y Mistress Desmoulins (con gran sorpresa de su marido) guardó silencio.

Ana volvio en sí; pero siendo su gratitud demasiado grande para expresarse con palabras, se manifestó con lágrimas, y no fueron éstas las únicas que por entonces se derramaron. Sir Richard, como ya he dicho, tenia el don de lagrimas, y las empleaba oportunamente siempre que estaba cierto de que podia sacar ventaja de ellas; y así en esta ocasion las dejó correr abundantemente.

Bentley.... pero ahora debo decir una palabra á mis lectores en favor de una debilidad de que muchos se abochornarán. Yo confieso que en muchas ocasiones las lágrimas en el hombre indican debilidad, y en Sir Richard indicaban malicia é hipocresía; pero estas lagrimas involuntarias excitadas por la humanidad y redobladas por la compasion, que a veces se observan en el rostro del valiente, y en

do, cuya complacencia natural por sí mismo se habia aumentado por aquel rasgo de misericordia que habia deseado manifestar, la siguió, saludando á los concurrentes á derecha é izquierda con un cierto aire de triunfo y de respeto.

Sir Richard comenzó entonces una arenga, diciendo: "no se puede tener mayor placer, ni una mas grande satisfaccion, ni una.... quiero decir, que yo estoy enagenado, arrebatado de alegria viendo que un negocio (y levantó los ojos al cielo) tan negro en sus principios ha venido á ser (sonriendose) tan blanco en su fin, y que la bella dama sentada...."

"Monsieur, le interrumpió Bentley, otra vez os daré gracias de todo lo que quereis decir en favor de esta dama; pero al presente ella está demasiado agitada para escucharos, y nosotros os suplicamos nos dispenseis."

Él se disponia á llevársela consigo,

cuando se vió venir un numeroso grupo de gente con tres magistrados, que su conducta independiente y su juicio hacian, que si bien tenian el mismo empleo, jamas se presentaban en aquel tribunal con los jueces que le ocupaban entonces. Entraron seguidos de un concurso inmenso, que cerraba la puerta de tal modo, que era imposible que Ana saliese. El político M. Atwood la convidó á pasar al cuarto inmediato para tranquilizarse, cuyo convite fue aceptado. Bentley iba á seguirla, cuando vio á Dalton entre los que entraron; y aunque no se lo dijo á Ana, luego que la dejo sentada, y tuvo la satisfaccion de verla mas tranquila, la confió á los cuidados de Miss Clarke, y volvio á salir á la sala de audiencia.

CAPÍTULO LXX.

Se prueba que nuestra heroina tiene padre.

Un hombre ya de edad, pero bien vestido y de buen semblante, á cuyo lado estaba un joven algo quemado del sol, así como él, tomó la palabra en la barra, y contó esta interesante historia.

Dijo que su nombre era Mordant, y que habia nacido en la parte meridional del principado de Gales. En su juventud tenia una hermana única, la mas hermosa de su tiempo, que á la edad de diez y ocho años hizo la conquista del hijo y heredero de una noble familia del país. El padre de este joven poseia unos bienes considerables y libres, y reunia á sus riquezas personales (que eran inmensas) las de varias ramas de la familia, que ya no existian. No hubo forma de que consintiese en el matrimonio de su hijo, y el obs-

táculo que oponia á su felicidad mas bien nacia del orgullo de su cuna, que del deseo de aumentar sus bienes con otra alianza. Su casa, que fundaba su vanidad en una larga serie de antecesores, ninguno de los cuales habia hecho una boda desigual, no podia resolverse á que el heredero de tan ilustre sangre se enlazase con la hija de un vendedor de manteca y de granos, que son las producciones del país. Para evitar esta mancha, é impedir que su hijo se casase en secreto con el objeto de su cariño, el padre le encerró en una parte retirada de su gran quinta, jurando tenerle allí hasta que su amada muriese, ó se casase, ó hasta que él le diese su palábra de honor de no pensar nunca en hacerla su esposa. El jóven pasó cuatro años en aquella triste cautividad.

"Entonces (continuó aquel desconocido) viendo yo enferma á mi hermana, habiendo muerto mi padre, y estando en la

precision de pasar á la Jamaica al lado de mi tio, escalé una noche la quinta, penetré en la prision del joven, y le saqué felizmente, llevándomele conmigo. Se casó con mi hermana en el puerto mismo donde nos embarcamos, y juró no volver á su familia hasta que ésta consintiese recibir á su muger.

»Los nuevos esposos estaban en el colmo de su felicidad, que se aumentó con el nacimiento sucesivo de muchos hijos; y como mi cuñado insistia en renunciar su patria y parientes, yo consentí en asociarle á un comercio considerable, que mi tio al morir me dejó establecido. Nuestras ganancias y felicidad fueron constantes hasta que una epidemia, que hizo muchos estragos en la isla, nos privó de mi hermana y de sus hijos, á excepcion de una niña chiquita.

»La criada que la servia, y que habia ido con ella desde Inglaterra, tuvo la fe-

licidad de conservar la vida, aunque padeció la misma enfermedad; pero habia caido en una consumpcion tal, que dió mucho que temer por su vida, si no se la enviaba á Europa á respirar los aires pátrios. Mi cuñado se aprovecho de esta circunstancia para conducirla, y tambien á la niña, que deseaba se educase en Inglaterra. Su proyecto era que si aquella muger se restablecia permaneciese al lado de la niña, ó señalarla una pension en el caso de que tratase de retirarse.

„Como se proponia estar poco tiempo ausente, y regresar con el primer barco á la Jamaica, no quiso dar aviso de su viaje á ninguno de nuestros corresponsales, porque mediante su indiscrecion pudiera saberse su llegada en los de la familia, á quienes no pensaba ver; y así deseó hacer incógnito su viaje, á cuyo fin se trajo la cantidad suficiente para sus gastos y los de la muger que le acompañaba, pen-

sando dejarla un impuesto en los fondos públicos.

»Llegaron con felicidad á las Dunas, y sintiéndose muy indispuesta la criada, desembarcaron para pasar por tierra á Londres, donde el navío debia conducir los equipages que habian dejado á bordo. Desde aquel tiempo se han perdido todos sus pasos, y no he vuelto á oir hablar de mi cuñado, mi sobrina, ni su criada. El capitan volvió á la Jamaica, llevándose los efectos que no habia desembarcado, y yo continue mi comercio reuniendo inmensas riquezas, y aguardando cada año noticias de mi hermano, que jamas llegaron. Cansado de hacer inútiles investigaciones resolví no fiarme sino de mi mismo, y ha seis años que llegué á Inglaterra, trayendo á mi hijo, que debia concluir aqui su educacion. Me informé por todas partes, y empleé un año entero en mis pesquisas, haciendolas no sola-

mente en la familia de mi cuñado, cuyo padre ya no existia, sino tambien por todas las partes posibles. Pero nada surtió efecto, é inferí que el desgraciado, por quien yo lloraba, habia sido muerto por algunos ladrones, que quisieron apoderarse del dinero que llevaba, y esta dolorosa conjetura acaba de ser confirmada hace cuatro meses de un modo extraordinario, donde es imposible desconocer el dedo de la Providéncia."

Mr. Mordant añadió que un albañil, que habia trabajado mucho tiempo en su plantacion despues de haber vuelto de España con una esclava mulata, con quien se habia casado, y enviádola á Inglaterra, le habia rogado le proporcionase los medios de volver á su país para reunirse con ella, á lo que habia condescendido pagándole el pasage, y dando en seguida á un criado antiguo la casa que el albañil habia ocupado. El nuevo habitante al

limpiarla encontró, y le presentó cuatro taleguitos, que el conoció ser los mismos que su hermano saco consigo, y sobre los cuales estaba escrito de su misma letra la suma que cada uno contenia. Turbado y consternado á esta vista, dijo que habia enviado en seguimiento del albañil; y noticioso de que el barco en que iba habia naufragado. Persuadido de que su muger podia estar informada de la terrible catástrofe que receláBa, habia venido en persona á buscarla, lo que consiguio fácilmente. Dijo que ella reconocio los taleguillos que la presento, y declaro que su marido los habia recibido con el dinero que contenian de un escribano, a quien él finalmente habia llegado á encontrar á fuerza de cuidados y diligencias; y concluyo diciendo, que aunque sospechaba que la respuesta de la muger no fuese sino una evasion, habia escrito a aquel escribano para empeñarle á que se pre-

sentase delante del tribunal, como en efecto lo habia verificado. Terminó su narracion suplicando á los jueces que examinasen bien aquella muger; y pues que la sangre del mas digno de los hombres y de su hija habia sido derramada, él pedia su venganza.

Esta historia, contada con sensibilidad y el dolor mas verdadero y bien sentido, interesó á todos los oyentes. La muger fue llamada á la barra, donde una hora antes nuestra heroina habia presentado el espectáculo de la inocencia perseguida: uno de los magistrados la exhortó á decir la verdad, y á no variar las circunstancias de un cargo tan odioso, que sus prevaricaciones no podian hacer sino agravar. En seguida se la enseñaron los taleguillos, y ella repitio lo que habia dicho á Mr. Mordant, asegurando que el escribano que se los habia dado á su marido se llamaba Dalton.

Inmediatamente que este infeliz avaro vió los taleguillos, oyó su nombre, y se vió llamado á la barra, se contó por perdido; pero cuando supo que el hombre á quien se los habia dado era ya muerto, y que no tenia otro testigo contra el que su viuda, infirió prudentemente que un *no* costaba tanto como un *sí*, y en virtud de esto negó positivamente tener noticia de aquel asunto.

En el momento otra muger desconocida, y muy mal venida para el, atravesó por en medio de la porcion de espectadores, y era nada menos que Mistress Clarke, la que habiendo vuelto a su casa dos horas despues que Ana fue arrancada de ella, y sabedora por la vecindad del suceso, habia venido al tribunal. Mientras que ella procuraba hacerse lugar llorando y gritando, la primera persona á quien habia divisado fue á Mr. Dalton, y creyendo que alli habia venido para socorrer á

Ana, exclamó: "¡Bendito sea Dios! ¡aquí estais! ¿dónde está esa querida niña? ¡La matarán! ya estaba casi muerta cuando yo la dejé: solo un lance así me hubiera hecho venir tan corriendo."—"¡Cómo! exclamó Dalton medio confuso al aspecto del único testigo que podia haber en la tierra para confrontarse con el. ¿Estais soñando?"—"¡Soñar yo! dijo ella: he aquí otra gracia..... vos me haceis que delire..... ¡Cómo! ¿Mis Mansel no está aquí?"

Bentley, que la conoció entonces por la posadera y amiga de su protegida, la hizo venir junto á él, procurando que se tranquilizase, lo que no consiguió sino con mucho trabajo, y despues que la prometió que veria á su querida hija, y que estaba muy alegre.

Entonces continuó el exámen pendiente, y la muger que le sufria suplicó que la oyesen antes de firmar la órden que debia conducirla á la cárcel; y volvien-

dose á Dalton le preguntó si diez y siete años antes no habia puesto dinero en el fondo para la construccion de una nueva sala en Stepney-Fields. — "Eso es indudable, respondio Mistress Clarke: todo el mundo lo sabe, y tambien que el malvado White huyo llevándose el fondo: yo me acuerdo de ello, y compadecí mucho al pobre escribano."

Inmediatamente se levantó un murmullo general, y el comerciante y los jueces se pusieron de acuerdo para pedir aclaraciones á Mistress Clarke; pero ella no podia decir sino lo que sabia, y no sabia mas. Sin embargo, su testimonio era grave, y se dijo á Dalton que seria comprendido en el *committimus*.

Oprimida con el crimen y la vergüenza aquella alma mezquina permaneció suspensa por algunos momentos, cuando su astucia, que generalmente era su mejor amiga, le proporciono todavia un úl-

timo recurso. Suplicó que hiciesen salir la gente, y postrándose humildemente á los pies del comerciante confesó toda la historia de la cajita, segun la hemos contado, alegando que como ni la niña ni el dinero habian sido reclamados, habia incurrido en la tentacion de poner en giro éste, y que habiendo sido engañado por el pícaro White, jamas se habia atrevido á confesar haber recibido una cantidad, que no le era posible devolver.

"Pero ¿dónde está la niña? preguntó el comerciante mas turbado que antes: ¿existe? ¿donde está?"

Dalton iba á empezar sus disculpas, cuando Bentley adelantándose, y dirigiéndose al comerciante, dijo que iba á ahorrar á Dalton la confusion de decir mas, noticiándole que ella por muy buenas razones habia dejado la casa, donde despues de haberla robado las 1400 guineas habian detenido su equipage á pre-

texto de que se le debian otras 150 por tres años de alimentos; y que en fin él habia recibido esta suma de un jóven libertino, que segun se decia la estaba manteniendo.

"¡Oh, pobre hija mia! exclamó Mr. Mordant suspirando; pero ella reconocerá sus extravíos, y será una de las primeras y mejores proporciones de Inglaterra: él se casará con ella."—"¡Oh! eso no puede ser, respondio Bentley."—"¿Cómo? ¿qué quereis decirme? exclamó vivamente el tio; ¿por qué no se casará con ella?"—"Por una razon convincente, respondió Bentley, y es porque él está casado."

"Miserable, exclamó Mordant mirando á Dalton, ¿qué responderás á esto?"—"Nada responderá, dijo Bentley; pues la verdad que os aseguró es que jamas ella ha estado con ese libertino; bien es que esto importaba poco á Dalton, que solo tira-

ba á coger dinero. Pero venid conmigo, señor; y si yo os devuelvo vuestra sobrina, prometedme que no me privareis de mi hija."

Diciendo esto entró en el otro cuarto seguido de los dos comerciantes y de Mistress Clarke, que corriendo á nuestra heroina luego que la vió, la abrazó con el mayor cariño, quejándose amargamente de no haberse hallado en casa cuando fueron á sacarla de ella de un modo tan indigno.

Pero otras escenas mas interesantes fijaban entonces la atencion de Ana. El comerciante empezó á llorar luego que la vió, diciendo que era el verdadero retrato de su hermana, que no necesitaba otro testimonio que su semejanza completa, y que la hubiera conocido entre mil mugeres.

El jóven corriendo á arrojarse á sus pies exclamó: no era una simple pasion,

era el tierno influjo de la sangre el que arrastraba de un modo tan irresistible mi corazon hácia mi amable prima. "Padre, esta es la amable persona que os he pintado como mi primero y último amor. Querida prima; ¿no decis nada á vuestro cercano pariente, á vuestro Mordant?"

Su sorpresa á esta salutacion se templó por la agradable sensacion que producia: su corazon palpitaba de placer con la idea de haber al fin encontrado quien la reclamaba, oyendose nombrar querida prima, querida sobrina, por dos personas tan respetables: verse acariciada como el retrato de una amable madre; y en fin, hallarse con derechos efectivos á unas relaciones, que hasta entonces habia desconocido, y por los que tantas veces habia suspirado. Este momento de placer la hizo olvidarse de todos sus infortunios, y hasta del mismo Herbert.

Su tio la estrechaba contra su pecho

mientras que su primo bañaba su mano con las lágrimas de la ternura y el amor. Mistress Clarke no estaba olvidada en la alegría general: acariciada por el tio y el primo estrechaba entre sus brazos á Ana, diciéndola con entusiasmo: bien os habia yo dicho que seriais feliz. En tanto Mr. Bentley, á quien se privaba de su hija adoptiva, decia que aquello era insufrible, que la felicidad de todos le hacia quedar descontento; y mientras así hablaba, sus ojos, sus facciones y movimientos manifestaban la viva alegría que experimentaba su corazon.

Mr. Mordant propuso á su sobrina que volviese con Mistress Clarke hasta que pudiese encontrarla una casa conveveniente; pero Mr. Bentley se opuso, diciendo que Miss Mansel estaba convidada à comer con algunas damas que conocia en casa de un amigo. Ana le miró con asombro, pues no sabia cómo la habia ha-

llado, y la habia socorrido tan á propósito; y así tampoco entendia qué gentes la aguardaban. Mas el buen hombre era demasiado eficaz para que se negasen á complacerle, y estaba demasiado contento para oir razones. Insistió en que todos juntos entrasen en su coche; pero sin embargo otro suceso debia completar las aventuras de la mañana.

En el punto que se disponia á partir se vió llegar á Mr. Edwin, que venia apresurado á librar á Ana del compromiso en que la habia puesto el zelo oficioso de un criado demasiado atento en satisfacer sus deseos. Realmente sentido de las consecuencias de una accion, que al principio habia alabado, creyendo que así serian admitidos sus servicios, habia ido á su casa, de donde habia corrido al tribunal para impedir que Ana fuese ultrajada por una acusacion tan odiosa.

Inmediatamente que Bentley le divi-

só, le dió el parabien con una risa sardónica, porque habia preferido perder noblemente el precio de su fianza á presentarse en la junta á responder de los latigazos, y le suplicó le concediese el honor de reintegrarle las 150 libras que tan generosamente habia adelantado por el equipage de Miss Mansel.

"¡Cómo! dijo Mordant el padre, esto es imposible. Mr. Edwin no puede ser la persona de quien me hablais."—"El mismo es, respondió Bentley, y no ha podido hacer mas para que se cumpliesen sus infames proyectos, lo que á Dios gracias no se ha verificado. Él es demasiado buen galés para negar un hecho por el que os desafiaria si se le imputaseis."

"En verdad, señor, dijo Edwin con una mirada de desprecio, que vuestro lenguaje es ininteligible para mí."—"Séalo, respondió Bentley; pero sin embargo es muy buen inglés, y yo no quiero perder

tiempo en explicarme mejor. Venid, madama, dijo tomando la mano de Ana, que habia dejado su tio: venid, y tened la bondad de entrar en vuestro propio coche."

Edwin asombrado llamó al jóven Mordant, quien viéndose obligado á dejar marchar el coche, le siguió de muy mala gana hasta un café, donde le contó el reconocimiento que acababa de verificarse, y cuyas circunstancias penetraron hasta lo íntimo del alma del oyente. Despues de haber abreviado su narracion cuanto pudo, ofreció para otro dia los por menores que el curioso y desconsolado Edwin preguntaba sin cesar, y fue á reunirse con su padre en la casa, cuyas señas le dieron al partir el coche; es decir, en casa de M. Wellers en Charter-Hause-Square.

CAPÍTULO LXXI.

Constancia de un buen anciano.

Ahora es oportuno dar cuenta á mis lectores de la feliz casualidad que llevó á Mr. Bentley en circunstancias tan críticas.

Ya he dicho que antes habia buscado á Ana con tanto cuidado como inutilidad. Él se volvia á la abadía con la mayor afliccion, cuando Mistress Wellers le envió á buscar para informarle de las ulteriores particularidades que habia sabido relativas á nuestra heroina; y lo que parecia un misterio inexplicable á ella, fue desenvuelto inmediatamente por él, que sabia muy bien que el autor de la desgracia de Ana en Lodge, su acusador delante de Lady Edwin, y su perseguidor en Layton era una sola y misma persona. Su desprecio y su odio al noble Lord estaban tan profundamente grabados en su corazon, que cuanto mas feo era el crímen

que de él se sospechaba, mas le creía digno de él; y la negativa de Ana á ser su esposa, que añadia grados á la estimacion que la Wellers la profesaba, la hacia infinitamente mas querida á sus ojos.

Oyó con indignacion las noticias ulteriores relativas á los efectos reclamados por Edwin, y al precio que Dalton habia tenido la bajeza de señalar, y recibir; pero infiriendo de todo esto que á pesar de que antes habia hecho inútilmente seguir los pasos de aquel jóven, era muy posible que tuviese noticia del parage en que se escondia la bella fugitiva, regresó á Londres, puso nuevas espías; y aunque nada pudieron decirle de Edwin, porque entonces andaba muy circunspecto á causa de hallarse allí Wilkinson y Mr. Mansel, le informaron de que su criado de confianza hacia frecuentes viajes á la ciudad.

Ocurrióle un dia la idea de espiar él

mismo al criado favorito, y siguiéndole le vió entrar en casa de Mistres Clarke. Él sè metió en una tienda que estaba enfrente para informarse de las personas que habitaban la casa, y como le respondiesen que allí solo vivia una anciana y su hija, y que el hombre que habia entrado era el novio de la última, estaba ya para marcharse, cuando levantando casualmente los ojos vió á Ana, que salió á la ventana, apartó las cortinillas para tener mas luz, y se volvio á sentar al bastidor.

Bentley se retiró hecho una estátua, y entonces le parecieron mas confirmados que quisiera los rumores que corrian contra ella. Sin embargo reflexionaba que si Edwin la mantuviese, ¿era probable que con tantos bienes, y tan poca prudencia, la dejase vivir en aquella humilde casa? Pero á esto se respondia que como recien casado podia tener fuertes razones para

cubrir su conducta con un espeso velo. Atormentado con estas reflexiones en pro y en contra estaba el buen hombre casi convencido de lo que mas temia, cuando la mercadera de aquella tienda hizo notar á su marido cuán laboriosa era aquella encantadora niña á pesar de estar tan mala. "Á la aurora, dijo, se levanta á trabajar, y vedla todavia queriendo aprovechar la poca claridad que hay para gastar menos luz por la noche. ¡Pobre niña! no hay que admirarse de que esté tan débil. Á fé que no come el pan ociosa."

Estas palabras llamaron toda la atencion de Bentley, y le volvieron un rayo de alegría; y divisando un cartel que anunciaba dos cuartos amueblados para un hombre solo, los tomo inmediatamente, y desde allí no perdió de vista á nuestra heroina hasta que se convencio de que solo vivia de su trabajo, y nadie la visitaba.

Satisfecho con estas observaciones, y sabiendo que era huérfana, y no teniendo él hijos ni parientes, formó el designio de prohijarla, y marchó á Layton á participárselo á Mistress Wellers.

La mañana misma del dia que Batés habia dado á su amo una prueba tan grande de su destreza, era la que Bentley habia fijado para volver á Londres, dar parte de su proyecto á Ana, y conducirla á casa de la jóven Mistress Wellers, donde la madre iria á comer. Esta se encargaria de tenerla consigo hasta que Bentley hubiese arreglado su casa, que era como de solteron, y la pusiese en estado de recibir á la que debia mandar en ella, y proporcionase tambien una compañera que fuese á propósito para imponer silencio á las lenguas que solo se divierten escandalizando. Fue á Londres con efecto; pero noticioso del lance que habia pasado, y sintiendo no haber lle-

gado á tiempo de evitarle, corrió á impedir sus resultas.

El placer de nuestra heroina al ver de nuevo á una muger, á quien estimaba, fue igual al de Mistress Wellers, y ambos no pueden explicarse. Cuando los sucesos de la mañana y la historia de Mr. Mordant, que Ana no habia oido, fueron repetidos, no hubo persona que no se interesase vivamente; y el mismo Mr. Wellers, á pesar de toda su apatía, quedó conmovido. Ana arrojándose en los brazos de su tio le manifestaba mudamente, pero con toda claridad, su viva gratitud por el cariño y solicitud con que la habia buscado, y todos los presentes le miraron con veneracion cuando declaró á su sobrina que la mitad de todo su caudal la pertenecia por derecho.

Entonces la tocó á ella la vez de contar su parte, y los corazones de todos los oyentes, á excepcion del de Mr. Wellers,

que nada tenia de sensible, se penetraron de los mismos sentimientos que nacian de la beneficencia y el amor á la humanidad. Las desgracias, la enfermedad, los padecimientos de una joven inocente expuestos con la voz interesante de la verdad, ¿podian dejar de enternecerlos? No hubo quien no llorase, ni una alma que no pagase el justo tributo debido á penas tan poco merecidas, ni hubo quien no viese con placer la feliz transformacion de sus negocios.

Mistress Wellers exigió, y Mr. Mordant consintió en ello, que Ana fuese con ella ínterin se la disponia su casa. Bentley rió, cantó, silvó y lloró mientras el camino; y se admiraron mas de su alegría viendo que por la primera vez en veinte años que no bebia sino agua, habia bebido una azumbre de clarete.

Mr. Mordant al separarse de su sobrina la puso en la mano una carterita, que

contenia 20 libras esterlinas en billetes de banco, y la dijo: "amor mio, recompensa á tus amigos, humilla á tus enemigos, dándoles lecciones de verdadera generosidad: todo sentimiento mezquino es indigno de tí: aun ignoras la clase á que tienes derecho. La munificencia y la grandeza de alma son hereditarias en tu familia, y la Providencia te ha dado abundantemente los medios de vivir respetada y rica."

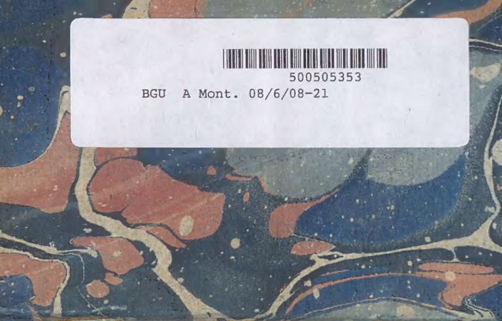
Dicho esto se separó de ella, negando positivamente á su hijo el permiso que pedia para acompañarla hasta Layton.

FIN DEL TOMO III.

ÍNDICE
DE LOS CAPÍTULOS
QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO III.

Se hallará en las librerías de *Escamilla* calle de Carretas, y de *Amposta* calle del Príncipe.






OBRAS
DE
BENNET
3


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm